

PÁGINAS ALEGRES

LUIS TABOADA



PÁGINAS ALEGRES

DIBUJOS DE PONS

FOTOGRAFADOS DE PÁEZ

TERCERA EDICIÓN



MADRID

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN, EDITOR

Puerta del Sol, núm. 6

DV 13 (1)

BP Pontevedra

ES PROPIEDAD.

ESTABLECIMIENTO TIP. «SUCESTORES DE RIVADENEYRA»

Paseo de San Vicente, núm. 20

Solamente aspiro..... á que compren ustedes
este tomo y á que perdonen sus muchas faltas.
Beso á ustedes la mano.

LUIS TABOADA.



EN LA ACERA.

El espíritu de la elegancia no decae.

Cada vez se ve más concurrida la acera de las Calatruvas, donde pasea la juventud móvil y enamoradiza.

Allí acude todas las tardes una escogida colección de chicos bien trajeados; rubios los unos, trigueños los otros; éste con un lunar de pelo

junto á la barba; aquél con sortijillas naturales sobre la frente, á manera de huevos hilados.

El que tiene que estrenar un pantalón llamativo ó uno de esos gabanes azules que caen formando pliegues por la espalda, á manera de talego, espera que lleguen las cuatro de la tarde, y corre á ponerse de pie junto al kiosco, en la seguridad de que ha de decir alguna de aquellas señoritas abonadas á diario:

—¡Qué elegante viene hoy el chico de las de Miravete! ¡Y qué bien le sienta el azul! ¡Como él es rubio!....

Las mamás no reparan en estos detalles; pero ante aquella hermosa exposición de chicos casaderos, piensan en la necesidad imperiosa de colocar á las niñas y labrarles un porvenir por medio del matrimonio.

—Heliodora, no te distraigas—dice una mamá al oído de su retoño.—Acaba de saludarte Boli-che, el menor, y no le has contestado.

—Es que había vuelto la cabeza para ver á las de Uriántegui con unos sombreros nuevos.

—¡Valientes cursis! Sólo á ellas se les ocurre adornar con flores cordiales una capota de granadina..... Saluda, mujer.

—¿Á quién?

—Á Serafín, que se ha quitado el sombrero dos veces. Es un chico que me gusta por lo atento. Ayer me encontró, por la mañana, en la pla-

zuela de San Ildefonso, cuando fuí á comprar la merluza para tu padre, y vino á darme la mano tan fino como siempre.

—¿Qué habrá pensado de nosotros al verte la merluza?

—Yo me disculpé perfectamente. Como la llevaba tapada, le dije que era agua de Colonia para lavarnos, y él me dijo que debíamos emplear el tártaro emético, disuelto en zaragatona, porque da mejor resultado. Y debe de ser verdad, porque él lleva siempre el pescuezo sumamente limpio.

—Ahí vienen las de Cacharrín—dice la niña.— ¡Jesús! ¡Qué pelos trae la mayor!

—Parece un manguito alborotado..... Adiós, hijitas, ¿qué tal? ¡Cuánto me alegro de ver á ustedes!

—Venimos un poco tarde, ¿verdad?—responde una de las de Cacharrín.— Pero ha estado en poco que no pudiéramos salir.

—¿Qué ha sido ello?—pregunta la mamá de Heliodora, con fingido interés.

—Pues, nada; que mamá fué á cerrar un baúl y se le quedó la cabeza dentro. ¡Como es tan corta de vista! ¡Ay! No sabe usted el susto que nos ha dado; y gracias á que ha subido el portero, y pudo extraerla sin destrozos.

—Parece mentira.

—Á la pobre la hemos dejado en casa, envuelta en unos trapos, y nosotras hemos venido con esta

amiga, que es de Gijón y la conoce á usted mucho.

—Sí, señora—contesta la aludida.—La he conocido á usted en la casa de baños.

—Ahora recuerdo, sí, efectivamente.

—Por cierto que llevaba usted una niña llena de bultos.

—Es ésta que ve usted aquí. Aquellas aguas le han probado muy bien. Por la primavera todavía se resiente algo, y suele salirle así como una bizcochada de las pequeñas en el hombro derecho.....

—¡Por Dios, mamá!—interrumpe Heliodora en voz baja.—Mira que pueden oírte esos chicos que nos vienen siguiendo.

Los aludidos no han oído nada; antes bien, uno de ellos dirige á Heliodora miradas amantes, y aun se permite lanzar suspiros entrecortados cada vez que la joven fija en él sus ojos de ternera cariñosa.

—Parece una persona muy decente—dice Heliodora al oído de su madre.

—Por los pies debe de ser militar, porque lleva las botas muy limpias. Á todos los que tienen asistente se les conoce en el calzado.

Al joven todo se le vuelve llevarse la mano al bigote, para que le vean una sortija de similor con una piedra falsa del tamaño de una lenteja, y á cada paso dice en alta voz, á fin de ser oído por Heliodora:

—¡Qué tarde tan serena! Si lo sé, hubiera dicho que me trajeran el caballo.

—Pero, ¿tienes caballo?—pregunta el amigo, compañero del de la sortija.

—Calla, tonto; lo digo para deslumbrar á esa joven que va delante.

Si quieren ustedes pasar un buen rato y persuadirse al propio tiempo de que «todo el año es Carnaval», acudan por las tardes, cualquier día de éstos, á la acera de las Calatravas.





S. M. EL GUARDA.

Yo acato el principio de autoridad; yo me descubro reverentemente ante los porteros de las oficinas públicas, y hasta procuro halagar su amor

propio para que no opongan dificultades á mi paso ni me traten á golpes; yo respeto á todo el que lleva galón en la gorra, sea quien fuere; pero no puedo menos de conocer que hay autoridades despóticas.

Por ejemplo, los guardas de las plazuelas.

Hasta ahora sabíamos que esos verjeles municipales habían sido creados para solaz de los vecinos y desahogo de niñeras inocentes. Pues hoy resulta que en las plazuelas manda el guarda exclusivamente, revestido de todo género de inmunidades, y cuando se le antoja cierra el paso con un alambre; unas veces porque dice que va á regar, otras veces porque va á barrer, y otras porque va á meditar sobre eso del socialismo y no quiere que le interrumpan.

Se conoce que el hombre, al verse dueño absoluto de aquel terreno, se ha dicho:

—La plazuela se ha hecho para mí, porque padezco de melancolía y necesito distraerme. El día que se me antoje cojo todos estos árboles y los quemó. Hoy se me ha metido en la cabeza que no pase nadie, ¡y no pasa!

Yo siempre estoy pidiéndole al cielo que no se levante el guarda de mal humor, porque entonces «echa el alambre» y tenemos los hombres de bien que dar la vuelta á la plazuela si hemos de llegar al punto de nuestro destino.

Va usted de prisa y corriendo á echar una carta,

ó á retratarse, ó á ver cómo da las boqueadas un pariente enfermo, y, ¡pum! tropieza usted de bruces con el alambre.

—¿No tiene usted ojos?—dice el guarda en tono altivo.

—Usted dispense—contesta usted, echando mano de su acento más humilde.

—*Paecen* ustedes tontos—replica el rey de la selva.

—Bueno; no se acalore usted, que se le puede saltar una vena. Voy á dar el rodeo; lo principal es que no se tome usted un disgusto por mi causa.

Y vuelve usted pies atrás para hacer una excursión alrededor de la verja y poder llegar con vida al término de su viaje.

Antes había unos banquitos, donde descansaba usted dulcemente después de una larga caminata, ó bien se iba allí á pensar en las penalidades del mundo y en la mala costumbre que tienen las lavanderas de quitar las manchas con «polvos de gas»; pero ahora han suprimido los bancos de las plazuelas, porque no le gustan al guarda, y dice él muy oportunamente:

—Hombre, los bancos son un inconveniente muy grande para un hombre como yo, que quiere estar solo; porque en los bancos se sienta la gente y no puede uno hacer nada sin que le vean.

A mí me gusta, por ejemplo, afeitarme solo y pe-

garle de cuando en cuando á mi señora. ¿Qué necesidad tengo yo de dar dos cuartos al pregogero?

El caso es que han quitado los bancos y ya no pueden ir allí los matrimonios mal avenidos á pellizcarse en secreto y á dirimir sus contiendas, ni pueden murmurar plácidamente los militares retirados, enemigos del uniforme moderno.

—Hola, Peláez.

—Adiós, Garríguez.

—¿Te parece que nos sentemos aquí un ratito?

—No hay inconveniente.

—¡Pero, hombre! ¿Has visto qué gorras más feas le han dado á la infantería?

—¡Bueno anda todo! ¿Sabes quién ha ascendido á brigadier? Medrano. ¡Un hombre que era teniente sencillo cuando yo estaba encargado del detall en cazadores de Baza!

—¡Qué escándalo!

—Un hombre que por haberse caído desde un piso segundo se dió de baja y le mordía al asistente.

—Esto no es país. ¿Dónde se ha visto que los militares usen calcetines rayados?

—En ninguna parte.

—Pues ayer vi un alférez atándose las cintas de los calzoncillos, y llevaba calcetines con rayas azules.

Por obra y gracia del guarda ó no sé de quién,

se han suprimido estos y otros coloquios de las plazuelas, y las personas modestas tienen que ir hasta Recoletos en busca de un banco ó se apoyan en las esquinas cuando quieren criticar al Gobierno.

Y entretanto el guarda recorre sus dominios



con el látigo levantado para que los perros no mancillen las bien olientes plantas, ni turben los

chiquillos la dulce paz de aquel paraíso, donde él reina y gobierna.

Con poner el alambre ya ha conseguido el alejamiento del mundo y el reinado feliz é independiente que constituye su dicha.

No haya miedo de que nadie ose traspasar aquellas fronteras, porque vendrá el rey absoluto á detener al transeunte con estas frases solemnes:

—¿No ha visto usted que está cerrado? *Paecen* ustedes tontos.

En cierta ocasión fui detenido á la entrada de la plazuela por otro transeunte infeliz, que me dijo tristemente:

—No se puede pasar. Han echado el alambre.

—¿Por qué?

—Porque se está lavando el guarda y no le gusta que le vean descotado.





LOS ESTRENOS.

¡Caramba! ¡Cómo se han puesto los teatritos por horas!

El espectador sencillo que asiste á un estreno, debe empezar por reprimir sus impresiones y ahogar en su germen toda manifestación ruidosa,

porque donde menos se piensa salta un alabardero febril ó un pariente irreflexivo del autor, ó un amigo nervioso de la Empresa, que defienden la obra con las armas en la mano, y á lo mejor entra uno en el coliseo rebosando salud, y sale de allí tísico perdido á consecuencia de un golpe.

Ya no puede uno decir nada del autor, ni de la comedia, ni de los cómicos, ni del sastre, porque hay una policía especial encargada de vigilarnos, y en cuanto emitimos una opinión atrevida, ¡pum! ¡pum! nos pega.

Lo mejor en estos casos es sentarse en la butaquita pacíficamente y bajar la cabeza ante todos los acontecimientos que puedan desarrollarse en el escenario, por tristes que sean. ¿Que la zarzuela es mala? Bueno, pues aguantarse. ¿Que la tiple no suena? Resignación. ¿Que el bajo cómico se presenta en escena de riguroso calzoncillo? Conformidad.

Todo menos hacer gestos de desagrado, ó mover el bastón, ó indignarse ruidosamente.

Ni aun las personas pacíficas se salvan de los peligros que encierra una primera representación. Hay quien se aburre y comunica en forma respetuosa sus opiniones al espectador más inmediato.

—¿Sabe usted que esto me parece flojito?—dice aludiendo á la obra.

—¡Silencio!—grita un amigo de la Empresa.

—¡Á la calle!—dice otro.

—¡Echad á ése!—añade un tercero.

Y el espectador infeliz oculta la cara detrás del sombrero, y tiembla; porque ha salido de su casa con el fin de distraerse con honestidad y aseo, y no encuentra bien que le peguen á la faz del país, delante de tantos hijos de familia.

Entre los defensores de la obra los hay también de la clase de pacíficos. Éstos se limitan á dirigir miradas cariñosas á los protestantes como si quisieran conmoverlos, y en cuanto tienen ocasión ya están diciendo á la persona que tienen al lado:

—¡Si viera usted cuánto siento que no guste la obra! Porque el autor es muy buen sujeto, y además mantiene á su madre y á una portera que puede decirse que le dió el ser.

—¿Conoce usted al autor?

—Mucho. Le conocí en Gerona, cuando era guardia civil; después se casó y después se vino aquí á cultivar la literatura cómico-lírica, recomendado por el teniente coronel.

—Pues ha hecho mal.

—La obra no es tan mala. Lo que hay es que se la hacen los cómicos detestablemente, porque, verá usted, él tuvo unas palabras con la característica sobre un carnero que le ofreció el día de su santo y luego no pudo traérselo; y desde entonces empezaron todos en la compañía á conspi-

rar contra él. Aparte de esto, en el ensayo general le quitaron diez ó doce chistes, á pretexto de que eran demasiado verdes, y ha quedado la obra un poquito pálida.

—Sí, pálida y macilenta.

—Pero tiene cinco más, en verso todas ellas, y ya verá usted cómo se abre camino.....

Nunca falta en los estrenos una colección de parientes del autor, que ocupa las mejores localidades y mira al público con cierta vanidad mal reprimida. Cuando la obra va bien, los parientes se apresuran á enterar á todo el mundo de los vínculos que les unen con el poeta. Al efecto dicen en voz alta, para que llegue á conocimiento del país:

—No puede negarse que la obra está muy bien escrita. Pepe es de todos mis primos el que tiene más disposición para el arte dramático. Ayer se lo decía yo, cuando estuvo en casa á llevarnos las localidades.

Pero cuando el público manifiesta su desagrado, entonces los parientes bajan el cuello y devoran silenciosamente sus decepciones. Los hay que no se pueden contener, y gritan:

—Es una falta de educación muy grande esto de golpear con los bastones, porque hay que ver que el autor no tiene más que veintiocho años, y á los diez y seis se cayó de un piso segundo y quedó resentido del cerebro, y todos los años tiene

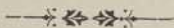
dos ataques que se queda como alelado, y hay que envolverle en una manta de algodón en rama y ponerle al relente por prescripción facultativa.

Entre los parientes, los amigos y los alabareros, han conseguido que el público asista á las primeras representaciones con el alma en un hilo, y ha de llegar día en que algún esposo diga á su esposa antes de salir de casa:

—Vaya, abur, y prepárame las vendas, por si me descalabran.

—¿Vas á alguna reunión electoral?

—No; voy á un estreno.





LAS MUJERES DE SU CASA.

—¡Ay, yo no sé cómo son algunas mujeres!.....
¿Has visto los chiquillos de la de Narigón? ¡Qué
traviesos, qué mal educados!

—Quita, mujer, ¡si parece mentira que Dios
haya hecho gente tan no sé cómo!.....

—¿Pues y la casa? Parece una leonera. ¡Qué
abandonada! ¡Qué sucia!.....

—No hablemos.....

—Yo te aseguro que si me condenasen á vivir así, sin orden ni método, me moría por consunción. ¡Como que no puedo ver las cosas en desorden!..... Desde que amanece ya me tienes hecha un azacán, limpiando y revolviéndolo todo..... Ya, ya; y tengo un marido que si viera él la casita desarreglada, ¿para qué quería yo más día de fiesta?

—¿Pues y el mío? Si un día que la muchacha dejó caer la ensalada de pepinos sobre un retrato de Becerra, creí que había llegado el fin del mundo.....

La criada (interrumpiéndolas). — Señora, ¿quiere usted venir á tomar la cuenta de la plaza?

La señora.—Ya me la darás. No tengo ahora ganas de levantarme. (*Á la amiga.*) Pues como te decía, mi marido es la escrupulosidad personificada, y siempre me dice que si no fuese yo tan mujercita de mi casa y tan metódica, llegaría á odiarme.....

—No es poca suerte para ellos haber tropezado con unas mujeres como nosotras.

El niño (entrando).—¡Mamá, mamá! La *chacha* no quiere vestirme.

La mamá.—Ven aquí, hijo mío. Dale un besito á esta señora.....

—No quiero.

— ¿Cómo se entiende? ¿Es así como te educo yo? Vamos, dale un besito.

— No quiero, que es muy fea.

La amiga.— ¡Déjalo, mujer, ya sabemos que los niños son lo más caprichosos!.....

— Es que yo no quiero que se salga con la suya. ¡Á ver, Joaquinito, á dar un beso á esta señora!

— No quiero. ¡Hi....., hi....., hi!.....

— ¡Si me levanto te vas á acordar de mí!

La amiga (aparte).— Vaya una educación la de este arrapiezo. ¡Y qué sucio! ¡Si parece que lo han bañado en el agua de la carne!.....

— Venga usted acá, niño; bese usted á esta señora.

El niño (pateando y revolcándose en el suelo).— No quiero, no quiero y no quieroooo!

La criada (entrando).— Señora, ¿puedo barrer el comedor?.....

La amiga (aparte).— ¡Las doce de la mañana y no está aún barrido el comedor!.....

La señora (á la criada).— Puedes ir haciendo las camas.

La amiga (siempre aparte).— ¡Y las camas sin hacer todavía!

El niño (pateando siempre).— Quiero que me vista la *chacha*. ¡Hi....., hi....., hi!.....

La señora.— Anda, Teresa, viste á este condenado, que me va á consumir la sangre. (*Á la amiga.*) Pero, ¿has visto un chiquillo igual?

La criada (al niño).—Estate quieto, Joaquín.

El niño.—Quiero comer un huevo con azúcar.

La mamá.—Verás qué zurra te doy..... (*A la amiga.*) Pues, hija, el otro día tuve la ocurrencia de visitar á la de Narigón, y salí de allí con náuseas. ¡Qué casa aquella! ¡De seguro que los suelos no se han fregado desde que la mamá era joven! ¡Qué abandono! Vamos, te digo que no sé cómo su marido no la aborrece. Tiene más suerte que una..... Si yo fuera así....., ¡figúrate! tendría una pelotera con mi Benito todos los días.

La criada.—¿Puedo hacer las camas, señora?

La señora.—Vale más que te lleves á ese diablillo fuera de casa. Mira, vete á paseo con él.

El niño.—¡Qué gusto!

La criada.—Pero, señora, si no he puesto el puchero..... En fin, hágame usted el favor de las llaves.

—Á ver, mira si están puestas.....; no, creo que están sobre las zapatillas.....; tampoco.

El niño.—¡Quiero ponerme el traje nuevooo!..... ¡Hi....., hi....., hil.....

—Espérate, chico, espérate, y no me mortifiques..... Y tú, Teresa, muévete, mujer, busca esas llaves.....

—Pero, ¿dónde quiere usted que las busque?

—A ver si están tiradas detrás de la Virgen de los Dolores..... Anda, quita esa ropa y busca bien.

La criada (sale y vuelve un minuto después

gritando).—¡Cosa más rara!..... ¿Sabe usted dónde estaban? Pues dentro del puchero de la bandomina.

—¡Jesús, qué ocurrencia!

La amiga (levantándose).—Te dejo; voy á ver cómo anda la gente de mi casa. (*Aparte.*) Siempre estará un poco más arreglada que la tuya.

—Adiós, amiga mía; si no voy á verte más á menudo, no debes extrañarlo. Estoy tan atareada....

La amiga (aparte.).—Ya se conoce. (*Alto.*) Adiós, tantas cosas á Benito.

Las amigas se dan media docena de ósculos; el chiquillo sigue pataleando y poniendo el grito en el cielo; la criada ha sacado al fin el traje nuevo y se dispone á vestir al muchacho.

El marido (entrando.).—¿Qué es esto? ¿Adónde van éstos ahora?

La señora.—Se ha empeñado en llorar este maldito toda la mañana.....

—¿Y cuándo vamos á almorzar entonces?

—¡Calle! Pues es verdad. (*A la criada*). ¿Has preparado el almuerzo?

—¿No me ha dicho usted que no lo hiciese?

El marido (pateando.).—¡Qué arreglo, señor, qué arreglo!

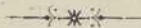
La señora.—Eso es; quéjate, después que vive una sacrificada..... ¡Jesús! ¡Qué falta de consideración!

Entretanto, la amiga ha llegado á su casa y lo

primero que hace es desatarse en impropiedades contra la señora que acaba de visitar.

—¡Jesús! Vengo asustada—dice á sus hijas.—
¡Qué casa la de Menganal ¡Aquello es un infierno!
¡Y qué chico tiene tan mal educado! ¿Queréis
creer que no estaban las camas hechas, ni el come-
dor barrido, ni encendido el fogón?

Creo excusado participar á ustedes que en casa
de la señora que tiene la palabra sucedía á aque-
llas horas dos cuartos de lo mismo.





EL GRACIOSO.

I.

El tiempo está delicioso, y la familia Difumino ha dispuesto celebrar en el Vivero los días de la

niña mayor, que, aunque le esté mal el decirlo, se llama Nicasia.

Son las siete de la mañana; á las ocho deben llegar los convidados, y D.^a Bernardina, la señora de la casa, se consume en el fuego sagrado de la impaciencia porque faltan todavía una porción de cosas muy necesarias. Don Cosme, su esposo, anda hecho un azacán llevando, ya una cazuela, que guarda en su seno el cadáver de un cabrito asado, ya los pies de lechuga que han de exornar el *fricandó* de pollo, ora el botijo que conserva el agua como la nieve, ora los cubiertos de boj, sin los cuales no hay comida campestre posible.

La casa de los señores de Difumino está convertida en un verdadero campo de Agramante. En la sala se han colocado las cestas de la comida, y sobre la consola se ven en aterradora confusión pucheros, melocotones, latas, tomates, medio queso de bola, un acordeón, varios panecillos y los sombreros de las señoritas de Difumino, que parecen dos pantallas.

—Anda, mujer —dice D. Cosme á su esposa— despáchate. ¿Te has acordado de envolver mis zapatillas? Ya sabes que con estas botas no encuentro tranquilidad en ninguna parte.

Por toda respuesta, D.^a Bernardina lanza un gruñido y desaparece de la sala, diciendo con desesperación:

—¡Cuando á mí me vuelvas á pescar en otra comida de campo!.....

Comienzan á llegar los convidados. El primero que aparece es D. Celedonio, un señor muy alegre, que ha sido empleado en Aduanas y no ha querido casarse nunca, según dice él, para evitarse quebraderos de cabeza, y sólo tuvo una novia que se le murió de una insolación por haber leído una poesía titulada *El Estio*, original de un poeta que había venido de Filipinas bajo partida de registro, por malo.

Don Celedonio es el hombre más alegre, más jaranero y mas á propósito para una broma que pueden ustedes figurarse. Toca la guitarra regularmente, maneja el acordeón que da gusto, sabe hacer juegos de manos, y lo mismo sirve para asistir á un enfermo y correr después con los gastos de entierro y funeral, como se pone un traje de moro y se va al Prado á dar bromas.

—¡*Tarari!*—hizo al presentarse en la puerta de la sala, colocando el puño cerrado delante de la boca, como si quisiera imitar el sonido de una corneta.

No hizo más que verle el Sr. Difumino y se echó á reir como un tonto.

—Ya está aquí este diablillo—gritó, y fué á darle la mano; pero D. Celedonio, por toda respuesta, se puso uno de los sombreros de las niñas, y embozándose en la funda del sofá comenzó á

dar saltos y á cantar el coro de «Los Calzones del señorito.»

—¡Jesús, qué condenado!—dijo D.^a Bernardina simulando un enojo que no sentía;—sólo falta que venga usted ahora á acabar de pudrirme la sangre.

Don Celedonio, como si no fuera con él la cosa, cogió un cogollo de lechuga y se lo puso en el pecho, sujetándolo con la solapa, á manera de ramo de flores; después comenzó á abanicarse con una zapatilla de D. Cosme.

—Basta, basta—gritaba éste apretándose el estómago.—¿Quiere usted que me ponga malo de risa? ¡No he visto un hombre más gracioso!

Cuando llegaba á este punto la escena, entraron en la sala los señores de Cateto é hijos. Estaba el Sr. Cateto tan flaco como si se hubiera pasado la existencia comiendo cordilla únicamente; su esposa, en cambio, parecía un baúl mundo. Detrás de esta pareja caminaban sus cinco vástagos, todos varones y todos de color de ala de mosca, que no parecía sino que los habían tenido colgados al humo. Los niños tomaron posesión de todas las sillas que había disponibles, y la sala quedó convertida en una sucursal del Hospicio.

Después fueron entrando correlativamente las de Furriel, dos hermanas gemelas, que traían unos vestidos del tiempo de la Verónica; el señor de Escobillón, capitán de carabineros, hombre de

muy mal carácter y esposo de D.^a Uldegonda, viuda tres veces, sin sucesión conocida, y por último, dos jóvenes modestos, esposos futuros de las chicas de Difumino y estudiantes de segundo año de medicina á la hora presente.

Los expedicionarios se pusieron en marcha. A la puerta les esperaba un ómnibus que parecía una casa de huéspedes; pero antes de montar en el carruaje D.^a Bernardina montó en cólera por sexta vez, porque su esposo se había comido por distracción más de la mitad de las aceitunas y parte del queso.

Don Celedonio, con su buen humor característico, quiso apaciguar á la esposa ofendida, y cogiéndola en brazos la subió al ómnibus, sin reparar en el niño menor de los Catetos, que se había quedado dormido sobre los almohadones, y que á poco más parece aplastado como una cucaracha.

Al capitán se le cayó encima el contenido de una cazuela que estaba colocando D. Celedonio en la baca del ómnibus, mientras aquél se cuidaba de instalar cómodamente á su esposa; y cuando quiso recordar, tenía todo el chaquet lleno de salsa de tomate, que daban ganas de mojar pan encima.

En fin, aquello fué durante algunos minutos un verdadero desastre, hasta que, tranquilos los ánimos, el ómnibus se puso en movimiento.

Doña Bernardina iba diciendo aparte:

—¡Cuando á mí me vuelvan á pescar en otra comida de campo!.....

Y el capitán, á su vez, murmuraba:

—Me parece á mí que no concluye el día sin que yo le pegue dos bofetadas al majadero de don Celedonio.

II.

Todo era júbilo en el Vivero.

La comida había resultado sabrosa y animada, y á no haber sido por uno de los niños de Cateto, que metió el pie equivocadamente dentro de la cazuela del cabrito, y ya nadie quiso comer de aquello, á excepción de D. Cosme, que se puso dos platos, el día se hubiera deslizado en medio de la mayor felicidad.

Don Celedonio hizo las delicias de los comensales; tocó el acordeón, imitó el buey, el gallo, la tórtola y la tortuga. Para distraer á la concurrencia, abrió una sandía y se la puso por montera al capitán de carabineros; pero como éste era hombre de pocas bromas, cogió un panecillo francés y se lo tiró á la cabeza.

Entonces D. Celedonio perdió el buen humor y llamó bruto al capitán; éste se puso furioso y quiso echarle las manos al cuello, pero ya D. Ce-

ledonio había cogido la fuente de la lechuga para defenderse.

—¿Qué es esto?—gritaba D. Cosme.—¿Vamos á tener un disgusto en un día como hoy?

Pero no pudo concluir, porque el capitán, ciego de indignación, acababa de romper sobre la cabeza de D. Celedonio la cazuela del cabrito.

El hombre gracioso cayó al suelo, lanzando ayes doloridos, y hubo necesidad de envolverle en una manteleta de D.^a Bernardina y llevarle á la casa del guarda.

Y así terminó la jira campestre de los señores de Difumino.....

Porque no hay cosa más desagradable en el mundo que salir de campo con un gracioso. —





ATRACOS.

Se ha puesto de moda el atraco, que es un sistema cómodo y sencillo.

Consiste en arrojarse sobre el transeunte, cuando va más descuidado, y desbaliarle en un periquete.

Antes el atraco se verificaba de noche y bajo la

protección de la espesa sombra; hoy los atracadores realizan su delicada tarea á la luz del día.

Ven á un caballero que se dirige á su casa tranquilamente, con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en los adoquines, y sin más ceremonia le sacuden un puñetazo en la nuca. El hombre exclama «¡Ah!» con extrañeza, y trata de huir; pero un nuevo puñetazo le detiene, y acaba por dejarse robar todo cuanto lleva encima.

Los periódicos refieren á diario sucesos de esta clase, que ocurren en las calles más céntricas de la corte. Hoy la víctima es un caballero bien trajeado y con patillas negras, que se ve acometido por dos malhechores; quiere gritar y no puede; trata de huir y le cogen por el rabillo del pantalón. Mientras uno de los criminales le tapa la boca con una media de lana, otro le registra los bolsillos, despojándole de todo cuanto lleva encima, á saber: una petaca, un par de guantes, tres pesetas quince céntimos y media libra de queso de Villalón.

Al día siguiente la atropellada es una señora, de porte distinguido, á quien los ladrones abrazan con entusiasmo, como si quisieran dar á entender que les domina una pasión amorosa.

—¿Quiénes son ustedes?—pregunta la agredida dando un paso atrás.

—Somos unos jóvenes impresionables. Ámenos

usted, señora—contestan ellos arrebatándole el portamonedas y apelando á la fuga.

Hoy los atracos se hacen atropelladamente y sin plan determinado; hay unos atracadores que pegan, y otros que muerden, y otros que estrujan; pero más adelante se establecerán reglas fijas para todos los casos, y entonces sabremos con exactitud el número de trompadas que nos darán los atracadores y en qué sitio del cuerpo hemos de recibirlas.

Y aun es posible que el reglamento sea sometido á la aprobación de la Autoridad, con arreglo á la ley de asociaciones y sociedades de recreo, porque los atracadores son unos ciudadanos como otros cualesquiera, y pueden asociarse cuando se les antoje.

—¡Guardia, guardia!—gritará una víctima del atraco.—Acaban de robarme todo lo que llevaba en el bolsillo.

—¿Y qué?—preguntará el de policía.—¿Han cumplido los atracadores con los preceptos reglamentarios? ¿Sí? Pues no tengo nada que decirles.

—Me han puesto en la boca un nudo de trapos.

—Perfectamente. Eso está consignado en el artículo 11 del reglamento.

—Y me dieron dos patadas en un vacío.

—Muy bien. Artículo 9.º

—Y por último, me atizaron tres bofetadas.

—Exactamente: eso figura en los artículos adicionales.

Como todo se va perfeccionando en estos tiempos de progreso bienhechor, llegará á verificarse la delicada operación del atraco sin grandes molestias para el «atracado».

—Buenas tardes— dirá el ladrón.

—Buenas las tenga usted—contestará el transeunte.

—Entre este amigo y yo vamos á atracarle á usted, arrimados á esa puerta. Es cosa de un momento.

—No se molesten ustedes.

—No es molestia. Tome usted.

—¿Qué me va usted á dar?

—Un cachete.

—Gracias.

—Ahora déjese usted tapar la boca, porque si hace usted fuerzas le podemos lastimar..... Bueno; ahora venga la *guita*. Vamos, con el permiso de usted, á darle otros dos cachetes.

—¡Pero hombre!.....

—Son cachetes reglamentarios.

—Entonces no me opongo.

Ya hoy, dada la falta de celo de la policía, sale uno de su casa con la certeza de que le van á «atracar» en cualquier punto céntrico, y poco á poco nos iremos acostumbrando al robo al aire libre, hasta que llegue el día en que no nos im-

porte absolutamente nada; y dirán las esposas á sus esposos:

—Joaquín, cuando te vuelvan á atracar, di á los *chicos* atracadores que no te peguen en el gabán, porque se te estropea.

—Ellos no pueden remediarlo.

—Pero tú debes decirles que te peguen con delicadeza.

Creo yo que más temibles que los atracadores de que habla la prensa, son los atracadores que le cogen á uno en el café y le recitan el argumento de un drama de su invención, y los que le llevan á uno á su domicilio para tocarle al piano una composición sacada de su cabeza, y los que entran en nuestra casa diciendo con voz terrible:

—Vengo á decirte que una de dos: ó me facilitas un duro *ípedo facto*, ó aquí mismo me como esta caja de fósforos.

Y *una de dos*, ó suelta usted el duro, ó tiene usted jaqueca para todo el día.

Estos son los verdaderos y legítimos «atracadores».





EL «TENORIO» Á MOJICONES.

En casi todos los teatros se representa el famoso drama de Zorrilla, con más ó menos equidad y aseo.

Hasta en el mal oliente teatro de Melpómene, sito en la calle del Tribulete, se había formado una compañía de aficionados para solaz de las personas de gusto; pero ha habido que suspender las tareas, por ciertos disgustos surgidos entre los *aztores*—como decía el apuntador, que es un chico poeta y guarnicionero.

¡Qué lástima! El teatro estaba de bote en bote; habían acudido á la función muchas familias de lo más decente del barrio, y todos se las prometían muy felices, cuando de pronto.....

Pero no precipitemos los acontecimientos.

Los artistas encargados de representar la obra famosa destrozaban sin compasión los sonoros versos, y hacían todo género de atrocidades en el escenario.

El papel de *Don Juan* estaba á cargo de un hombrachón picado de viruelas, que más parecía mozo de mulas, y *Doña Inés*, que frisaba ya en los cuarenta, y revelaba ostensiblemente la proximidad de un suceso plácido para la familia, no había conseguido ocultar la exuberancia de su estado, á pesar de la sobrefalda de merinillo con que cubría el abdomen y los hábitos monjiles.

Era el *Comendador* hombre chiquitín, de voz atiplada y modales femeninos; y como si todo esto no fuera bastante, ceceaba al hablar y se sujetaba á cada momento el vientre con ambas manos, como si temiese que se le cayeran los calzones.

Los demás personajes coadyuvaban al mejor éxito de la obra en la medida de sus fuerzas, y *Don Luis Mejía*, para dar una prueba elocuente de las suyas, levantaba en alto las sillas de la hostería de Butarelli con gran admiración del público, y concluyó por coger á pulso la mesa ante la cual bebía Don Juan Tenorio, y arrojarla contra los bastidores.

Don Juan, por no ser menos, esperó que le maldijera su padre, á fin de poder lucirse también en clase de bruto, y en vez de limitarse á arrancar el antifaz al autor de sus días, le soltó dos pescozones, que á poco más le hacen perder el sentido.

El público aplaudía todos estos rasgos de valor, y cuando vió que Don Gonzalo de Ulloa entraba furioso en la quinta con el propósito de matar al seductor de Doña Inés, comenzó á achuchar á Don Juan, como si fuera un perro pachón; y un espectador entusiasta fué y le arrojó una llave inglesa para que se defendiese. La llave fué á chocar contra la espinilla de Don Luis, que estaba limpiando la espada con una servilleta, y éste lanzó un grito de dolor. En aquel momento Don Juan le acometía furioso, y entonces se entabló una lucha cuerpo á cuerpo entre los dos héroes. A Don Luis le dolía la pierna, y descargaba su furor sobre el primer galán; éste, herido en su dignidad y en la espalda, sacudía puñetazos á su contendiente, y las cosas llegaron á tal punto,

que tuvo que levantarse el Comendador para poner paz, y recibió un golpe en las narices.

Más tarde se supo que todo esto obedecía á resentimientos particulares entre el que hacía de Don Juan y el que desempeñaba el papel de Mejía.

Cuestión de celos artísticos y de dos pesetas que el primero se negaba á pagar al segundo.

Á esta función, de carácter privado, había asistido una elegante concurrencia, porque no faltan personas que aman el arte en todas sus manifestaciones, cuando lo dan gratis.

Lo mismo fué ver la sangre que brotaba de las narices de Don Juan Tenorio, las señoras se levantaron precipitadamente; algunos hombres, á impulsos de un generoso sentimiento, saltaron al escenario, y los niños dieron muestras de su buen corazón, lanzando agudos chillidos.

—¡Orden, orden!—gritaba Ciutti, que se había colocado junto á las candilejas.—La función va á continuar.

—¡Socorro!—exclamaba una señora, á quien había atropellado un espectador sensible y asustadizo.

El teatro se convirtió en un campo de Agramante.

En medio de aquel *mare magnum* era imposible que los espectadores encontraran sus sombreros ni sus abrigo. Las señoras se ponían por

equivocación los gabanes de los caballeros, y hubo dama de aquellas que, en su aturdimiento, trataba de meterse por los brazos, que parecían dos monolitos, el abrigo de una criatura de seis años.

En cambio, un respetable runcionario de Hacienda se vió obligado á envolverse en una manteleta de terciopelo, color salmón, y así hubiera salido á la calle á no haberle cerrado el paso un acomodador, diciéndole:

—¿Adónde va usted vestido de máscara?

—¿De máscara?

—¡Pues, hombre, si parece usted la Verónica!

En aquel momento comenzó á dar gritos Doña Inés, y esto bastó para que dejaran de pegarse Don Juan y Don Luis.



—¿Qué sucede ahora? —preguntó uno del público que se había subido encima de la butaca para defender con el cuerpo á su numerosa familia.

—Sucede, que no es posible continuar la función de ninguna manera —dijo Ciutti.

—¿Por qué?

—Porque Doña Inés acaba de dar á luz en el pasillo.....

Y de esta manera trágica terminó la otra noche *Don Juan Tenorio* en el teatro de Melpómene, sito en la calle del Tribulete.





LOS PEPES.

Hay días solemnes, y el de San José es uno de ellos.

Cualquiera puede pasar el día de su santo metido en un rincón, haciendo cigarrillos ó quitándole las manchas á la ropa con espíritu de vino, ó pensando en la mala vejez de los sombreros hongos; pero todo el que se llama José tiene la

obligación ineludible de ser dichoso el 19 de Marzo, aunque se halle sometido á la influencia de una erupción cutánea, ó tenga hipo, ó se le haya envenenado la novia.

Lo primero que hace cualquier José celoso de su buen nombre es vestirse con aseo y prepararse á recibir las felicitaciones de los amigos y conocidos, por aburrido que esté.

—Adiós, Pepe. Que los tengas muy felices.

—Mil gracias.

—Estás así como denegrido.

—Sí; anoche se me murió una perra de toda mi confianza, ¡y sufro!

—No pienses en cosas tristes.

—Sé que hago mal con disgustarme en un día como el de hoy; pero la tenía mucho cariño, porque era lo mismo que una persona, fuera el alma.

—Ea, convídame.

—Bueno; toma lo que gustes. ¡Qué poca suerte tengo yo con los animales!

Y por apenado que esté el sujeto tiene que celebrar su santo con libaciones más ó menos copiosas, porque el nombre obliga.

Conozco un D. José que aborrece los regocijos del hogar y las expansiones familiares; pero sucumbe á las exigencias de su esposa, que le dice todos los diez y nueve de Marzo por la mañana:

—Pepe, á ver si vas á cortarte el pelo, y diles que te dejen un poco de flequillo para tapar ese hoyo de la frente, que cada vez lo tienes más profundo. No te quiero ver con esas greñas en un día como el de hoy. Ponte el pantalón de rayas y la chalina verde, y súbete bien los tirantes, que no me gusta que te critiquen.

—Pero.....

—Ya sabes que vas á tener muchas visitas, y no quiero que te pillen desprevenido. Acuérdate de la vergüenza que me hiciste pasar el año 87, cuando te sorprendieron las de López envuelto en mi delantal componiendo la mesa de la cocina.

Don José tiene que acicalarse como si fuera á una boda, y se dispone á recibir todos los homenajes que quieran hacerle las diferentes personas de su amistad.

El primer homenaje lo recibe de manos del escribiente de su oficina, que le regala una pipa para pitillos y dos quesos de Villalón, porque él es de allí.

—Don José—le dice solemnemente—corto es el obsequio de este subalterno, que no tiene en el mundo más padre que usted y el señor de Canillas, que es quien me ha colocado en contribuciones. Reciba usted esos quesos nacidos en el corazón de este su subordinado y seguro servidor.

Y en cuanto suelta los quesos se mete en la sala, y ya no se aparta de allí hasta que le convidan á comer ó hasta que le dice la señora del jefe, llevándole á un rincón:

—Salmonete, va usted á dispensar si no le convidamos este año; pero ya sabe usted que la casa es chica, y hoy comen aquí las de Cerato, que siempre nos están haciendo favores, y aun hace poco, cuando el cólico de mamá, estuvieron nueve días sin desnudarse para poderle dar las unturas de belladona y cera virgen.

Salmonete sufre, porque le gusta comer principio, pero tiene que dominarse, y dice sonriendo:

—No se moleste usted. ¡Pues no faltaría más! Yo estoy aquí por el gusto de hacer á ustedes compañía y por si es preciso abrir la puerta, porque en un día así no se puede contar con la criada.

—Bueno; pues en el comedor tiene usted polvorones sevillanos, hechos por mamá, y un Jerez muy rico, que nos ha enviado un cosechero de Pontevedra, amigo de Pepe. Tome usted todo lo que guste, y mañana le llevará á usted Pepe á la oficina un poco de flan. He mandado hacer uno grande para que sobre.

En esto llegan las de Cerato con un cucurucho voluminoso, que depositan sobre la mesa.

—Que los tenga usted muy felices, D. José y compañía.

—Gracias, gracias—contesta el aludido.

—Le traemos á usted un presente insignificante.

—¿Para qué andan ustedes con eso?

La Cerato menor rompe el cucurucho y presenta á D. José una pantalla de confección casera.

—¡Ay, qué cosa tan divina!—dice la esposa de Don José.

—¡Preciosa!—añade él.

—¡Qué manos más primorosas tienen ustedes! Pero ¿de qué es esta pantalla?

—¿No lo adivinan?—pregunta modestamente la Cerato número uno.

—Por el olor parece de queso plateado—dice Don José oliendo la pantalla.

—No, señor, es de veludillo y escamas de besugo, imitando plata nativa. Nos ha enseñado á hacerlas una señora alemana, que estuvo en Tetuán dos años de modista.

—Ya me parecía á mí que esto era árabe puro.

Todos los que van entrando elogian la pantalla y comen polvorones y beben Jerez de Pontevedra, con gran enojo de D. José, que dice á solas:

→ —¡Pero, señor! ¿Qué necesidad tengo yo de celebrar el día de mi santo? ¿Por qué me han puesto José? ¿Por qué no había de llamarme Cleto, que es el nombre más insignificante de este mundo?



CORRIDA DOMÈSTICA.

Para aliviar la suerte de los inundados de Andalucía vamos á tener corrida de toros, bajo la dirección de *Lagartijo*, y además se organizan funciones de aficionados con becerros de tres hierbas.

Hay un andaluz, llamado D. Matías, que es

perito agrimensor, y suele presentarse en el café vestido de corto, porque siempre le tuvo mucha afición al arte taurino.

—Lo que siento—dice él—es no poder ir á las Salesas todos los días con este chaquetón y este sombrero; pero una vez me presenté así ante el Juzgado de la Latina, y el juez quiso formar-me causa por desacato. Después, los escribientes empezaron á tirarme bolitas de papel y pedazos de lacre, y por último, un alguacil, queriendo darme una broma, me dejó caer encima un armario y por poco me revienta.

Ahora D. Matías anda viendo si puede organizar una corrida de becerros en el puente de Vallecas para aliviar la suerte de unos vecinos de Cabra, paisanos suyos, que perdieron entre todos unos doscientos reales. Hasta la hora presente cuenta con varios aficionados, uno de los cuales, llamado D. Agapito, cirujano menor, se las echa de primen espada, y dice que está dispuesto á matar una ganadería entera.

—¿De modo—le dice D. Matías—que puedo contar con usted?

—Cuenta usted conmigo para todo.

—Pero, ¿ha toreado usted ya?

—¿Quién, yo? Anda, anda. A mí me han salido los dientes en una dehesa, como quien dice, y á los cinco días de nacer me cogió un becerro estando yo en la cuna distraído.

El caso es que D. Matías, á fuerza de gestiones, ha conseguido reunir una excelente cuadrilla, de la que forma parte el referido cirujano, un chico malagueño que está de dependiente en una fábrica de gaseosas, otro joven tartamudo, que por las mañanas es barbero y por las noches canta de barítono en el coro de Eslava, y un escribiente de D. Matías, llamado Camilo, que tiene un catarro crónico y está tomando la leche de burras desde Enero del 88.

—¡Pero, D. Matías! —le dice éste.—¿Cree usted que yo sirvo para parear?

—¿No lo he de creer? Tú tienes hechuras de torero y agilidad en las piernas. Acuérdate de cuando te dió el puntapié aquel litigante. ¡Cuidado si corrías entonces!

—Bien, pero temo que me centre la tos con las banderillas en la mano y no sirva de nada la leche de burras.

—Al revés; el ejercicio puede serte muy beneficioso.

Para que la cosa salga bien, D. Matías quiere ensayar las diferentes suertes del toreo, y ha citado á todos los de la cuadrilla para que acudan á su casa por la noche.

El primero que llega es D. Agapito, el cirujano.

—Así me gusta. Es usted el más puntual de todos—dice el perito al verle.

—Pues mire usted—contesta el otro—he tenido que dejar á un enfermo con las sanguijuelas en libertad.

—¿Cómo?

—Se las puse en la boca del estómago, pero no han querido chupar, y allí se las he dejado hasta que se decidan. Yo soy así; no me gusta que nadie me espere.

Después del cirujano entra el chico de las gaseosas, y luego el tartamudo, y más tarde el escribiente de D. Matías, que no hace más que sentarse y empieza á toser y á pedir por señas que le desabrochen el cuello postizo.

—Tome usted unos vasos de flor de romero y almidón en polvo—le dice el cirujano.—Cuide usted esa tos, Camilito.

Por toda respuesta Camilito se arroja de bruces sobre el sofá y tose durante cinco minutos, como si fuera á arrojar el bazo.

Restablecida la calma, D. Matías hace que suba el portero, que es hombre vigoroso, como buen astur, y le suplica que haga de toro, sin que esto sea faltarle en lo más mínimo.

—Bueno, pero ustedes dirán cuál es mi obligación—dice el portero.

—Mire usted—contesta D. Matías—usted nos embiste como si fuera una res natural, y cuando vea usted que le echamos un capote, nos atiza una cornada.

—Bueno, bueno—replica el astur;—pueden ustedes torearne con toda confianza.

Y puestos cada cual en su sitio, da comienzo la corrida.

El portero sale de la alcoba de la sala, que sirve de toril, y se dirige al tartamudo. Este se ha montado en una silla, y valiéndose de la escoba, á guisa de vara, trata de pinchar al toro en el morrillo; pero como el portero es un bruto muy grande, mete la cabeza por el respaldo y recarga con denuedo, haciendo rodar al tartamudo y rompiendo la silla en siete pedazos.

Acude el de las gaseosas con un capote y el portero le acomete; se interpone D. Matías y recibe un testarazo en la boca del estómago, que le obliga á lanzar un chillido y á agarrarse al escribiente, el cual quiere poner banderillas y sólo consigue meterle un palo por un ojo al bueno del cirujano.

Éste grita y se lanza furioso sobre el escribiente; pero el toro, creyendo que todo aquello forma parte de la función, arremete contra ambos y á uno le tumba boca arriba, á otro le suelta una cabezada en un vacío, y acaba por repartir mojicones entre todos los de la cuadrilla, que huyen asustados y ponen el grito en el cielo.

—¡Basta, basta!—grita D. Matías refugiándose detrás de la consola.

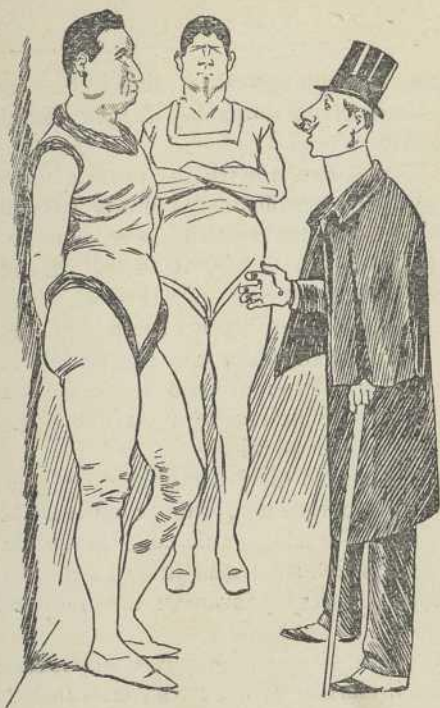
—¡Berrrrr!—hace el astur echando espuma por

la boca y tirando derrotes á derecha é izquierda.

Acude la esposa de D. Matías y recibe un golpe en el vientre; va á defenderla el cirujano y rueda por el suelo, hasta que á fuerza de súplicas se tranquiliza el toro y decide volverse á la portería, no sin decir antes con toda calma:

—Pues nada, cuando quieran ustedes volver á ensayar, no tienen más que avisarme.





ECUESTRES Y GIMNÁSTICOS.

Ya ha comenzado la época de los grandes sobresaltos y de las emociones violentas.

Ya están ahí los gimnastas, con su musculatura

de acero, excitando la admiración de las personas débiles que viven sometidas al aceite de hígado de bacalao.

Los circos han abierto sus puertas con gran satisfacción de los aficionados al arte, y hay quien conoce ya á dos ó tres titiriteros de fama, y bebe cerveza en su compañía, y dice en el café, reventando de orgullo:

—Yo no sé cómo me las compongo, pero al momento hago amistades con la gente del circo. Debe consistir en que como tengo el carácter abierto y sé sostener una conversación sobre gimnasia, me hago simpático.

Al circo acuden diariamente cierto número de personas que cifran su ventura en cultivar el trato de los *clowns* y admirar de cerca la agilidad de esas familias delicadas que juegan con los chiquitines á la pelota y levantan un cañón con el pelo.

Hay quien no pone los pies en el teatro durante el invierno, y se entrega en cambio con fruición á los volatines; porque no hay felicidad comparable á la que experimenta uno de estos aficionados cuando logra captarse las simpatías de un *clown*, y puede decir públicamente:

—¿Quién? ¿Tony? Pues si somos muy amigos. Aun ayer, yendo conmigo de paseo, estuvo dando saltos mortales en un portal para que le viese á mi gusto, y uno de estos días va á venir á casa

para hacer una pantomima delante de mi esposa, que no puede salir por la noche.

En las caballerizas del circo podrá ver diariamente el curioso lector una docena de sujetos que se pasan la noche entre los caballos, como si aquel fuese el mejor de los mundos conocidos, y entablan diálogos con los mozos á fin de enterarse de cuanto se relaciona con la *troupe*.

—¿De manera que la rubia del trapezio viene á ser cuñada del que come las estopas?

—Sí, señor —contesta el interpelado.

—Diga usted, ¿es soltero uno que se viste de elefante y se tira después de cabeza desde el techo?

—No, señor; es el marido de Mad. Clary.

—¿Y qué hace Mad. Clary?

—Baila en la cuerda floja.

—¡Caramba, qué guapita es!

—Pues ahora no tiene vista, porque sufrió una caída y se desmejoró mucho.

—¿Se cayó desde la maroma?

—No, señor, desde un segundo piso.

—¿Cómo?

—La tiró su marido en un arranque de celos.

¡Qué cosas sabe uno cuando se mete en la caballeriza y ahonda en las conciencias de los mozos!

El que tiene aficiones ecuestres y gimnásticas logra, á fuerza de observación y de curiosidad,

penetrar en los inescrutables arcanos de las compañías y sacar deducciones provechosas.

A lo mejor cree uno en la dulzura de miss Zharine, porque tiene los ojos azules y lánguidos, y luego resulta que bebe aguardiente por metros cúbicos y que ha deslomado de una paliza á un cura protestante.

Casi todas las *écuyères* parecen sílfides, y sin embargo, por ahí anda un joven paliducho despojado de la dentadura á consecuencia de una bofetada de cuello vuelto que le atizó, va á hacer ahora dos años, cierta amazona del circo.

El hombre no debe dejarse arrastrar por la belleza de las titiriteras; bueno que asista al circo todas las noches y entable relaciones de amistad con los gimnastas, hasta el punto de jugar con ellos al dominó y ayudarles á poner los calzoncillos; pero todo el que estime su tranquilidad, ha de huir de las mujeres, como hacen los verdaderos aficionados, que se limitan á fraternizar con ellos y miran con indiferencia desdeñosa los encantos de ellas.

«El arte por el arte.» He aquí el lema de esos jóvenes asiduos concurrentes al circo, que andan por los cuartos de los artistas dirigiéndoles elogios entusiastas y diciéndoles con toda la amabilidad del mundo:

— Es necesario que dé usted esta noche el doble salto mortal, porque tengo ahí á una familia

y quiero que vea lo que sabe usted hacer. Le advierto á usted que en mi casa todos son muy inteligentes, porque nos ha dado por la gimnasia, y tengo un tío que salta á pies juntos la mesa de la cocina y un catre. Cada uno tiene sus aficiones en este mundo: no nos verá usted nunca en el teatro; pero llega la temporada del circo, y se nos enciende la sangre. Ahora estamos dislocando á un sobrinito huérfano para ver si consigue hacer los «ejercicios del hombre serpiente». Desengañese usted: no hay cosa mejor que la flexibilidad del cuerpo humano.

En efecto—decimos nosotros;—sin esa flexibilidad, no hubieran llegado nunca á la cúspide algunos hombres políticos que todos conocemos.





REUNIONES DE ONFIANZA.

Hay una gran escasez de chicos útiles para el baile, porque la juventud masculina se ha lanzado por el camino de la banca, del Ateneo, de las luchas parlamentarias y de las conferencias públicas, y quedan muy pocos jóvenes que se dediquen á los placeres mundanos.

Por falta de chicos ha tenido que suspender sus reuniones semanales D.^a Pancha, la viuda de Balseiro. Iban cuatro ó cinco, pero uno ha salido concejal y ya no le parece bien seguir valiendo sobre la mísera estera de cordelillo; otro se ha dedicado á dar conferencias en una sociedad

de sombrereros científico-literarios; otro se ha casado con su propia tía, que le retiene en el domicilio conyugal y le pega casi todas las tardes, á eso de las cinco, y los demás se han metido en el Ateneo para ver si desaparece definitivamente de nuestra literatura la forma poética.

Pero la de Balseiro no desiste de sus propósitos, porque es una señora muy sociable y porque tiene una hija anémica, llamada Pura, á quien los médicos recomiendan el ejercicio y la distracción. A su casa acuden varias señoritas todas las noches, que, á falta de otros placeres, se dedican á jugar á la *Aduana*. La cuestión es procurar que Pura pase la existencia distraída y no piense en sus males ni se ande en unas grietas que le han salido á ambos lados del cuello, en forma de jeroglíficos.

Doña Pancha no oculta el mal humor que le produce la falta de jóvenes bailarines, y siempre está diciendo que se ha acabado la buena educación en España, y que los hombres de ahora son todos unos ordinarios.

La misma lavandera nota que en aquella casa ocurre algo desagradable, y pregunta á doña Pancha:

—¿Qué es esto? Antes les lavaba á ustedes más ropa. Ya no se mudan ustedes, ¿ó qué?

—Eso consiste en que se han suspendido las reuniones. Antes, con el polvo de los ladrillos,

todos los jueves ensuciaba Purita un par de enaguas; porque es lo malo que tiene el vals corrido, que levanta mucho polvo. Además, siempre poníamos servilletas limpias en la mesa del comedor para que se limpiasen la boca los chicos.

—¿Y por qué no siguen ustedes con los bailes?

—Porque, hija, han ido emigrando todos los jóvenes, yo no sé por qué.

—¡Pues si lo que sobran son señoritos! Conozco yo unos muy guapos y muy decentes que están de pupilos en casa de D.^a Zenona. ¿Quiere usted que les avise? Yo les lavo á todos ellos, y basta verles la ropa blanca para conocer que son de buena familia.

—¿De modo que usted me responde de su decencia?—pregunta D.^a Pancha.

—Ya se ve que sí. Mire usted: uno está estudiando la guitarra, otro es hijo de un escribano de Belchite, y al otro le va á poner una tienda de comestibles un tío que tiene en la Habana.

—Pues dígales usted que vengan el jueves con toda confianza. Lo único que deseo es que se presenten limpios.

—No tenga usted cuidado; son como los chorros del oro. Ya verá usted qué camisas.

Pura y sus amigas recibieron la noticia con marcada satisfacción, esperando que llegara el jueves, á fin de reanudar las dulces *soirées*, y doña Pancha avisó al afinador para que le repasara el

piano, que, dicho sea entre paréntesis, sonaba lo mismo que una sartén de las grandes.

El jueves por la noche la sala de la viuda de Balseiro aparecía resplandeciente de luz y colores. Las señoritas, animadas por un sentimiento de curiosidad y júbilo reconcentrado, dirigían miradas á la puerta, deseando ver entrar á los jóvenes desconocidos.

—Ramona—dijo la de Balseiro á la criada,—lave usted bien los vasos para que beban con confianza esos señoritos, y saque usted dos servilletas de las finas. Baje usted por azúcar, por si alguno se pone malo y hay que hacerle té. ¿Está bien seguro el armario de la sala?

—Ya le he metido debajo el método de solfeo de la señorita y el mango de los zorros, para que no se tambalee.

En aquel momento oyóse sonar la campanilla de la escalera.

—¿Quién?—pregunto la criada por el ventanillo.

—Nosotros—dijo una voz.

—¿Qué desean ustedes?

—Somos los de la lavandera.....

La presentación de los jóvenes en la sala fué un verdadero acontecimiento. Los tres eran agradados y vestían con decoro. Doña Paca salió á su encuentro y pronto reinó la más dulce alegría en aquel domicilio.

—Ea, á bailar, á bailar—dijo la de Balseiro.

Y los jóvenes se lanzaron vertiginosamente al vals corrido.

Pero el armario se movía de un modo alarmante. y doña Paca llamó á Ramona para decirle:

—Colóquese usted ahí, sosteniendo ese armatoste, porque temo que se nos venga encima.

A cada vuelta de vals el armario crujía y se tambaleaba, sembrando el pánico entre los bailarines, hasta que al fin se vino á tierra con gran estrépito, cogiendo debajo á Ramona, que comenzó á pedir socorro como una desesperada.

Por fortuna, las lesiones sufridas eran insignificantes. Un chichón en la frente y dos ó tres chirlos repartidos por todo el cuerpo; pero D.^a Paca creyó oportuno suspender el baile por aquella noche, no sin decir á los chicos:

—El jueves próximo espero á ustedes con toda confianza.

—Corriente — contestó uno de ellos;— pero mande usted asegurar el armario.





EL LORO.

Todo era júbilo en casa de D. Emeterio.

¿Por qué?

Porque acababa de llegar del Brasil un tío de su señora, hombre millonario, pero feo, que tenía la nariz llena de costurones, como si la hubiera entregado á los gatos para que se distrajesen.

Don Emeterio y su señora vivían mal, todo lo mal que vive un hombre con ocho mil reales de

sueldo y dos hijas casaderas. Las pobrecillas se pasaban la existencia diciendo:

—Papá, necesitamos botas; papá, no tenemos chambras; papá, se nos salen las ballenas del corsé y nos laceran las carnes; papá, se nos han acabado las camisas.

El buen hombre sufría amargamente porque amaba á los suyos con delirio, y si deseaba ascender en su empleo, era para poder mejorar las condiciones íntimas de la familia.

—Lo primero que hago, el día que mejore de fortuna, es comprarle á mi mujer un corsé-faja, porque me da pena verla con el abdomen suelto—decía él.

Y su esposa agradecía estos buenos deseos dando á su esposo una palmada amante en el cogote, acompañada de estas dulces palabras:

—¡Ay, Emeterio! ¡Tengo unas ganas de verte con un buen gabán azul y un pantalón de abrigo como el que lleva D. Angel, el mayordomo de Romero Robledo!

Cuando llegó el tío del Brasil, D.^a Hipólita, su sobrina, dijo á las niñas:

—Hay que ir á verle cuanto antes, porque es muy buena persona y de fijo nos trae algún obsequio. A mí siempre me tuvo mucho cariño, y antes de irse al Brasil me compraba cacahuets todos los días de fiesta, y un día me regaló un frasco de agua de Colonia.

La familia de D. Emeterio se vistió con sus mejores prendas y fué á visitar á D. Crisanto, que paraba en la fonda de Barcelona.

—¡Tío de mi corazón!—dijo D.^a Hipólita arrojándose en los brazos del forastero.

—Aunque no soy más que sobrino político, le quiero á usted como si fuera mi segunda madre—dijo D. Emeterio, estrechando al otro contra su corazón.—Aquí tiene usted á las niñas; ésta se llama Nicanora, y ésta Bruna; pero aunque me esté mal el decirlo, son dos ángeles.

El tío miraba á toda aquella gente con estupefacción, porque era bastante fea; sobre todo doña Hipólita, que parecía una perra de lanas color de canela.

—Conque ustedes son mis sobrinos—preguntó por último el brasileño.

—Sí, señor; sobrinos del todo—contestó la esposa de D. Emeterio.—Yo soy Hipólita, la hija de su hermana Transverberación.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. ¡Qué gorda estás!

—Y hemos sabido que venía usted, porque nos lo escribió el tío Fructuoso desde Rivadesella.

—Vaya, vaya; pues me alegro. Sentadse, que vendréis cansados. ¿Queréis un vasito de agua? ¿Un abanico?

Doña Hipólita y sus hijas esperaban que el recién llegado las invitase á comer en la fonda, y el mismo D. Emeterio decía para sí:

—Es cosa segura. Ahora nos convida á comer, y me alegro mucho, porque no he comido en la fonda desde Marzo del 86, cuando se casó la de Pérez con el chico del sastre.

Pero el tío no se daba por enterado de estos deseos, y se limitaba á referir su vida y milagros en el otro mundo.

—¡Qué país aquel!—decía.—Yo he sido una porción de cosas; hasta negro.

—¡Qué barbaridad!—exclamó una de las niñas.

—El hombre, para ganarse la vida, no debe reparar en nada. A mí me tuvieron dos meses metido en una espuerta y tapado con un paraguas porque me quería matar un amigo.

—¡Caracoles!—exclamó D. Emeterio.

—Sí, señor; yo he pasado muchas penalidades, hasta que me casé con una india.

—¿Y qué hizo usted de ella?

—Se me murió del muermo, que es una enfermedad que allí se padece mucho.

En esto dieron las siete y comenzó á sonar la campana de la fonda, avisando que la comida estaba dispuesta.

—A comer—dijo el brasileño.

Los corazones de aquella familia latían con violencia.

—Ustedes se irán—siguió diciendo el tío—porque tendrán que comer también. Conque abur, y ya iré á verles y á llevarles un regalito.

Todos se miraron con mal disimulado enojo, pero la promesa del regalo compensó en cierto modo la contrariedad sufrida.

Doña Hipólita volvió á abrazar á su tío, don Emeterio estrechó otra vez su mano, y las niñas le dirigieron miradas tiernas que equivalían á decirle:

—¿Por qué no se casa usted con una de nosotras? Somos muy limpias.

Él no entendió nada; lo que hizo fué empujar á todos fuera de la habitación, diciéndoles de nuevo:

—Ya iré, ya iré á llevarles un regalito.

Y, efectivamente, al otro día doña Hipólita era visitada por el tío del Brasil, que le dijo al entrar:

—Vaya, ya estoy aquí.

—¡Tío de mi alma!—gritó la sobrina.

—Ya veis que no olvido mi promesa—dijo colocando una jaula sobre la consola.

—¿Qué es? ¿Qué es?—preguntaron á dúo las dos niñas.

—Un loro—contestó el tío.—Un loro riquísimo.

Cuando regresó D. Emeterio de su oficina y supo lo del loro, estuvo á punto de cogerlo y estrellarlo contra la pared.

Pero su esposa le contuvo, diciéndole:

—¡Por Dios, Emeterio! ¡Serénate! Se trata de un tío que es de mi sangre, y no puedo consentir

que le injurios. ¿Crees tú que éste va á ser el último regalo? Ya verás cómo nos trae otra cosa de más mérito en cuanto nos tome cariño.

El del Brasil era hombre bastante bruto, pero



tenía buen fondo; tanto, que al día siguiente volvió á visitar á su sobrina para decirle que le buscara una casa de huéspedes de poco precio, porque quería vivir en familia y ver si se enamoraba de la patrona y se ahorrraba el pupilaje.

—¿Qué tal? ¿Os ha gustado el loro?—preguntó por último.

—Sí—dijo D.^a Hipólita.

—Estaba un poco duro—añadió Brunita.

—¿Duro? ¿Pues qué habéis hecho con él?—repuso el tío con asombro.

—¡Nos lo hemos comido!





PERSONAJES IMPROVISADOS.

¡Oh! La política nos abre las puertas de la felicidad.

Hay hombre que había nacido para sangrador

ó para corista de zarzuela, y hoy ocupa elevada posición oficial, gracias al apoyo de un prócer ilustre, que primero le regaló un acta de diputado á Cortes, y después le hizo funcionario de superior categoría.

En el número de estos señores figura D. Aniceto, que ha comido en Palacio dos ó tres veces, en clase de jefe superior de Administración civil, y no ha podido menos de exclamar para sus adentros:

—¡Caramba! ¡Quién iba á decirme á mí, cuando estaba aprendiendo á tocar el fagot, para ver de ganarme una peseta, que con el tiempo había de sentarme á la mesa de los príncipes! ¡Qué buena idea tuve yo al hacerme hombre político!

Eso de comer en Palacio es cosa que siempre halaga, y D. Aniceto no cabe en sí de gozo cuando le pregunta algún amigo de esos que no han pasado todavía de un cubierto de tres pesetas:

—Diga usted, D. Aniceto, ¿se come bien en Palacio?

—Anda, anda—replica el aludido.—¡Ya lo creo! Por lo general ponen dos sopas riquísimas y la mar de principios, todos muy abundantes. ¡Y qué vinos! ¡Y qué postres tan caros!

—Buena suerte tienen ustedes los personajes.

—Cada cual nace con su sino. Yo, desde chiquitín ya tuve aspiraciones elevadas. Cuando veía á

mi madre en la cocina fregando la loza, se me subía la sangre á la cabeza, porque yo siempre aspiré á residir en elevadas regiones.

El último banquete á que asistió D. Aniceto ha dejado en su alma gratísima impresión, y eso que no ha podido averiguar aún si una cosa que comió con salsa verde era merluza frita ó butifarra catalana.

—Como ponen los nombres en francés—decía á su esposa—nunca puedo enterarme de lo que como.

—¿Y te ha gustado?

—Muchísimo, pero siento no saber lo que era. Al principio me pareció repollo rebozado; pero se lo pregunté á un mayordomo de semana y me dijo que era ternera. Daría cualquier cosa por saber la verdad.

Lo cierto es que los hombres públicos pasan muy bien la vida.

Hay alguno que no había ido al Real más que dos veces: una á llevar un violín de un primo suyo, y otra á reclamar dos pesetas que le debía un acomodador.

Han pasado los años; el hombre fué ascendiendo en su carrera política, y hoy tiene abono á turno par y lleva á su esposa vestida como una reina, y el día menos pensado resulta «marqués» ó «conde».

Por de pronto, ya no hay quien le haga entrar

en la fonda de los Leones, donde antes celebraba todas las fiestas de familia con cubiertos de diez reales, y lo mismo él que su señora se pasan la vida hablando de Manchinelli, de la Pasqua y del salmón á la vinagreta.

—No sé cómo hay personas que puedan comer sopa de fideos—dice la señora.—No hay nada más ordinario que la pasta. Yo estoy por los *bureés*.

—Y por la *Cavalleria rusticana*—añade el esposo.

—Yo siempre estoy diciendo á éste—agrega la esposa—que si me quitan la música, me quitan la vida. ¡Oh, el Real! Nosotros tenemos un segundo turno. ¿No ha oído usted cantar á Congrioni?

—No, señora.

—Es un tenor magnífico.

—Y conservador de pura raza—agrega el marido.—Con decirle á usted que es gran admirador de D. Antonio.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; y lo primero que hizo cuando llegó á Madrid fué comprar un retrato de Jove y Hevia vestido de frac, y le lleva en un guardapelo, debajo de la elástica.

El número de los personajes improvisados es infinito.

Á lo mejor llega á Madrid un príncipe extran-

jero y acuden á visitarle todos los que tienen uniforme, ya sean jefes honorarios de Administración civil ó gentileshombres, honorarios también, con gran contentamiento de las esposas respectivas, que dicen orgullosamente á las personas de su intimidad:

—Mi esposo no está, porque ha tenido que ponerse el uniforme para ir á Palacio, y da gusto verle de calzón corto, porque tiene unas piernas muy derechas..... ¡Ay, hija! es un martirio esto de estar casada con un gentilhombre honorario. Pues como decía á usted, Aniceto ha ido á saludar al príncipe ruso; porque si no, le hubieran echado de menos, y no le gusta faltar. Cuando estuvo aquí el gran duque Waldimiro, Aniceto tenía una irritación muy grande y no pudo ir á verle, y luego supimos que el Gran Duque estaba



muy resentido, y se lo dijo en confianza el Duque de Tetuán.....

Es una delicia esto de llegar á personaje de la noche á la mañana, no sólo por lo que se come, sino por lo que se lucen las pantorrillas.





DIA FELIZ.

Con la proximidad del invierno los novios se deciden á acudir á la parroquia, y estos días se han celebrado una porción de enlaces, más ó menos ruidosos.

Ayer por la mañana tomaban chocolate en el

café de Zaragoza veintisiete personas de ambos sexos que acababan de asistir al matrimonio de Pepita y Serafín. Cinco años hacía que los chicos se amaban; pero él carecía de los recursos necesarios para constituir un hogar, y tuvo que esperar á que le ascendieran en la fábrica de gaseosas donde prestaba sus servicios. Allí no era más que dependiente segundo, encargado de los corchos, y tuvo la suerte de que al dependiente mayor se le muriera un tío en Segovia, dejándole en herencia una botica, y el hombre abandonó el agua de Seltz para dedicarse á los ungüentos.

Serafín se vió de pronto en posesión de una plaza magnífica, dotada con cuatro pesetas de sueldo, y ya no pensó más que en casarse. Entonces empezaron los preparativos, y á Pepita se le hicieron media docena de chambras, otra media docena de camisas de madapolán, que es una tela muy fuerte y de mucha duración, cuatro enaguas, dos cuerpos de bombasí y algunas otras prendas interiores. El novio la regaló el vestido de boda, que era de merino negro con agremán, y una mantilla-toalla de imitación.

La mamá de Pepita no cabía en sí de gozo, y anduvo por la vecindad ocho días seguidos dando cuenta del futuro enlace.

—¿Conque por fin se casan?— le decían las vecinas.

—Sí, señora —contestaba la mamá feliz.— El

ahora está muy bien y saca un sueldo muy hermoso, porque además de las cuatro pesetas de la fábrica, da lecciones de acordeón.

—¿Y tiene muchos discípulos?

—Tiene tres, y uno de ellos es senador vitalicio, y no sabe usted las cosas que le regala. Aun anteayer le regaló un saco de noche, casi nuevo, y dos salchichas, y el mes pasado le mandó á su casa un rollo de manteca de Reinosa, que pesaría más de libra y media.

—¡Caramba!.... ¡Qué suertel!.... ¿Y cuándo es la boda?

—Probablemente el sábado; queríamos que fuese antes; pero el padrino, que es una persona muy decente por cierto, está estos días en la cama, porque se agarró con otro en el café de San Millán sobre si Castelar era más hombre que Cánovas, y el otro le dió con una botella en un vacío; de manera que hasta el sábado, lo menos, no podrá hacerse la boda..... No faltarán ustedes.

—¡Qué hemos de faltar!

El caso fué que á la boda acudieron muchos amigos de ambos contrayentes, y el padrino se los llevó á todos al café de Zaragoza para que tomasen lo que quisieran.

La novia estaba inapetente, porque el caso no es para menos, y Serafín la decia á cada paso:

—Mujer, toma cualquier cosa.

—¡Pero si no puedô! —contestaba ella.

Entonces el padrino se incomodó y dijo que aquello era desairarle á él.

—No se incomode usted, D. Salustiano—gritó la madre de la contrayente.—Esta chica es ella así, y en casa casi nunca quiere desayunarse; sólo á fuerza de súplicas consigo que tome un poco de tocino frito, ó un churro, ó cualquier otra cosa apetitosa.

El novio tomó su chocolate con verdadero placer. Estaba loco de alegría porque acababa de realizar sus ilusiones. Además, lucía un terno negro de tricot, ribeteado con trencilla ancha de seda, y una corbata verde musgo con pintas oro; todo esto contribuía poderosamente á su satisfacción.

—Vaya, señores, es preciso que haya alegría—gritó el padrino.

Y todos los rostros se iluminaron.

Entre los concurrentes á la boda había varios niños que devoraban silenciosamente los chocolates puestos á su alcance, y alguno, después de apurar el contenido de la jícara, chupaba los flecos de la servilleta y miraba á su madre como si la pidiese más alimento.

El padrino, que no reparaba en duro más ó menos, porque es hombre de negocios y tiene una contrata de betún con el Municipio para el mayor lustre de los guardias municipales, notó que el niño pedía más comestibles, y llamó al mozo.

—No, D. Salustiano, no se moleste usted—dijo la madre de la criatura.

—Nada, nada; que tome lo que quiera.

—Pero..... Á ver cómo te callas, Venancito, que me estás poniendo en ridículo.

—¿Qué va á ser? —preguntó el mozo.

—Bueno, pues entonces tráigale usted un poquito de merluza frita, que es lo que más le gusta—dijo la madre.

Los demás niños comenzaron á llorar, pidiendo merluza también, y uno de ellos, poseído de la envidia, fué y le clavó á Venancito las uñas en la cara. Promoviósse el consiguiente escándalo y tuvieron que intervenir las mamás, hasta que se restableció la calma. Entonces la conversación se dirigió al asunto del matrimonio y comenzaron las naturales bromas.

A Pepita se le sonrojaba la faz á cada momento, y Serafín bajaba los ojos, en clase de persona feliz, aunque pudorosa.

La mamá de la novia se enjugaba los ojos con el pañuelo y decía á media voz, dirigiéndose á una vecina:

—¡Ay, qué tragos tenemos que sufrir las madres! Y eso que yo no puedo quejarme, porque él es un alma de Dios y la quiere con delirio. Había usted de verle cuando ella tuvo las calenturas, que no salía de casa, ni quería comer más que un poquito de sopa de fideos, y una que otra castaña

cocida. La hará muy feliz, créame usted, porque es muy bueno, y en la fábrica le quieren muchísimo; el pobre estaba muy mal así, porque es huérfano completamente, y sólo tiene una tía, que siempre se opuso á este matrimonio, porque quería casarlo con una sorda, amiga suya, que es sombrerera; pero él la dió calabazas.

No falta en la reunión el correspondiente gracioso, un tal D. Aquilino, empleado en las Salesas, que dice unos chistes muy verdes y arroja bolitas á las narices de los convidados. No con-



tento con estas diabluras graciosísimas, coge la botella del agua y empieza á regar los pies de los comensales, con gran algarabía de las señoras y regocijo de los muchachos, hasta que el padrino

da la voz de marcha y todos abandonan el café, dirigiéndose á las Ventas del Espíritu Santo, donde les aguarda la monumental cazuela de arroz con conejo.

Allí reina el regocijo, que turba de cuando en cuando la mamá de la novia con estas palabras:

—¡Ay, hija de mi corazón! ¡Qué tragos tenemos que sufrir las madres!.... Y eso que él es un alma de Dios.....





LOS CALZONCILLOS.

(NOVELA ROMÁNTICA.)

I.

¡ Los celos !

¡ Oh , qué horribles son los celos !

Pepito amaba á Simeona con locura.

La había conocido una noche en el tranvía de la calle de Fuencarral.

Simeona, acompañada por su mamá, que parecía un guarda de campo, dirigió una mirada combustible á Pepito.

Él suspiró, ella bajó los ojos; la mamá, poseída también de emoción, dejó caer un puchero que llevaba oculto debajo de la mantilla y que se hizo pedazos al chocar contra el suelo.

Pepito recogió los fragmentos del recipiente y se los presentó á la mamá de Simeona con la mayor galantería.

—Gracias—contestó ella.

Simeona se puso colorada como un pimiento morrón.

Momentos después nuestros personajes entablan el siguiente diálogo:

Él.—¡Si viera usted cuánto siento que se haya roto el cacharro!.....

Ella.—No merece la pena.

La mamá.—Lo habíamos comprado para hacer salsa de tomate.

Él (á Simeona).—¡ Ah, señorita! ¿Le gusta á usted la salsa de tomate?

La mamá.—Con pasión.

Ella (ruborosa).—Caballero, no lo crea usted.

II.

Pepito se sentía subyugado por la mirada de Simeona, y antes de llegar al término del viaje no había podido menos de decirla, poniendo los ojos en blanco:

—Señorita, usted me atrae con fuerza irresistible.

Ella se había ruborizado por sexta vez; no hacía otra cosa en toda la noche.

Cuando el tranvía se detuvo, Pepito pidió permiso á la mamá de Simeona para acompañarlas hasta su casa.

La mamá, que se llamaba D.^a Camila, accedió gustosa.

Ocho días después, Simeona, contestando á las reiteradas instancias de Pepito, hablaba así:

—Pues bien; usted no me es indiferente, pero cuénteselo usted á mamá.

El enamorado joven se lo contó todo á doña Camila.

—¿Quién es usted?—preguntó ésta á Pepito.

—Soy un chico muy decente, con la carrera concluída.

—Bueno; pero usted, ¿qué es?

—Perito agrónomo; pero vivo con los productos de mi tío, que me protege.

—Nosotras, aunque nos esté mal el decirlo, somos también de muy buena familia. Mi 'mamá descendía de un virrey de Méjico, que no llegó á tomar posesión porque se le cayeron todos los dientes de abajo y le daba vergüenza presentarse así delante de sus súbditos.

III.

Doña Camila y Simeona ocupaban un piso modesto en el barrio de Chamberí.

Pepito iba á visitarlas todos los días.

Pero Pepito sufría....., sufría horrorosamente, porque era celoso como una corista vieja.

¿Tenía visitas D.^a Camila?

He aquí la pregunta que se hacía Pepito á solas. Pero ni Simeona ni su futura suegra habían satisfecho nunca esta curiosidad.

—Aquí hay misterio—decía él, que era muy escamón y muy caviloso.—Esta familia come, esta familia tiene reloj de níquel, esta familia bebe agua de Seltz. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién atiende á los gastos de esta familia?

IV.

Una tarde, Pepito, que tenía cada ojo como un plato, entró en casa de su novia quince minutos antes de la hora acostumbrada.

¡Qué horrible decepción! Sobre el sofá del gabinete había.....

La pluma se resiste á escribirlo.

Había..... ¡unos calzoncillos!

El enamorado galán se lanzó rápido como una exhalación sobre aquella prenda misteriosa.

—¿Qué es esto?—dijo en el colmo del furor.

—¡Cielos!—gritó D.^a Camila.

—¿Dónde está el dueño de esta prenda?—siguió diciendo Pepito.

Y estrujaba los calzoncillos con desesperación. En un acceso de rabia quiso desgarrar con los dientes el madapolán; pero sólo logró arrancarle una cinta, que estuvo á punto de tragarse.

Doña Camila, turbada y trémula, trató de arrebatar los calzoncillos de manos del amante infeliz; pero éste, loco de furor, recorría á grandes pasos el gabinete, movía los muebles, registraba todos los rincones, y llegó á meter la cabeza debajo de la cama, gritando con acento de profunda desesperación:

—¡Salga usted, caballero; salga usted, para que yo le mate inmediatamente!

—¡Sosiégate, Pepito!—se atrevió á decir Simeona.

—¡Habla, desgraciada! ¿De quién son estos calzoncillos?

Pero en aquel momento, Simeona, presa de

una convulsión, se desplomaba sobre D.^a Camila murmurando:

—¡ Soy inocente!

V.

Pepito anduvo errante por las calles de Chamberí cerca de una hora. La presencia de los calzoncillos en el gabinete de su amada había encendido en su pecho la llama de los celos.

—¡ Dios mío, Dios mío!—decía él tropezando con los transeuntes.—¿ De quién serán aquellos calzoncillos?

Entró en un café y pidió agua sola; el mozo hizo un gesto de supremo desdén y no se la sirvió. Entonces Pepito pidió un chico en grande de limón del tiempo, y en vez de tomarlo se lo quiso meter en el bolsillo del gabán. Tal era el estado de perturbación de su espíritu.

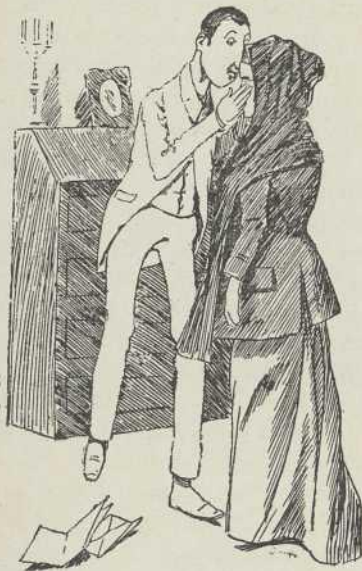
—Es un loco—dijeron algunos parroquianos.

Pepito miró á todos como si saliera de un profundo sueño. Después se dobló los pantalones por abajo, porque aquella noche llovía; dirigió una última mirada á los parroquianos del café, y lanzó una carcajada histérica.

VI.

Una hora después Pepito leía, arrimado á la cómoda de su cuarto, la siguiente carta:

«Pepe mío: Tiempo es ya de que lo sepas todo.



Los calzoncillos que provocaron tu desesperación son completamente anónimos, pues no tienen

dueño aun. Nosotras, privadas de todo recurso...., ¡cosemos para fuera!—*Simeona.*»

Pepito creyó morir de placer.

Doña Camila entraba en aquel momento en la habitación del joven, y le decía estrechándole contra su seno :

—Hemos procedido muy mal ocultándote nuestra verdadera posición ; ¡pero como somos de tan buena familia!

—Mamá—contestó Pepito besando en la frente á D.^a Camila—la virtud y el trabajo valen más que todos los pergaminos del mundo.





ARTE CULINARIO.

De algún tiempo á esta parte se han desarrollado entre nosotros las aficiones culinarias hasta un punto verdaderamente inconcebible.

Antes comíamos inconscientemente, sin parar-

nos á investigar si á la merluza en salsa le echaban piñones, ó cera virgen, ó flor de saúco.

Ahora ya come uno con cierto baño científico, y á lo mejor nos ponen delante un plato de judías y queremos penetrar en lo más profundo de aquella salsa.

Desde que los periódicos publican recetas para guisar con economía y aseo, hay una porción de personas que se meten en la cocina dispuestas á todo.

Muchos amos de su casa empuñan el mango de la sartén y se dirigen resueltamente al fogón, á despecho de la cocinera, que les pregunta con malos modos:

—Pero ¿á qué viene usted aquí?

—Vengo á hacer albondiguillas con salsa de lechuga. Tú no me digas nada.

—Pero.....

—Á ver, échame cinco gotas de aceite en este barreño. Ahora dame la espumadera y móndame dos ajos y medio. Esta cebolla no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque parece que está un poco descolorida.

—Es con el frío.

El buen señor se entrega con entusiasmo á las tareas culinarias; pero en vez de albondiguillas le salen pedruscos, y se los presenta á su esposa é hijos lleno de satisfacción, diciéndoles orgullosamente:

—Estas sí que son albondiguillas, y no las que hacíais antes.

—¡Dios mío! ¡Si parecen de caoba!—exclama la mujer.

No hay en aquella casa quien pueda meterlas el diente, y entonces el esposo se enoja y dice que el que le falte á las albondiguillas, le falta á él.....

—Ahora es cuando hago yo cuestión de gabinete—grita furioso.—Ó coméis las albondiguillas, ó cojo la mesa y la tiro por el balcón.

Los niños se echan á llorar, porque aquello les sabe á todo menos á picadillo; y uno de ellos, más dócil que sus hermanos, quiere comer una albondiguilla y se atraganta.

—La culpa la tienes tú—grita la señora—que traes revuelta la casa con tus dichosas recetas. La criada se quiere marchar porque te metes en la cocina y se lo revuelves todo. El otro día encontró el tapón de la botella del aceite dentro del azucarero, y desde el jueves has gastado cinco libras de manteca de vacas.

—Si se quiere marchar, que se marche. Ahora no me da cuidado, porque sé disponer una comida mejor que todas las cocineras del mundo.

La manía se va generalizando, y hay muchas personas serias que saben freir un par de huevos y hacer el arroz con lomo y el besugo á la asturiana.

Algún ministro del Tribunal de Cuentas co-

nozco yo que puede dar lecciones de cocina á muchas criadas de seis duros.

Al hombre le ha entrado la manía culinaria, y hace un bacalao con zanahorias que es una delicia.

Días pasados fuimos á verle, y estaba sentado en el suelo con un trozo de merluza en una mano y un cuchillo en la otra.

—¿Qué hace usted, D. Zacarías?—le preguntamos.

—Estoy mechando esta merluza. Ya que está usted de pie, hágame usted el favor de traerme una cazuela que hay sobre la mesa de mi despacho..... Gracias. Verá usted: se coge la merluza y se la quita el pellejo con una horquilla; después se la coloca en un puchero hondo y se la va echando encima perejil y sebo en cantidades iguales, hasta que sobrenade el sebo ó el perejil; después se unta usted un dedo con zaragatona y lo mete en el puchero hasta que la zaragatona por sí misma se vaya incorporando; después se pone el puchero á fuego vivo, y ya está. Uno de estos días pienso dar una comida hecha toda por mí. ¿Á que no sabe usted cómo se guisa el tomate para que quede convertido en una especie de bolsa?

—No, señor.

—Pues coge usted el tomate y lo mete en un calcetín nuevo; si puede ser rayado, mejor; lo ata usted por arriba, y después.....

En aquel momento llegó la ministra consorte y comenzó á gruñir porque su marido se había puesto á limpiar la merluza encima de la alfombra.



—Mire usted—me decía furiosa.—Mire usted cómo tiene el gabán por la parte de abajo, todo lleno de grasa ; pues es del dichoso fogón. Hué-

lale usted, y verá que despidе un olor insoportable á aceite frito. No hay quien pueda estar á su lado, y los del Tribunal se quejan, porque va á las sesiones oliendo á solomillo.

Por ahí andan una porción de personas finas con los dedos despellejados.

—¿Qué tiene usted ahí?—pregunta usted á alguno; y suele responder:

—He querido freir el repollo por el sistema de la inmersión total, y me he abrasado estos cinco dedos. Ayer hice una carne con huevos duros, que sabía á gloria.

—¿Y la han comido ustedes?

—Ya se ve que sí; lo que hubo fué que nos hizo daño á todos, porque es un alimento muy fuerte, y porque además, en vez de tomillo, eché ruda por equivocación, y mi niño, el chiquitín, está muy malito de resultas.

En fin, que yo creo que si sigue este afán culinario, va á haber muchas desgracias, y alguno de estos aficionados á fogón acabará por envenenar á su familia.





ENFERMOS ILUSTRES.

Caigo enfermo yo, verbigracia—y quien dice yo dice el tendero de la esquina—y el médico me toma el pulso y hace un gesto despreciativo.

—¡Pchs! ¡Poca cosa!—exclama.—Pónganle ustedes unos paños de agua sedativa en la boca del estómago, y si aumentase el dolor de los riñones

denle ustedes unas friegas con un cepillo seco.

—¿Cree usted que está de peligro?—pregunta una persona de la familia.

—¡Calle usted, por Dios! Eso no vale nada. Lo que tiene él es mucha aprensión y mucho mimo.

—Pues mire usted: anoche creímos que la cosa era seria, porque no hacía más que morder la puntilla de la sábana y llamaba á los hijos para echarles la bendición y darles besos en la nuca, que es un síntoma terrible.

—Vaya, vaya..... Yo me voy.

—¿Va usted á volver?

—No, hombre, no. Si por una casualidad se agravase, que no lo creo, van ustedes á la botica por unos sinapismos y se los ponen.

—¿Dónde?

—En cualquier parte..... Abur.

Y nadie se preocupa de nuestra enfermedad, como no sea la familia, y aun ésa suele decir:

—¡Jesús, qué hombre! Tiene un poco de calentura, no puede tragar, siente un dolor agudo en el bazo, echa por la boca un líquido negro, que parece betún, y ya cree que se va á morir. ¡Qué poco valor tienen algunas personas!

Pero se indispone un hombre político de talla, ó un poeta eminente, ó un cómico ilustre, ó un banquero acaudalado, y cunde la noticia por la capital con una rapidez pasmosa.

—¿No sabe usted quién está enfermo de mucha gravedad?—dice uno.

—No, señor.

—¡Chupandina!

—¿El que fué ministro?

—Justamente. Acabo de saberlo por uno que venía de su casa, y dice que el médico ha declarado la gravedad.

—Pero, ¿qué tiene?

—Una cosa así como flato encubierto. Todo cuanto come lo digiere muy bien, y después se le hace una bola en el estómago.

—¡Qué atrocidad!

—En fin, la familia no sabe si avisar los Santos Sacramentos, ó llevarle á Málaga para ver si mejora con aquel clima.

El médico encargado de la asistencia del personaje le visita cinco ó seis veces cada veinticuatro horas, y llama aparte á la familia para decirle:

—Le he dado el bismuto asociado con la glicerina y el sebo virgen; si no devuelve la pata de pollo que tomó esta mañana, es cosa perdida.

—¡Ay, doctor! ¡Esta es una puñalada terrible!

—No sufran ustedes. Yo he de apurar todos los recursos. Si el sebo no bastara, tengo todavía la cal en polvo ó el yeso machacado, que viene á surtir el mismo efecto.

Todo es espanto y desesperación en aquella

casa; á la señora del enfermo le acometen horribles convulsiones cada media hora. En cuanto oye las cuatro empieza á echar espuma y á darse con la cabeza contra el tabique; á las cuatro y media se repite el acceso; á las cinco ya está otra vez con la espuma, y así sucesivamente.

—¿Cómo sigue el enfermo?—preguntan los periodistas por el ventanillo.

—Mal—contestan los criados con la faz demudada por las vigiliass.—Esta mañana tenía cuarenta y tres grados y veintidós décimas.

—¡Qué atrocidad!

—Y arrojó una cosa así como papel secante por las ventanas de la nariz.

—¡Jesús!

Á todo esto el paciente no nota la gravedad, ni sufre dolores, ni ha perdido las ganas de comer, y el hombre pide alimento.

—¿Sabes lo que me comería ahora con mucho gusto?—dice á su esposa.

—¿Qué?—pregunta ella con los ojos arrasados en lágrimas.

—Hígado frito con cebolla.

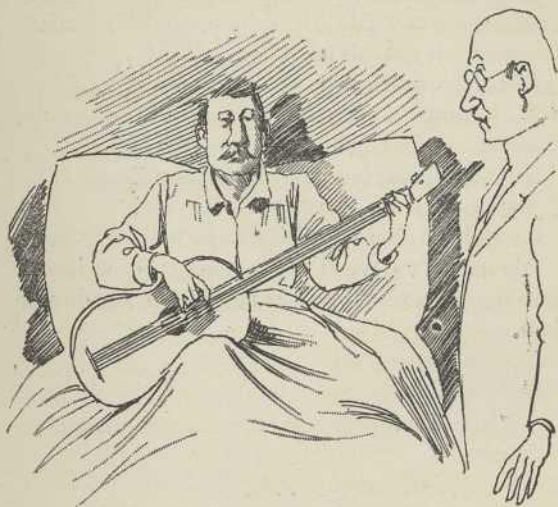
—¡Dios mío!—murmura la esposa.—Ya ha perdido el conocimiento.

Y comunica al doctor la noticia. Este frunce el ceño y se pone á meditar; después se dirige al ilustre enfermo y le dice:

—Vamos, D. Ramón, sea usted juicioso. ¿Qué

es eso de pedir hígado? Va usted á tomar una cucharadita de jarabe de acerola con unas gotitas de tinta, y á dejarse poner un parche de cerato en la espina dorsal.

—¡Pero si me siento muy bien! Ya se me ha



quitado el ronquido del pecho, y tengo ganas de levantarme y de ir al Casino.

—Vamos, vamos; tenga usted juicio, D. Ramón, que no es usted ningún muchacho. Á sudar, á sudar; meta usted la cabeza debajo de la almohada.

—Pero.....

—Así.

Y el doctor le echa encima una manta y dispone que le pongan otras dos sobre los pies, hasta que se vea bañado en su propia salsa.

Después comunica á la esposa del paciente sus instrucciones, y sale á la calle para decir á cuantos encuentra al paso:

—Está muy malito, pero muy malito.....

Entretanto el enfermo se ha sentado en la cama y dice á su esposa con acento suplicante:

—¡Mariquita, ten compasión de mí!

—¿Qué quieres, Ramón de mi vida?

—Mujer, tráeme la guitarra para distraerme.

Y cuando vuelve el doctor encuentra al ilustre enfermo tocando una habanera ó punteando una jota.





LOS DRAMAS DEL MOSTRADOR.

—Victoriano—decía D. Crisóstomo—baja los botones de nácar núm. 2 para que se aireen; pásale el plumero á esos polisones y sacude bien los estambres, que si yo no lo hago, no hay quien

cuide de los artículos. ¿Quién ha tirado los entredoses detrás del baúl? ¡Maldito sea!

Victoriano oía las quejas de su principal sin enojo, porque en la imaginación del dependiente dominaba una idea halagadora. La del baile. Era joven, bien parecido y ágil; además poseía un terno color de aceituna con trencilla ancha, y claro está que con estos elementos debe el hombre buscar la dicha donde quiera que esté.

Mientras D. Crisóstomo andaba por la tienda lanzando gruñidos y poniendo en orden los paquetes, Victoriano pensaba en el baile de la Zarzuela, en el jamón en dulce y en Gumersinda, una joven costurera, parroquiana del establecimiento, á quien amaba como un demente.

—Si—pensaba él poniendo en orden las tiras bordadas del escaparate.—En cuanto cerremos la tienda me planto el traje nuevo y la corbata de lunares celestes, y corro á casa de Gumersinda. Después tomaremos una ración de jamón en dulce con una chica de vino y algo de queso, y ¡al baile!

El joven dependiente se creía ya en el salón, respirando el perfume sospechoso de los polvos de arroz baratos y recibiendo los dulces pisotones de la multitud alegre.

Ya podían entrar doscientas parroquianas en la tienda. Él, bajo la acción de sus dulces ilusiones, no hacía nada á derechas; y á la que pedía un pa-

quete de horquillas invisibles, le daba un ovillo de algodón marca dos h h, ó media docena de botones para calzoncillos, ó un papel de alfileres de cabeza negra.

—¿Qué es eso, Victoriano?—le preguntaba alguna compradora conocida.—Está usted así como distraído.

—No, señora—contestaba él, tratando de disimular.—Es que tengo un sabañón reventado en el dedo índice del pie derecho.

—Me parece que está usted enamorado.

El joven bajaba los ojos, á pretexto de que cogía las tijeras, pendientes del mostrador, y entonces D. Crisóstomo, que era hombre bruto, iba hacia él y le decía con malos modos:

—Despache usted á las parroquianas como Dios manda. ¿No ha oído usted que le han pedido seda negra?

—Yo no tengo más que dos manos—replicaba él, herido en su amor propio.

Por toda contestación, D. Crisóstomo cogía la caja de las sedas y se la presentaba á la compradora, diciéndola á media voz:

—Á este chico le he sacado yo de la nada, como quien dice, porque vino á Madrid sin más ropa que una elástica de algodón y dos cuellos postizos. Yo le he enseñado las cuatro reglas, le he mandado cortar el pelo como si fuera un hijo, ¡y mire usted cómo me paga!

¡Qué día pasó Victoriano! Por desgracia, la tienda estuvo llena de gente, y él no tuvo tiempo ni para pensar en Gumersinda, ni para pasarle un cepillo á los botitos, ni para lavarse el pescuezo con agua de Colonia.

Pero llegó la noche, y Victoriano se metió en su habitación tarareando la polca de los paraguas, que la sabía entera.

—A cenar—dijo D. Crisóstomo.

—Yo no ceno—contestó el joven.

—Mejor.

Y el principal se sentó á la mesa con Camilo, el segundo dependiente, mientras Victoriano, en su alcoba, delante del espejo se retorció las guías del bigote con jabón de almendras, y trataba de rizarse el pelo con el picaporte puesto á la lumbre.

—Claro—decía él—ya no es hora de ir á la peluquería y es preciso ingeniarse. No hay cosa que más rabia me dé, que se me caigan los pelos encima de las orejas. ¡Ay, Gumersinda, qué noche vamos á pasar! ¡Un baile! ¿Puede haber cosa más divina?..... Voy á ponerme el alfiler de cabeza de perro, porque como soy rubio, me favorece bastante. ¡Qué dicha! ¡Poder bailar toda la noche!..... No sé si ponerme los calcetines rayados; aunque no; llevaré las medias largas, que son de más abrigo. ¡Ay, Gumersinda, Gumersinda!

—¡Victoriano!—gritó en aquel momento don Crisóstomo desde el comedor.

—Mande usted—dijo el dependiente estremeciéndose todo.

—Hay que bajar á la tienda.

—¿Cómo?—exclamó Victoriano sintiendo correr el sudor por todo su cuerpo.

—Vamos á limpiar la estantería, á barrer la trastienda y á recontar los botones de pasta.

Victoriano se dejó caer en el lecho, estrujando entre sus manos la corbata de lunares celestes; después lanzó una carcajada histérica.....

¡Estaba loco!





EL BAILE.

XXI Doña Ramona no sabía qué cosa era un baile de máscaras, porque había tenido un padre muy cruel, que esclavizaba á su familia haciéndola acostarse á las ocho de la noche en todo tiempo y

obligándola á andar por casa en chancletas para ahorrarse el calzado.

Pero Filomena, la hija de D.^a Ramona, tenía un novio llamado Verecundo, oficial de una escribanía de actuaciones, persona muy alegre y amante del baile, que aprovechaba todos los momentos útiles para echar una habanera ó un *schotis*; tanto, que en las Salesas había sido sorprendido más de una vez valsando con un alguacil rubio que parecía una señorita alemana.

—Mamá—dijo una tarde Filomena á la autora de sus días—Verecundo tiene un capricho.

—Alguna atrocidad, porque ese chico es un atolondrado, y el mejor día se da un golpe y se desgracia.

—Quiere llevarnos al baile de la Zarzuela.

Doña Ramona se llevó las manos á la cabeza y dijo que no accedería nunca á semejante pretensión; pero al fin venció el cariño maternal, y Verecundo vió realizados sus deseos.

Filomena improvisó un disfraz de capricho: vestido negro con estrellas de papel secante procedente de la escribanía de Verecundo; manto de muselina sujeto á la cintura por un *bouquet* de flores de trapo, y un cucurucho en la cabeza. Doña Ramona pidió prestado un *matinée* color de rosa á la vecina del segundo—que era tiple cómica y tenía de todo por haber estado en Buenos Aires—y le adornó con bullones hechos con unos visi-

llos; de un refajo de *crochet* se hizo una especie de sobrefalda vaporosa, y cubrió su cabeza con una cortina verde, á manera de turbante turco.

La pobre señora no tenía costumbre de engalanarse y sudaba á chorros.

—¡Dios mío!—decía melancólicamente.—¡Si mi esposo levantara la cabeza y me viese disfrazada de turca! ¡Él, que era una persona tan decente y tan limpia!.....

—Pero, mamá—replicaba Filomena—¿tiene algo de particular que te disfraces? ¿Crees que eres la única? Aun ayer mismo estuvo en el baile de la Alhambra la señora del principal, que no es cualquier cosa, porque al fin está casada con un afinador.

Doña Ramona, por toda contestación, trataba de meterse el refajo por la cabeza y no le cabía, hasta que á fuerza de sudores consiguió verse disfrazada. Cuando entró Verecundo no pudo menos de echarse á reir, y D.^a Ramona, furiosa, quiso arrancarse el turbante y desbaratarlo todo.

—No se incomode usted—decía el chico;—pero como no tengo costumbre de verla á usted vestida de odalisca.....

Doña Ramona salió de la sala refunfuñando, y fué á echar un vistazo á la cocina, antes de salir, para dejar las cosas en orden; cerró las ventanas del comedor, trató de encerrar al gato en la carbonera para que no cometiese alguna avería, y se co-

mió un poco de carne que había sobrado del cocido, á fin de evitar desfallecimientos del estómago.

El gato, que no había visto nunca á su ama en traje oriental, la tomó por un alma en pena y comenzó á mayar desesperadamente.

—Soy yo, michito—decía ella.—¿No me conoces?

—¡Fu! ¡fu! ¡fu!—hacía el gato, metiéndose debajo de las sillas.

Por fin consiguió D.^a Ramona dejarlo todo arreglado, y dijo á Verecundo:

—Vaya, cuando usted guste nos podemos ir, y quiera Dios que no tengamos algún disgusto.

Ya en la calle, á D.^a Ramona empezó á caérsele el refajo, y tuvo Filomena que recogerse con unos alfileres á la luz de un farol.

—¡Ay, qué maldito capricho!—decía la pobre señora.—Yo no sé por qué he sido tan débil. Si me viera mi cuñada, buenas tiras de pellejo me quitaría con aquella lengua que tiene..... ¡Y con mucha razón!

El baile estaba muy animado, y Verecundo no hizo más que llegar y se lanzó como un loco en el torbellino, estrechando á Filomena entre sus brazos, al compás de una mazurka. Doña Ramona quiso seguir á su hija para recomendarla que se recogiera el vestido, á fin de que no se chafara, pero sólo consiguió verse rodeada de jóvenes alegres, que la decían:

—Mascarita, ¿quieres bailar? Bendito sea ese cuerpo gracioso. ¡Olé, las barbianas!

—Caballero—dijo D.^a Ramona encarándose con uno de los calaveras—no vaya usted á creer que soy cualquier cosa. Hágame usted el favor de retirar esa mano.

—Pero.....

—Está usted hablando con una señora que ha ocupado muy buena posición: no tiene usted más que preguntar en la calle del Sombrerete, 85, tercero del centro, donde he vivido con mi esposo cuando era habilitado de los carteros del interior, y además daba lecciones de guitarra á varios diputados y otras personas de viso. ⊕

A todo esto D.^a Ramona dirigía miradas á su alrededor, buscando á su hija; pero era imposible encontrarla, dado aquel torbellino de máscaras alegres. A fuerza de agitarse inútilmente, se le había corrido la careta, y los agujeros de los ojos venían á parar cerca de la nariz, cegándola por completo.

Y una máscara la empujaba por un lado y otra máscara por otro, hasta conducirla en volandas á uno de los extremos del salón, donde cayó desplomada sobre una pareja, que comenzó á gritar llenándola de improperios.

Doña Ramona quiso defenderse; pero como estaba aturdida y temblorosa, metió un pie por el refajo, que se le había desprendido otra vez, y dió

en tierra con su respetabilidad, arrastrando en su caída á dos ó tres bailarines, que le pasaron por encima.



Y allí fueron á recogerla Verecundo y su novia, ayudados por el bastonero y un acomodador. Y era de ver á la pobre señora hecha una lástima,

con el turbante caído, el *matinée* desabrochado y los bullones convertidos en gelatina.

—¡Dios mío!—decía D.^a Ramona de vuelta en su casa, mientras le quitaban los pedazos de careta adheridos al rostro.—Bien dicen que un baile de máscaras es un semillero de peligros. ¿Cómo le devuelvo yo el *matinée* á la tiple del segundo?





EL CALAVERA.

Sí, sí; bueno es Ramírez para dejarse engañar.
Quizás no haya en todo Madrid un hombre
más listo que él, ni más bullidor, ni más gatera,
en el buen sentido de la palabra.

A los veinticuatro años se casó con una mujer lindísima, que le adora, según dice él, y ha tenido 54 novias, todas divinas.

—¡Pero Ramírez! ¿Cuándo va usted á sentar esa cabeza?—le preguntan los amigos del café.

—No lo puedo remediar, señores—contesta Ramírez.—Yo he nacido para divertirme exclusivamente.

Y comienza á referir sus proezas amorosas. Por él hemos sabido que estuvo en relaciones con una duquesa y que una tarde se le volvió loca de celos; que en otra ocasión sedujo á la hija de un diputado provincial, y á los cinco días se cansó de amarla, por lo cual la chica se tiró á la calle desde un entresuelo, aplastando á un sacerdote de Filipinas que pasaba por debajo.

Hoy Ramírez sigue haciendo de las suyas, á pesar de su matrimonio; y unas veces se va á los cuartos de las actrices á decirlas chicoleos, y otras veces acude al Circo de Colón, donde hay una tiritera que está perdida por sus pedazos.

—¡Pero hombre!—le decimos—tiempo es ya de que cambie usted de conducta. Si su mujer llega á enterarse, va usted á tener muchos disgustos.

—¿Quién, yo? Ustedes no me conocen. Yo no permito que mi mujer me pida cuentas. ¡Pues no faltaría más! Yo entro y salgo en mi casa libremente.

—¿Y ella?

—Ella no tiene más remedio que aguantarse.

—¿Y no teme usted que pierda la paciencia y adopte una resolución peligrosa?

—¿Cómo? ¿Qué dicen ustedes? Vamos, hombre, vamos; ya veo que ustedes no me conocen. Mi mujer no osa levantar los ojos delante de mí, ni pisa la calle sin mi consentimiento, ni se atrevería á saludar á un vecino sin que yo le dé la autorización necesaria. De algo ha de servirme mi experiencia, porque aunque me esté mal el decirlo, soy un hombre de mucho mundo..... ¡Si yo les contara á ustedes las cosas que me han pasado!

—¡Buen calaverón habrá usted sido!—exclama D. Fructuoso, compañero de café y hombre de carácter bondadoso, que no ha conocido más amores que los que tuvo con su mujer, ni más caricias que las de una criada suya, picada de viruelas.

—¡Oh!—contesta Ramírez poniendo los ojos en blanco.—Yo he sido atroz. Estando de oficial segundo en el Gobierno civil de Huesca, me escapé con la hija de un perito agrónomo, y nos encontraron á los cinco días debajo de una cesta. En Gerona, me enredé con la señora de un veterinario, y tuve que huir de la población disfrazado de lavandera. Recién casado con la que ahora es mi mujer, conocí una tiple cómica en Martín y me la llevé al Escorial de Abajo, donde nos comimos catorce duros en menos de una semana. Á los cuatro

días me cansé de la tiple y se la dejé al dueño de la posada para que hiciera de ella lo que creyese oportuno.....

—A propósito de triples—dijo Mandolín, joven calavera de nuestra reunión—¿quiere usted asistir mañana á una *juerguecilla* que vamos á celebrar en las Ventas?

—Con muchísimo gusto—contestó Ramírez.

—Tengo yo una novia que es corista, y hemos pensado merendar en las Ventas mañana por la tarde. Ella tiene amigas alegres, que están siempre dispuestas á pasar un rato divertido. ¿Quiere usted que avise á alguna, para que le sirva á usted de compañía?

Ramírez, sin poderse contener, contestó alegremente:

—Sí, señor; me parece muy bien. Precisamente, yo me vuelvo loco por una broma de éstas..... Nada, nada; dígale usted á su novia que lleve una amiga, con tal de que sea guapa.

Y desde aquel momento Ramírez comenzó á forjarse todo género de ilusiones respecto de su pareja.

Aquella noche la pasó dando vueltas en la cama. Su esposa, entretanto, dormía dulcemente.

—¡Qué pillo soy! —murmuraba Ramírez.— ¡Cuán ajena estará esta inteliz de lo que me va á suceder mañana por la tarde! Mientras yo me en-

trego al placer desenfrenado, ella, en casita, reparará mis calcetines con mano cariñosa.....

Ramírez se durmió al fin, arrullado por las dulces ilusiones y por la esperanza de una próxima dicha.

—Ea, en marcha—decía Mandolín algunas horas después, cogiendo del brazo á Ramírez.

Y ambos se dirigieron al tranvía de las Ventas.

—¿Conque está todo dispuesto?—preguntó Ramírez.

—Todo—contestó Mandolín.—Mi novia se ha puesto de acuerdo con su amiga, que es una mujer muy acostumbrada á esos jaleos, y las dos estarán esperándonos á estas horas en el merendero de la *Gloriosa*.

—¡Cuánto nos vamos á divertir!

—¡Buen par de calaveras estamos!

El tranvía se detuvo á pocos pasos del merendero.

Ramírez y Mandolín, rápidos como dos conejos perseguidos, penetraron en el merendero de la *Gloriosa*.

Un mozo salió á su encuentro preguntándoles:

—¿Buscan ustedes á dos señoras?

—Sí—contestó Ramírez, humedeciéndose los labios con la lengua, que es un síntoma de felicidad.

—Pues vengan ustedes—replicó el mozo.

Y los condujo ante la puerta de un cuartito, dentro del cual esperaban las dos señoras.

—¿Se puede?—preguntó Mandolín desde fuera.

—Adelante—dijeron en el interior.

Giró la puerta sobre sus goznes y una chica preciosa se presentó en el umbral.

Era la novia de Mandolín.

La otra joven permaneció sentada en el sofá, abanicándose con una servilleta.

Ramírez se precipitó en aquel cuartito delicioso, donde iba á celebrarse la *juerga*.....

Pero no había hecho más que dar un paso, y tuvo que retroceder sorprendido.....

La del sofá, la que se abanicaba con una servilleta, la compañera de la corista, era..... ¡la mujer de Ramírez!





COSTUMBRES.

No; no se acabará nunca la afición al café.

El tiempo pasa, las naciones experimentan profundos sacudimientos, las leyes se modifican y el hombre se eleva de simple majadero á senador vi-

talicio; todo cambia y se trastorna; sólo permanece inalterable entre los madrileños la costumbre de asistir al café.

Los matrimonios modestos, de costumbres apacibles, salen de casa el domingo, después de comer, y se van á dar una vuelta por ahí, en busca de placeres lícitos, *si que también* baratos. Los más animosos llegan hasta La Bombilla ó el Puente de Vallecas, aun á riesgo de que se les estropeen los niños por exceso de locomoción, y de que alguno llegue al término de su viaje con los pies hinchados como dos sobreasadas de Mallorca.

¡Y aun hay quien cree que no existe la paz en el matrimonio y que los maridos suelen ser unos bribones! Yo conozco uno que se pasa la semana en la oficina sufriendo las ridiculeces de un Director general que tiene gastralgia y se desahoga poniendo defectos á la nariz de su inferior jerárquico, y de un Jefe de sección que se pone nervioso por cualquier motivo, y siempre le está tirando á la cabeza los macillos del balduque.

Llega el domingo, y lo primero que hace esta víctima de la burocracia caprichosa es decir á su mujer:

—Anda, Micaela, viste á los pequeños, que no me gusta verles en casa un día como hoy.

—Manolito se ha tragado esta mañana un pedazo de tu cosmético, y no me atrevo á sacarle hasta que lo arroje.

—Pero ¿cómo ha hecho esa locura?

—Porque creyó que era butifarra.

—Pues hay que salir de todas maneras. Puede que lo devuelva con el ejercicio.

—¿Y adónde vamos?

—¿Adónde hemos de ir? Primero á dar un paseo y después al café.

Los niños oyen esto y corren á engalanarse con sus mejores preseas, entablándose la consiguiente lucha entre Manolito, que se apodera del peine, y Ricardín, que se lo quiere quitar, hasta que llega el padre y les tranquiliza dándoles un par de golpes con lo primero que encuentra á mano, que suele ser una escoba.

El matrimonio y los niños se dirigen por el Paseo de San Vicente abajo, acera del sol, hacia el Puente Verde, y mientras los segundos se entregan á los juegos propios de la edad, el funcionario y su esposa hablan de lo caro que está todo, de los ascensos que van á dar en la oficina, de que los niños necesitan cortarse el pelo y de lo bruto que es un cuñado que tienen en Cuba con un destino morrocotudo.

Cuando el sol comienza á ocultarse tras la elevada cima de los montes, el matrimonio penetra en el café, donde le aguardan placeres múltiples y sabrosos. Por de pronto, la esposa pide una botella con agua y dos vasos para apagar el ardor del paseo, y explica al mozo su resolución en esta forma:

—Mire usted, mientras pensamos lo que hemos de tomar, tráiganos usted agua fresca y copas..... Y pásele usted un paño á esta mesa, que está fatal. ¡Ay, qué gente tan sucia viene á estos establecimientos!

El mozo obedece, y ella, entretanto, consulta con su marido acerca de lo que será más conveniente, si pedir un *beefsteak* con patatas y cuatro tenedores, ó una chuleta empanada, ó una tortilla de jamón á la española, ó dos cafés con media tostada y un panecillo aparte.

Los niños no han hecho más que llegar y se dirigen al piano para ver si pueden meter las narices en el clavijero; y como no lo consiguen, comienzan á pasarle la mano al pianista por la espalda, como si quisieran cerciorarse de que es persona de carne natural.

El pianista, que ya les conoce, les dirige una mirada de odio profundo.

—Buenas noches, señor de Venturina—dicen ellos á dúo.

—¡Hum!.....—gruñe el hijo de las corcheas; y luego, dirigiéndose á unos amigos que han ido á visitarle:

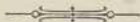
—Son dos monos sabios—les dice— hijos de aquel matrimonio feo que está junto á la ventana. Vienen todos los domingos y muchos días de labor, y aquí cenan, y aquí se lavan, y aquí han pasado la escarlatina; el mayor, por poco nace

aquí, detrás de esa columna, porque su madre se sintió indispuesta una noche, y tuvieron que llevarla á la Casa de Socorro de prisa y corriendo, envuelta en el tapete del piano.

En fin, el matrimonio y los niños se pasan cinco ó seis horas en el café con menoscabo de la higiene y las buenas costumbres, porque ellos prefieren aquella sesión musical, amenizada con los comestibles, á todas las diversiones del mundo.

Los niños están encanijados, y el mismo padre tiene la cara color de sebo por falta de ejercicio corporal y abuso de las medias tostadas; pero váyale usted á esta familia con predicaciones, porque dirá seguramente:

—Si nos quita usted este ratito de café, nos ha quitado usted la vida..... Y sobre todo, es una costumbre que hemos adquirido, y pensamos morir así. ¡Pues hombre! ¿Puede haber cosa más inocente ni más sana?





NUESTROS PELUQUEROS.



Hoy por hoy, está sin resolver el importante asunto referente á la subida de precios en el ramo de la peluquería nacional.

Los maestros aumentan la tarifa, los dependientes se alarman, y el público entretanto anda por ahí con los pelos en desorden y la cara sucia.

No contentos con abrumarnos con el peso de la conversación y con desollarnos vivos, quieren los barberos reducirnos á la miseria, imponiéndonos tributos superiores á nuestras fuerzas.

—¡Hola! ¿Conque desean ustedes hermosear el físico? ¿Conque quieren ustedes em-

bellecerse y cautivar corazones?—dicen los barberos.—¿Sí? Pues paguen ustedes la coquetería.

Y menos mal si se limitan á aumentar los precios; lo peor será si mañana nos exigen la presentación de un certificado de buena conducta, ó ponen como condición, antes de afeitarnos, que hemos de bailar una mazurka, en calzoncillos, sobre la mesa. ¡Vaya usted á saber las cosas que podrán discurrir todavía los apreciables maestros, en daño de la parroquia!

—Vengo á que hagan ustedes el favor de afeitarme, sin que esto sea ofender á ustedes en lo más mínimo—dirá un parroquiano.

—Corriente—contestará el maestro;—pero ya sabe usted las condiciones que hemos establecido. La barba cuesta dos pesetas cincuenta céntimos, y además tiene usted que saltar á pie juntillas por encima de esta butaca.

Todo puede esperarse de esos tiranos que tratan de hacernos pasar por las horcas caudinas.

Hay, sin embargo, algunos maestros de corazón generoso, que siguen cobrando por la anti-gua tarifa; pero éstos se ven perseguidos por los innovadores, y reciben anónimos en que se les dice:

«¡Infame! ¡Feo! ¿Conque sigues cobrando un real por hacerle la barba á tus semejantes? Pues lee y tiembla: Cuando menos lo esperes comenzarás á sentir ruidos extraños en la parte in-

terior y desasosiego en las pantorrillas, y tú creerás que es flato. ¡Infeliz! Un veneno activísimo irá minando tu existencia y acabarás por morirte debajo del velador. Piénsalo bien: ó la nueva tarifa ó la muerte. ¡Elige!»

El que recibe el anónimo se asusta, como es natural, y desconfía de cuanto le rodea. Ve la fuente de los garbanzos, y la huele antes de probar su contenido; le presentan un plato de judías estofadas, y clava en ellas su mirada escrutadora, como si quisiera leer en el fondo de aquella salsa equívoca. Hasta la brocha de que se sirve para enjabonar al parroquiano le inspira profundos recelos..... ¿Estará envenenada?

¡Qué situación la del maestro disidente!

Los parroquianos, á su vez, sufren otra clase de sinsabores no menos graves.

Hay hombre que rechaza la nueva tarifa con indignación, y penetra en la peluquería preguntando:

—¿Cuánto me van á llevar ustedes por afeitarme?

—Treinta céntimos—le contestan.

—¿Y si me dejo la perilla?

—Lo mismo.

—Pues abur.

Y baja las escaleras echando demonios.

Estos días se nota cierta desanimación en los establecimientos del ramo.

Ya no se ven aquellos caballeros que iban antes allí dispuestos á todo, y empezaban por decir al artista del cuero cabelludo:

—Va usted á cortarme el pelo con raya á la derecha, dejándome un mechoncito en el centro á manera de capullo.

—Bueno.

—Y á afeitarme *herméticamente*.

—Está bien.

—Y á lavarme la cabeza.

—Corriente.

—Y á recortarme el bigote, dejándomelo en forma de sauce llorón.

Después se quitaban el cuello postizo y la corbata, y algunos pretendían despojarse también de la ropa exterior, hasta quedarse en calzoncillos; pero el maestro les decía:

—Caballero, por Dios; tenga usted la bondad de no enseñarnos las carnes, que viene aquí muy buena gente y podría figurarse otra cosa.

En fin, el conflicto sigue en pie, y sabe Dios á dónde iremos á parar si los maestros no vuelven sobre su acuerdo.

Mucho sentiría tener que dejarme la barba; pero antes de pagar treinta céntimos por sesión, estoy decidido á dejar que se me llene el rostro de pelos y á que me confundan con uno de esos húngaros que andan por el mundo en compañía de un oso y varios micos.

Porque si ahora pasamos por lo que quieren los maestros, mañana aumentarán otra vez las tarifas y llegarán á cobrarnos, no sólo la barba, sino también el saludo.

—Hola, don Balbino, ¿cómo está usted?

—Regular.

—¿Va usted á afeitarse?

—Sí, señor.

Pues ya sabe usted que desde hoy le cuesta la barba cinco reales, y medio real más por haberle preguntado por su salud.

Decididamente, me dejo la barba.





EL SABLE QUIRÚRGICO.

Antes se practicaban las operaciones quirúrgicas sin aparato de ninguna clase, y le amputaban á uno un brazo ó dos con un serrucho, sobre la mesa de la cocina, de prisa y corriendo. Ahora tiene usted un flemón, y busca un cirujano fa-

moso para que se lo reviente, en compañía de dos ó tres ayudantes, como si de la operación dependiese la vida de usted y la de toda su prole.

No cabe duda que hemos adelantado muchísimo, porque á lo mejor va usted á una casa de visita y le dice el dueño:

—Parece mentira que yo esté aquí tan sano y tan gordo, después de lo ocurrido.

—¿Pues qué le ha pasado á usted?

—¿A mí? Casi nada. ¿Ve usted esta nariz? Pues es nueva.

—¿Nueva?

—Sí, señor; la anterior se me secó á consecuencia de un catarro agudo, y ésta me la ha puesto un doctor alemán el jueves de la semana pasada.

Hoy se fabrican muy bien todas las facciones.

Efectivamente, los modernos cirujanos realizan verdaderos prodigios.

Lo que hay es que muchas veces se equivocan, y en lugar de extraerle á usted una protuberancia cualquiera, le extraen el hígado ó el bazo, ó las dos cosas juntas; y después dicen aparte:

—¡Córcholis! Me he equivocado de bulto.

Hay quien ha sufrido una operación terrible. Primero le cortaron el vientre en dos pedazos, como quien corta carne de membrillo; después le extrajeron un riñón que estaba algo flojo, y después le cosieron la piel, dando por terminada la operación.

De pronto dijo uno de los ayudantes, dirigiéndose al cirujano:

—¡Ay, don Agustín! ¡Buena la hemos hecho!

—¿Qué?—preguntó el sabio sorprendido.

—Que nos hemos dejado dentro una servilleta y dos esponjas.

—¿Cómo?

—Sí, señor, cerca de las tripas, á mano derecha.

Hoy la cirujía ha adelantado de un modo cruel, y hay algún operador atrevido que le dice á usted con la mayor naturalidad del mundo:

—Todo es operable en esta época de progreso científico. Yo me comprometo á extraerle á usted el estómago y á presentárselo á su familia, haciéndole creer que es un chaleco.

Pero estas operaciones atrevidas suelen realizarse solamente sobre aquellas personas que poseen bienes raíces.

Cuanto más rico es uno, más carne le cortan.

Hay cirujano que lo primero que hace es preguntar al enfermo:

—¿Qué padece usted?

—Dicen que tengo un divieso con raíces en esta mandíbula.

—Perfectamente. ¿Qué es usted?

—¿Yo? Asturiano; de Pravia.

—No se trata de la oriundez, sino de la posición social.

—Pues soy violin segundo.

—En ese caso no puedo operarle á usted.

—¡Cielos!

—Lo mejor será que espere usted á que la mandíbula se caiga sola.

Y el infeliz tiene que renunciar á la operación, esperando que el divieso reviente por sí mismo sin necesidad de excitaciones ni de subterfugios, y todas las mañanas dice á su esposa:

—Manuela: cuando notes que se me ha caído la mandíbula, ten la bondad de avisarme, porque no quiero que la cosa me pille desprevenido; y si quieres guardarla como recuerdo, lo haces, y si no, la tiras.....

Los cirujanos de buena fe, hombres ilustres, que los hay aquí como en todas partes, obtienen bien de la patria, y ante ellos me postro respetuosamente; pero los que persiguen tan sólo su interés personal á costa de los músculos ajenos y andan por ahí cortando cosas á precios extraordinarios, merecen la reprobación pública, porque en sus manos el bisturí se convierte en sable.

Dicho sea sin ánimo de ofender á los que dan *sablazo* en la calle de Sevilla.





UN DRAMA DE NAVIDAD.

Todo es júbilo en casa de los señores de Martínez, porque la Providencia les ha obsequiado con un premio de 2.500 pesetas de la Lotería Nacional.

Ellos no andaban muy sobrados de dinero, y aun no hace ocho días que la señora había tenido que empeñar una mantilla de casco y dos colchas de crochet, hechas por la niña, y un flautín de Martínez, con llaves de plata, regalo de sus discípulos; porque conviene advertir que Martínez es profesor de música en el colegio de *San Abdón y San Senén*, mártires.

Ahora le ha venido Dios á ver con la lotería, y doña Paca, su esposa, lo primero que hizo fué llevarle al comedor y decirle confidencialmente:

—Melitón, antes que todo es necesario obsequiar á Manolín, el novio de la niña.

—No; antes que todo es necesario pagar al carbonero, que me da mucha vergüenza pasar por delante de la carbonería y no poder saludarle.

—Baja la voz; ya sabes que Manolín tiene un oído muy fino y nos puede oír desde el gabinete.

—Pues yo no veo la necesidad de convidarle.

—Tú te olvidas al momento de los favores que se te dispensan. ¿Quién te prestó el cuello de piel de conejo de los Alpes cuando fuiste á tocar á casa de la Marquesa? ¿De quién era el pantalón de rayas que llevaste al concierto del Círculo Juvenil? ¿Quién nos está obsequiando todos los días? No salimos una sola vez con Manolín sin que nos compre algo. Aun ayer le compró á Filito un paquete de palillos de enebro y media libra de butifarra legítima.

—Bueno, bueno; haz lo que te parezca.

El caso es que Manolín no tiene aquí familia, porque sus padres están en Candelario al frente de su industria de chorizos, y él vive de huésped en casa de doña Melchora, que por cierto le trata bastante mal; tanto, que Manolín siempre está diciendo á la mamá de Filo:

—¡Ay qué vida llevo en casa de doña Melchora! Si deseo acabar la carrera es para establecerme y perder de vista á aquella condenada. ¿Qué creerán ustedes que he encontrado ayer en el cocimiento de zaragatona que tomo por las mañanas?

—¿Algún pelo?

—¡Quíá! Una peineta de doña Melchora.

Doña Paca ha comunicado á Manolín la grata noticia.

—Va usted á cenar con nosotros esta Nochebuena. Por usted no hemos de aumentar nada—dijo á su futuro yerno dándole una palmadita cariñosa en el hombro.

Manolín lanzó un quejido lastimero.

—¿Qué? ¿Le desagrada á usted el convite?

—No, señora, es que tengo un divieso en la clavícula y me ha dolido.

—¿Un divieso?—exclamó Filo estremeciéndose.

—No he querido decírselo á ustedes por no alarmarlas, pero me salió el jueves último en el Ateneo.

—Pues ha hecho usted muy mal en no decir-

noslo; porque hubiera sido una prueba de confianza.

—¡Ingrato!—murmuró Filo dirigiendo á Manolín una mirada de cariñosa reconvención.

—Póngase usted un higo seco cuando vaya á acostarse—dijo doña Paca.

Ante la perspectiva de una cena familiar y amorosa, pronto se borró de la mente de Manolín el recuerdo del grano maligno.

Doña Paca se fué á la cocina para disponerlo todo, y tres horas después la familia Martínez sentaba á su mesa al joven Manolín, futuro esposo de Filito.

—No pueden ustedes figurarse cuánto les agradezco estas atenciones—decía él comiendo pan seco mientras no servían la cena.

—Á usted le consideramos ya como miembro de la familia—contestó Martínez.

—Sí, Manolín, desde el primer día conocimos que era usted una persona decente..... ¿Le gusta á usted el besugo?

—Sí, señora; á mí me gusta todo lo de ustedes.

—Esta salsa la hice yo; puede usted comerla sin escrúpulo, porque aunque esté mal que yo lo diga, aquí todos somos muy limpios. No nos parecemos á doña Melchora.

—No me la nombren ustedes. La aborrezco—dijo Manolín mojando pan en la salsita.

—Toma, bien mío—murmuró Filo presentándole una aceituna clavada en el tenedor.

No había hecho Manolín más que acercársela á los labios cuando la campanilla de la escalera se dejó oír con estrépito.

—¿Quién será?—preguntó doña Paca.

El corazón de Manolín latió con violencia, como si presintiese alguna desgracia horrible.

La criada fué á abrir, y dos segundos después aparecía en el comedor, ante la respetable familia Martínez, una mujer fea de suyo, mayor de cincuenta años, con los pelos en desorden y el labio trémulo, que terciándose la mantilla y echando fuego por los ojos, gritó dirigiéndose á Manolín:

—¡Pillo! ¿Estás engañando á otra mujer? ¡Te voy á matar!

Y se arrojó sobre Manolín clavándole los dientes en un hombro.

—¡Aquella mujer era doña Melchora!





ENTRE BASTIDORES.

Nadie sabe cómo se llama, ni por qué entra, ni qué es lo que busca en el escenario; pero lo cierto es que los de la puerta le dejan pasar, suponiéndole amigo íntimo del empresario, ó pariente de

los cómicos, ó novio de la característica, y él acude todas las noches con puntualidad matemática, causando la desesperación de tramoyistas y *asistencias*, que le dicen á cada momento:

—¡Eh! ¡Fuera del paso! ¡Ahí va eso!

Son innumerables los porrazos que ha recibido en este mundo. Una noche se le cayó encima un bastidor de «selva corta», y á poco más le deja en el sitio; otra vez le dieron con una cómoda del renacimiento en las narices, y las tuvo hinchadas dos meses y medio, hasta que desapareció la inflamación con unas unturas de sebo virgen y bicarbonato; otra vez le puso un pie encima el barba, que es hombre de una robustez peligrosa, y si no es por el segundo apunte, que le dió un empujón para quitarle de en medio, hubiera perecido aplastado como una cucaracha.

Es inútil que el director de escena dicte órdenes terminantes prohibiendo la permanencia del público entre bastidores; él no deja su sitio por nada de este mundo, y si le dice el celador con buenos modos: «Caballero, tenga usted la bondad de salirse, que aquí no se puede estar»—contesta él en tono humilde:—«Ya lo sé; pero tengo que darle un recado á la primera actriz, de parte de su lavandera, que es de mi pueblo, y en cuanto se lo dé me retiro.»

Sí, sí; ¡bueno es él para abandonar el campo! lo que hace es cambiar de sitio y eludir las miradas

del celador, que le persigue inútilmente toda la noche, hasta que acaba por acostumbrarse á su presencia y llega á ver en él uno de tantos trastos pertenecientes á la escena.

No hay coliseo donde no exista algún personaje de éstos, verdaderos pólipos que viven pegados á los bastidores contra la voluntad de las Empresas.

—¿Quién es ése? — se le pregunta al primer actor.

Y el primer actor dice:

—Hombre, yo no le conozco; pero le veo aquí todas las noches, y yo le considero como de la familia. El día que no viene parece que me falta algo.

Á la Comedia iba uno que se colocaba en primera línea, apoyando la frente en el bastidor de la izquierda, y allí permanecía hasta que apagaban las luces. Los días de fiesta llevaba en su compañía un chico de unos ocho años, con los ojos lo mismo que dos huevos duros y la nariz partida por gala en dos, á manera de perro ratonero. En cuanto daban las diez el chico perdía la serenidad y se tumbaba á lo largo, al pie del bastidor, para entregarse en brazos de Morfeo.

—¿De quién es este chico? — preguntaban los tramoyistas. — Le vamos á pisar sin querer.

Y contestaba el padre:

—No hagan ustedes caso; es hijo mío. Salten ustedes por encima. Le traigo aquí para que no

haga rabiar á sus hermanas, porque los domingos, cuando le dejo con ellas, las pellizca, y mi esposa carece de carácter para reprenderle. ¡Como es el primero que hemos tenido!

Además de estos monolitos de bastidores, blanco de todas las iras, hay otros sujetos que penetran en el escenario con fines amorosos. Á esta última clase pertenece Eleuterio, el hijo menor de los señores de Chamorro, que se enamora de las actrices con harta dolorosa frecuencia, y procura acercarse al objeto de sus ansias introduciéndose en el palco escénico.

Yo le he visto en una función de aficionados, momentos antes de correrse el telón, con la cabeza reclinada en un mueble, los ojos fijos en su dulce dueño y un ramo de claveles dobles en el ojal de la levita. De cuando en cuando lanzaba un suspiro y dirigía los ojos á las bambalinas como si le apretaran las botas ó le estuvieran restregando el cutis con un soneto de Carulla.

—¡Fuera de escena!—decía de pronto el segundo apunte; pero Eleuterio no escuchaba más que los latidos de su alma virgen, y al levantarse el telón el chico de los señores de Chamorro aparecía ante el respetable público en clase de enamorado *infraganti*.

Quería huir y tropezaba con un velador; iba á dirigirse á la derecha y se daba de bruces con un sofá; trataba de ganar la puerta del foro y le salía

al paso el traidor del drama, que venía á matar de prisa y corriendo á la primera actriz y á dos hijos suyos, habidos en el primer matrimonio.

El público pateaba; Eleuterio corría como un loco por el escenario, y el director de escena, fuera de sí, le cogía por las solapas arrojándole contra una cómoda.

Pero á Eleuterio no se le ha quitado la manía de los bastidores, y ahora va al Español á amar á las bailarinas de *La redoma encantada*.

La otra noche entró en el escenario, y lo primero que hizo fué tropezar con un comparsa viejo que tiene muy malas pulgas y estaba vestido de demonio de percalina.

—¡Bruto!—dijo Eleuterio.

Entonces el demonio le amenazó con el tridente y Eleuterio quiso rechazar el ataque enarbolando el bastón; pero en aquel momento pasaban por allí dos «asistencias» conduciendo en hombros la tumba de Bernardo el de la espada, y se la dejaron caer encima.

El pobre chico comenzó á rabiarse y á sacudirse el polvo, y fué á colocarse en la segunda caja; pero de allí le echaron los tramoyistas dándole en la cabeza con un bastidor; quiso acercarse á su bailarina, que estaba haciendo piruetas agarrada al pasamanos de la escalera, y un celador le dijo:

—Deje usted el paso franco.

Eleuterio, fuera de sí, se dirigió á la puerta del

escenario; pero antes de transponer los umbrales ya le habían echado encima un telón de foro, que fué á introducirle el sombrero hasta las cejas, haciéndole lanzar un grito horrible.

Y entretanto la bailarina daba rienda suelta al buen humor, burlándose del pobre Eleuterio, que se agitaba nervioso á la puerta del escenario, porque no podía quitarse el sombrero y tropezaba con todo á causa de su ceguera.

Ahora, si á ustedes les parece, pueden ir á pasar un ratito cualquier noche de estas al escenario del Español.





CHICAS MUSICALES.

Unos apreciables jóvenes de un pueblo de Alemania han jurado solemnemente no dar su mano de esposos á ninguna señorita que toque el piano.

Si aquí hubiese un acuerdo semejante, se nos evitarían muchos dolores de cabeza, porque la verdad es que está uno de piano..... ¡hasta aquí! (señalando la coronilla).

Tengo yo una vecina que se pasa los mejores años de su juventud atropellando las teclas y poniendo en alarma al barrio entero.

Hay quien cree que ya nació así: con un piano delante y una mamá detrás, la cual mamá le dice á cada instante:

—Sigue tocando, Balbina. Ya sabes lo que dice siempre el profesor: los ejercicios con la mano izquierda son la base de la educación musical. Á ver si cuando vuelva tu padre de la oficina te encuentra estudiando, porque si no, se le hincha la vena del cuello y ya no se le puede aguantar.

La chica sigue al pie de la letra las indicaciones maternas, y en cuanto salta del lecho envuelve su personalidad artística en una bata color de tórtola descuidada y se dirige al piano, donde comienza á hacer ejercicios con ambos remos, hasta provocar la desesperación del vecindario.

Un vecino del segundo, llamado D. Jacobo, que padece de reuma porque ha sido de carabineros y se cayó al mar en Tarragona peleando con un Vista de Aduanas, pasa la vida en un puro grito, y dice que la culpa de sus males la tiene la joven del piano, porque le marea y le excita los dolores. El pobre señor no se puede contener algu-

nas veces, y empieza á moderse los puños y á echar maldiciones, y días pasados salió á la escalera con un revólver de reglamento dispuesto á matar á la pianista.

—¡Esto no se puede sufrir!—gritaba.—¡Tengo clavada en la boca del estómago la *Stella confidente*!

—¡Oiga usted!—contestó la mamá de la artista desde lo alto de la escalera.—Mi niña no va á privarse del estudio por causa de usted, y el que quiera vivir con comodidad, que se vaya al Retiro.

—Allí es donde debían estar ustedes todos. En la Casa de Fieras.

—Dé usted gracias á que ha salido mi esposo, porque le ha llamado el Ministro para consultarle sobre eso del matute, que lo demás.....

—Avísele usted cuando vuelva, que le quiero escarmentar.

Tuvo que salir la esposa de D. Jacobo, que es una catalana muy gorda y muy pacífica, y cogerle por los faldones del levitón, porque él quería subir y darle con la culata del revólver en la cabeza á la madre de la pianista.

—¡Jacobó, por Dios!—le decía la catalana.—No tacaiores, que ta vas á sufocar.

—Déjame, déjame, que quiero acabar con esa familia de lateros.

¡Ay, qué vecina, qué vecina tenemos D. Ja-

cobo y yo! Algunas noches soñamos que nos cogen por el cuello y nos meten en una tinaja llena de sapos que tocan la trompeta. Después viene un demonio vestido de verde y nos introduce por cada oído un acordeón desafinado. Todo esto, que es pura fantasía, procede del piso tercero, donde la pianista *ejecuta* sin freno toda clase de obras musicales.

Por supuesto, ella no hace más que tocar el piano y comer pan seco. Que no la manden barrer, ni zurcir los calcetines, ni hacer un cocimiento de tila, porque no sabe.

Ya lo dice su mamá:

—Tiene una afición tan extraordinaria, que no puedo hacer que me ayude en las labores domésticas. Para ella no hay más que el pentágrama. Por las mañanas coge un *corroscó* de pan y lo coloca sobre la tapa del piano para no tener que ir al comedor.

—Los artistas comen poco—se le dice.

Y replica la mamá:

—La nuestra no come nada, porque dice que el piano la alimenta. Su única pasión ha sido siempre el queso de *cluyer*; pero la irrita mucho y notábamos que cuando abusaba de él se le ponían los dedos torpes, como si fueran embutidos.

No es sólo en mi casa donde se cultiva el sublime arte con ensañamiento; en muchas otras de Madrid y provincias existen jóvenes aficionadas

que martirizan al vecindario y ponen en dispersión á los ratones caseros.

Por lo visto, en Alemania el mal cunde también; sólo que allí, al menos, la juventud trata de ponerle coto condenando al celibato á esas destructoras de la paz pública, que se dedican á dar jaquecas á domicilio en vez de emplear sus aptitudes en cosas de mayor provecho.





LOS DRAMAS DEL HOGAR.

I.

Señorita: Usted me ha cautivado con su hermosura y aspiro á obtener su mano, aunque tenga que realizar los mayores sacrificios. Soy huérfano y tengo una tienda de plumas de acero y papel secante en la calle del Olivo. Si usted me autoriza, me presentaré á su mamá para pedirle que no ahogue este amor que me enajena; tiene escrita en la cara la bondad de su corazón, y espero que reconocerá la rectitud de mis intenciones.

Queda esperando la respuesta su afectísimo y apasionado servidor, q. b. s. p.—*Gumersindo Percebeta.*

II.

Señorita: Su carta de usted ha llenado de júbilo mi corazón. Dice usted que espere; esperaré; sí esperaré resignado y rendido de amor. Cada vez me parece más simpática su mamá de usted.—
B. S. P.—*G. Percebeta.*

III.

No puedo expresar á usted mi alegría. Al escuchar de sus labios el «sí», que tanto ansiaba, he creído morir de placer. Desde anoche soy el hombre más feliz de la tierra. ¡Qué hermosa estaba usted! ¡Qué buena acogida me ha dispensado su mamá! ¡Dios la bendiga!—*Gumersindo.*

IV.

No tienes razón para quejarte. Si he hablado con Dolores en la tertulia de las de Cadeneta, fué porque me había encargado un cuadernillo de papel de barbas para copiar un drama que está escribiendo con destino al teatro de Recoletos. Tu mamá me ha dado la razón, puesto que ayer mis-

mo, cuando me rechazabas furiosa, ella buscaba argumentos para disculparme y convencerte.

Si algún día llego á llamarme tu esposo, la amaré á ella como á mi segunda madre.—*G.*

V.

Vida mía: Veo que te has convencido de mi inocencia y que me devuelves tu cariño.

Esta mañana, cuando pasabais por delante de la tienda, no pude salir porque estaba vendiéndole un frasco de tinta á una teniente coronela cubana que tiene á su esposo destacado en Leganés y le escribe todos los días. Lo más que le dura un frasco es semana y media.

Dale muchas memorias á tu excelente mamá y hasta la noche.—*Sindo.*

VI.

Cielín: Hoy no podré ir á verte, porque desde que se me ha caído sobre la nuca la caja de los lapiceros estoy medio atontado. Gracias á la cataplasma de zaragatona y ruda que me recetó tu mamá he podido dormir esta noche algunos ratos; pero continúa el mal sabor de boca y la desazón en el tubo digestivo.

Hasta la semana próxima, lo menos, no podrá verificarse nuestro matrimonio; los días me pare-

cen siglos. Adiós, preciosa; acuérdate mucho de tu—*Sindin*.

VII.

Pascuala de mi corazón: Esta es mi última noche de soltero, y antes de meterme en la cama quiero dirigirme á ti para decirte que te adoro. Acabo de tener un disgusto con el barbero, porque en un momento de descuido me ha afeitado la perilla; pero me la volveré á dejar, ya que tanto te gusta.

Voy á ser el más feliz de los hombres teniéndote á ti por esposa y á doña Genoveva por madre. Hasta mañana.—*Gumersindin*.

VIII.

Querida esposa: Ya que la enfermedad de mi tío me obliga á salir de Madrid cuando no han transcurrido cuarenta y ocho horas desde nuestro feliz enlace, no quiero dejar de decirte desde la Estación: «Adiós, adiós.»

Dentro de pocos días volveré á tu lado, porque si el tío tarda en morir, le dejo.

Cuida mucho á *nuestra* buena madre. Hasta la vuelta.—*G*.

IX.

Queridísima Pascuala: Desde que no te veo soy muy desgraciado. El tío está hace cinco días dando las boqueadas, y no sé cuándo acabará.

Para que veas que no me olvido de ti ni un solo momento, pienso llevarte un recuerdo de este país. Á tu mamá la he comprado unos zapatos de lona para que ande fresca. Quiero demostrarle mi cariño con este modestísimo presente. Te adora tu esposo.—*Gumersindo*.

X.

Querida Pascuala: No me esperes á comer, porque me ha convidado uno del gremio que ha salido concejal y le han hecho proveedor de plumas del Ayuntamiento con el carácter de incógnito. Además, ya sabes que tengo otras razones para aborrecer esa casa. Hasta luego.—*G*.

XI.

Pascuala, te escribo desde la Estación. Me voy de Madrid, donde la existencia me es insoportable. He vendido la tienda y me voy por el mundo.

Puesto que prefieres á tu mamá, quédate con ella. Hasta nunca.—*G*.

XII.

Señor Juez del distrito:

Me mato porque tengo suegra; era un ángel de candor mientras fui novio de su hija. Después se convirtió en mi asesino. Los dos verdugones que tengo en la rabadilla me los ha hecho ella con el mango de los zorros.

Para evitar nuevas desgracias, participo á V. S. que vive en la calle del Oso, 92, piso bajo.

¡Ojalá se muera! — *Gumersindo Percebeta.*





PRETENDIENTES.

Cada vez que se verifica un cambio de Ministerio renace la esperanza en el corazón de los cesantes y comienza á caer sobre los nuevos Ministros una espesísima lluvia de recomendaciones.

Los Consejeros de la corona se ven asediados por los pretendientes de todas las categorías, y hay alguno de éstos, de la clase de humildes, que se sitúa en el portal del Ministerio para lanzarse so-

bre el alto funcionario y poder decirle con voz dolorida:

—Yo soy Fructuoso Ameixeiras, hijo de Mondáriz, y recomendado del Conde del Engrudo. Tengo nueve de familia y mi esposa está desnuda.....

El Ministro, á medias palabras, promete servirle, y Ameixeiras entra en su domicilio cantando la *Traviata* y diciendo á su mujer:

—He hablado al Ministro..... ¡Qué simpático es!

—¿Y qué?

—En cuanto supo que era de Mondáriz se sonrió y estuvo mirándome fijamente. Me ha parecido una persona muy llana y de buenos sentimientos. ¿Sabes á quién se parece un poco? Á Gurrea, el portero que teníamos en la Administración de Estancadas de Albacete.

—¿Pero tú crees que te colocará?

—Ya se ve que lo creo..... Tiene una mirada muy noble, y me han dicho que no puede ver lástimas. En cuanto quedó cesante Fabié, le regaló una fuente de arroz con leche para que se consolara.

Desde aquel día Ameixeiras vive esperando que el Ministro le envíe la credencial, y no llaman á la puerta una sola vez sin que se asome al ventanillo preguntando:

—¿Qué hay? ¿Trae usted algún pliego para mí?

Á lo mejor el que llama es el dependiente de

una tienda de ultramarinos que va á cobrar, y Ameixeiras le confunde con un ordenanza del ministerio.

—¿Viene usted de parte del Ministro?

—No, señor; vengo de parte de mi principal para que me pague usted la cuenta.

—Pues dígame usted que me van á emplear y que le pagaré inmediatamente. ¿Tienen ustedes salchichón legítimo? ¿De Vich?

—Sí, señor; del mismo Vich, fabricado en la calle del Tribulete.

—Bueno; pues en cuanto me coloquen pasaré por la tienda á comprar media libra, porque quiero convidar á algunos amigos.

Ameixeiras suele asistir por las tardes á la portería del Ministerio, donde entabla conversación con los hujieres.

—¿Ha venido su Excelencia?

—Está aquí desde las once. Estos días anda muy ocupado con el arreglo del personal.

—Puede que en este instante esté firmando mi nombramiento; porque yo soy de Mondáriz, y él estuvo allí tomando las aguas y le está muy agradecido al manantial.

—¿De manera que usted está cesante?

—Sí, señor; desde Julio del 89; y gracias á que mi esposa tenía algo; pero nos lo hemos ido comiendo poco á poco, y ahora nos vemos bastante mal. Ya lo sabe el Ministro; por eso no dudo que

me colocará. Ayer le remití los retratos de mis niños para que los conozca. Lo que siento es no poder traérselos aquí, para que oyese cantar á Manolito, el penúltimo, que es una monada.

Ameixeiras no es de los pretendientes más molestos, porque se limita á escribir cartas de cuando en cuando y á esperar su nombramiento en la portería.

Hay algún pretendiente que logra penetrar en el despacho del Ministro, con un paquete de cartas de recomendación, y no se va de allí aunque le maten.

—Bueno—le dice el alto funcionario;—procuraré satisfacer sus deseos.

—¿Cuándo quiere usted que vuelva por la credencial?

—Hombre, no puedo fijar el día.

—Si á usted le parece volveré el lunes.

—No se precipite usted.

—Ó el martes. Debo advertir á usted que todos mis recomendantes están interesadísimos en mi nombramiento. Don Olegario, el Senador, me ha dicho que si no se me coloca es capaz de escribir un manifiesto retirándose á la vida privada. Me quiere muchísimo, porque yo me crié con su señora en una dehesa de un tío mío, y nos une una amistad muy grande, hasta el punto de que estamos tomando la leche de burras y nos surtimos de la misma nodriza.

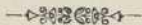
—Repito que procuraré servir á D. Olegario.

—Pues, nada; yo mismo vendré por la credencial, y si es necesario traeré aquí á doña Balbina Gómez, que, según me ha dicho, le conoce á usted mucho de cuando era usted estudiante y ella tenía estanco junto á San Isidro. Ahora ha puesto casa de huéspedes y yo paro allí. Le puedo ser á usted muy útil, porque redacto bastante bien, y además toco algo la flauta; de manera que puedo ir por las noches á su casa de usted á distraerle un ratito.

—Gracias, gracias.

Y sólo á fuerza de empujones consigue el Ministro que abandone el despacho aquel pretendiente de la clase de moscas, que acaba por obtener un nombramiento, y cuyo nombre se inscribe en el libro del personal con la siguiente nota:

«¡Guay del Ministro que se atreva á dejar cesante á este funcionario!»





LA VERDADERA ENFERMEDAD.

Desde que se habían recibido las primeras noticias sobre la aparición de la viruela en la calle del Bastero, D. Agapito era víctima de la aprensión.

Su apreciable esposa no cesaba de decir: —
—Buenas son las precauciones, pero tú abusas del miedo. La aprensión va á llevarte al sepulcro.

Pero él no escucha las atinadas observaciones de su mujer, y sigue adoptando toda clase de medidas sanitarias, en perjuicio de la salud.

Bebe el agua caliente, mezclada con vino de Cariñena y betún mate; duerme con la cabeza dentro de un saco de azufre, y se pasa las horas sentado sobre un barreño, porque le han dicho que el barro de Alcorcón es un preservativo eficaz contra las enfermedades infecciosas.

Don Agapito ha despedido á la criada porque no quiere la aglomeración de gente en su domicilio, y ha adoptado el siguiente procedimiento para comunicarse con la portera, que es quien surte de comestibles á aquella desventurada familia.

El arroja una cesta desde la ventana al patio, sujeta con un cordel; la portera coloca los comestibles en la cesta, y D. Agapito la sube desde arriba. Después somete los comestibles á una fumigación de pólvora y cáscara de huevo. Todas estas prescripciones higiénicas le han sido facilitadas por un albéitar que ha hecho grandes estudios sobre toda clase de virus, y desea que le nombren veterinario del Ministerio de Fomento.

Don Agapito tiene una hija que ama á un joven escribiente de la clase de quintos; pero como medida sanitaria, ha quedado prohibida la presencia del escribiente en aquel domicilio.

—No tengo la seguridad de que ese chico se

mude todas las semanas—dice D. Agapito.—Un hombre que sólo cobra veinte duros al mes debe tener pocas camisas.

—Pero, papá, si es limpio como los chorros del oro—contesta la chica sollozando.

—No me fío de la ropa blanca de ese joven.

La única vez que entró en aquella casa el desventurado galán, después de la aparición de la viruela en Madrid, D. Agapito lo metió en la dispensa y allí lo tuvo haciendo cuarentena dos días. Para que no muriese de inanición, su novia le servía los alimentos por la gatera con la caña de la escoba.

—Sabina—dijo D. Agapito á su mujer—tengo una buena noticia que darte. Un doctor americano asegura que el verdadero preservativo contra la viruela es.....

—¿El palo de jabón?

—No.

—¿La harina de linaza?

—Tampoco. El agua de Colonia tomada en ayunas.

—Pues es cosa fácil de obtener.

—Estás en un error; es necesario que la Colonia sea legítima.

—Comprémosla inmediatamente.

—¿Estás loca? Yo no salgo á la calle por nada de este mundo. Quiero vivir en el aislamiento.

—Enviemos á la portera.

—¡Jamás! ¿Quién me asegura que nos la traiga legítima? Además, llevo hechos muchos gastos. Aun no hace quince días que le compré á la niña una caja de pastillas de clorato, y de seguro que ya se las ha comido.

—Agapito, eres un tacaño.

—Lo que soy es muy previsor y un hombre ordenado, que no quiere morir en San Bernardino..... ¡Caramba! ¿Cuánto costará un frasco de agua de Colonia superior?

Una tarde D. Agapito leía por centésima vez las prescripciones higiénicas del doctor americano, cuando entró doña Sabina en la habitación, y mirando fijamente á su marido, exclamó:

—Agapito, tienes la nariz llena de pintas. Agapito, ¿estás malo?

El esposo se levantó como movido por un resorte, y fué á mirarse al espejo.

—Sí, sí—decía lleno de espanto.—Yo tengo las viruelas.

Se le habían indigestado las frases de su esposa hasta el punto de producirle ardor en el estómago. Cuando logró que la tranquilidad volviese á su espíritu, había adoptado una resolución heroica. La de mandar á la portera por un frasco del agua sublime.....

—¡Señá Juana!—gritó desde arriba.

—¿Qué se ofrece?—preguntó la buena mujer.

—¿Sabe usted lo que es agua de Colonia?

—¡Vaya si lo sé! ¿No es una cosa blanca y espesa?

—No, mujer, no. Usted la confunde con el agua de vegeto.

—Bueno, pues usted me dirá.

—Quiero que vaya usted á una droguería. ¿Sabe usted lo que es una droguería?

—¡Hombre, ni que viniera ahora de arar! Una droguería es una tienda donde venden los *engüentos*.

—Perfectamente. Pues vaya usted corriendo á comprar un frasco de agua de Colonia, pero de la buena. Yo no sé lo que costará; debe ser cosa de cuatro ó cinco reales. Dice usted que es para un remedio..... Ponga usted el delantal, que voy á echarle un duro, porque no tengo otra moneda más chica; pero de fijo que le sobran á usted cuatro pesetas lo menos.....

La señora Juana corrió á la droguería, regresando á los pocos minutos.

—¡Eh! ¡D. Agapito! Aquí está el agua de *colondria*—gritó desde abajo.

—Ate usted el frasco á la punta de la cuerda, que voy á tirar. ¿Cuánto ha sobrado?

—Una peseta.

—¡Demonio!

—Es de la superior.

—Aunque sea. En fin, ¿qué le vamos á hacer? La salud es antes que todo.

Aquella noche D. Agapito soñó con las cuatro pesetas.

Dos días después llegaba á sus manos un número de *La Correspondencia* que servía de envoltura á un cuarterón de garbanzos.

—¡Dios mío!—exclamó D. Agapito palideciendo.

—¿Qué?—preguntó su esposa llena de sobresalto.

—Lee este anuncio.

—Doña Sabina leyó lo siguiente:

Agua de Colonia superior á tres pesetas cuartillo.

—¡Me han cobrado una peseta de más!—exclamó D. Agapito dejándose caer sobre la cama.

Cuando vino el médico, doña Sabina, después de explicarle el origen de la indisposición de su esposo, preguntó al doctor:

—¿Cree usted que tiene las viruelas?

—Señora—contestó el discípulo de Galeno—hay una enfermedad mucho más temible que las viruelas, y ésa es la que padece su marido de usted.

—¿Cómo se llama?

—Se llama la miseria.





AMORES OFICIALES.

Aquí el que se pone en relaciones amorosas con una joven honesta puede decirse que contrae la ineludible obligación de amar á toda la familia, por ambas líneas de consanguinidad.

Lo primero que le dice á usted la joven, objeto de su amor, es algo parecido á esto:

—Sí, caballero; he notado que ha puesto usted los ojos en mi insignificante persona; pero ante todo es necesario que se lo «cuenta usted á mamá».

Y el mancebo inexperto va, coge y se lo cuenta á la madre, y después al padre, y éstos, á su vez, se lo van contando á todos los parientes, hasta que la noticia llega á conocimiento de los deudos y amigos de la casa, y de los vecinos del barrio, y de la pareja de la esquina.

A los ocho días ya nadie guarda reserva, y se dice con la mayor naturalidad del mundo que Fulanito es novio de Zutanita, y que él entra en casa, porque los papás ven con gusto las relaciones, por más que el chico no cuenta con casi nada, y además es linfático.

Y aquí empieza lo más grave para el mancebo; porque desde el instante en que se ha sometido al poder despótico de sus futuros papás, su libertad desaparece y queda convertido en víctima propiciatoria ó en carnero inocente.

Cada vez que en el teatro, en el paseo ó en el café tropiezo con una de estas parejas que viven entregadas á la férula de los papás, me entran deseos de cortar el yugo, gritando al oído del infeliz amante:

—¡Joven! ¡Inexperto joven! ¡Apele usted á la fuga!

¡Verle á él hecho un recluta, grave, silencioso al lado de la novia, seguido de los papás, que pa-

recen dos guardias civiles; teniendo que reprimir sus ímpetus amorosos y viéndose á lo mejor obligado á ir en busca de un carruaje si le duelen los callos al papá, ó de un vaso de agua si tiene sed la mamá, ó de un paraguas si ambos creen que el tiempo amenaza lluvia! ¡Qué horror!

Si la familia trata de ir al teatro, él es quien tiene que habérselas con los revendedores; si va de viaje, él correrá á la Estación, facturará los equipajes, peleará con los mozos y cargará con los bultos de mano; y todo cuanto haya que hacer, por humilde, por ingrato, por enojoso que sea, nadie habrá de realizarlo sino él, el desventurado, el infeliz, el pobrecillo, el..... ya no sé cómo llamarle.

Y luego todos sus sacrificios, todas sus vicisitudes pasarán inadvertidos á los ojos de la implacable mamá y del severísimo papá, que atribuyen siempre todo lo malo que les sucede á la torpeza innata del futuro yerno.

—¡Jesús! ¡Cuánto tarda ese *memo* de Fulanito!
—dice la mamá.

—Parece un palomino atontado—añade el papá.

—¡Como le habéis mandado tan lejos, y esta tarde se quejaba de un dolor en un juanetel!.....— se permite decir la niña.

—No le defiendas, hija; porque él podrá ser un buen muchacho, pero á torpe hay pocos que le ganen.

—El otro día no hizo más que coger mi paraguas y le rompió dos ballenas. El jueves le mandé comprar un canario á la plaza de Santa Ana y me trajo una libra de velas de esperma—exclama el papá de la chica.

—No puede negar que su padre era confitero. Tiene una nariz que parece de jamón en dulce. En fin, ¿qué se puede esperar de un hombre que le echa azúcar á los huevos fritos?

—Y te advierto—agrega sentenciosamente el padre—que voy á prohibirle la entrada en casa por las tardes. No sube una sola vez la escalera sin que atropelle al perro de doña Basilisa, la vecina del segundo. Ya se me ha quejado cinco veces, y á la sexta lo echo.

—¡Como el pobre tiene aquellos pies tan grandes!..... No me negarás que son horribles—dice la futura suegra.

—Pero, mamá.....—murmura la chica.

—Allá tú. Nosotros te lo decimos por tu bien, porque tú, después de todo, eres la que has de casarte.

Todo esto, sin contar otras mil murmuraciones á cual más depresivas, tiene que soportar el joven infeliz que entrega su cuello al despótico poder de un matrimonio con una hija bonita, y comete la atrocidad de entrar en relaciones oficiales, como dan en llamar las gentes á los amores que cuentan con el *exequatur* paterno.

Si yo tuviese novia alguna vez, habría de decirle ante todo y sobre todo:

—Señorita, amémonos en silencio sin contárselo á mamá, porque no me gustan las personas mayores. Es cien veces preferible la persecución de una madre celosa ó de un papá de caballería, al consentimiento corrosivo y la complacencia tiránica.

He conocido un novio oficial que ayudaba á su futura suegra en los quehaceres domésticos y limpiaba la vajilla, hacía las camas y espumaba el puchero.

—Caballero—le decía la suegra cuando él se retrasaba en acudir á la cita.—Se está usted portando como un miserable. Ni mi hija ni yo estamos dispuestas á consentir estas faltas de puntualidad: ó viene usted más temprano, ó quedan terminadas desde hoy *nuestras* relaciones.

En cierta ocasión, visitando á esta familia despótica, hube de preguntar por el novio de la niña.

—Está ocupado en este momento—nos contestó la mamá.—Como es de tanta confianza, le empleo en cosas internas. Ahora está lavando los cristales del comedor.

—Ya ve usted—decía un padre oficial á otro infeliz novio que tardaba en fijar el día de la boda.—Los amores largos nunca favorecen á las hijas de familia. Es preciso que se case usted pronto, porque además de la murmuración de las

gentes, *nos exponemos* á pasar por unas coquetas sin corazón.....

¡Uf! No me hablen ustedes de los amores oficiales, porque me pongo nervioso.





MI PAISANO.

I.

- Ea, arriba, que aquí estoy yo.
—¿Eh? ¿Quién anda ahí?
—Soy yo; Fungueiro, tu paisano.
—¿Cómo?

—Sí, hombre; he llegado hace una hora, y lo primero que hago es venir á abrazarte..... Conque, fuera pereza, que te necesito. Quiero que me lleves en seguida al Ministerio de la Gobernación.

—¡Pero si son las ocho de la mañana!

—No importa; necesito ver á Silvela cuanto antes; ya sabes lo activo que soy.

—¿Pero crees tú que S. E. va á estar allí á estas horas? Además, estos días son de fiesta y no hay oficina.

—¿No? ¡Qué país! ¿Conque es decir que vengo desde Galicia con el solo objeto de contarle al Ministro lo que está haciendo conmigo el Alcalde, que me ha quitado la recaudación de arbitrios, sólo porque juego á la malilla mejor que él, y voy á tener que esperar á que se levante S. E.?

—Claro que sí.

—Bien dicen que este es un país perdido. Gaste usted un dineral en el viaje; sufra usted las molestias del camino; deje usted á su señora con un dolor en la rabadilla, que sabe Dios en lo que vendrá á parar; haga usted, en fin, un verdadero sacrificio para llegar aquí y ver que á las ocho de la mañana aun no puede conferenciar con el Ministro de la Gobernación. ¡Oh! ¡Lo que es el Alcalde me las paga! ¡Vaya si me las paga! Yo le diré á Silvela..... Figúrate que es un hombre que está metido con la criada..... Pero, ¿te levantas ó no?

—Sí, hombre; me levantaré.

—Mira, para aprovechar el tiempo podemos ir á ver el Museo Naval. Me han dicho que es cosa buena.

—Se necesita papeleta.

—¿Sí? ¡Qué país! Entonces iremos al Botánico.

—No se abre hasta Abril.

—Yo deseo verlo todo, ¿sabes? Ya que estoy en Madrid, no me quiero marchar sin enterarme, porque después le preguntan á uno y es una vergüenza no poder dar razón.... Hombre, ¿quién nos facilitaría una tarjeta para visitar el Palacio Real? No sé qué diera por ver las alcobas y el cuarto de baño y el de la plancha.

—¿Estás loco?

—¿Por qué? Con decir que soy forastero bastará, digo yo. En fin, ya me las arreglaré. De seguro que Martínez tiene entrada en todas partes.

—¿Martínez?

—Sí, el hijo de aquel que tenía tienda de comestibles en nuestro pueblo. Sí, hombre; junto á la iglesia. Pues el chico está aquí hace años empleado en la Administración económica, y escribe allá diciendo que se trata con lo mejor y que le quieren sacar diputado y él se opone..... Vamos á verle; aquí tengo sus señas: Bonetillo, 39, quinto, interior..... Pero, hombre, anda más de prisa, que inviertes media hora en ponerte el pantalón. ¡Jesús! ¡Qué pachorra tenéis en este Madrid!

II.

—Yo no puedo más.

—¿Quieres que tomemos el tranvía?

—No hay tranvía en esta calle.

—¿No? Pues iremos á pie. ¿Está muy lejos la Cárcel Modelo? De buena gana la vería. ¿Y la Casa de la Moneda? ¿Lejos? ¡Qué contrariedad! ¿Y el Congreso? ¿Cerca? Pues vamos allá; yo no me vuelvo al país sin verlo todo.

—Pero.....

—Anda, no te pares. Si estuviese al paso el Teatro Real, entraríamos también. ¿Y Fornos?

—Debe estar bueno, gracias.

—Pregunto por el café. ¡Si pudiéramos verle de camino que vamos al Congreso!..... Ea, no perdamos tiempo; antes de almorzar quiero ver cinco ó seis cosas. Después me presento al Ministro, y pasado mañana por la tarde tomo el tren de vuelta con la cesantía del Alcalde en la mano. Ea, date prisa.

III.

—Buenos días.

—¿Qué? ¿Ya estás aquí?

—¡Claro! Son las ocho y media.

—¿Sabes lo que te digo?

—No.

—Pues que no me levanto. Ayer me trajiste todo el santo día de Dios hecho un zarandillo, y no estoy dispuesto á repetir la suerte.

—Bueno, y ¿qué hemos visto? El Museo de Artillería, el Congreso, el Senado, San Francisco el Grande, el Viaducto, la capilla de Palacio, la casa de Sagasta y el Ministerio de Marina.

—¿Te parece poco?

—Corriente. Si no me quieres acompañar, me iré yo solo. ¡Qué paisanos tiene uno! Pensaba recompensar tus sacrificios regalándote cualquier cosa, una corbata, una fosforera, una navajita para cortarle la cabeza á los puros....., pero ya no te debo atención alguna. ¡Abur!

IV.

—¿Se puede pasar?

—Adelante. ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Qué cara traes!

—¿Sabes lo que me sucede? Pues que me he lanzado yo solo en el torbellino. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Quise entrar en Palacio, y por poco me pasa de parte á parte un alabardero; fuí á ver al Ministro de la Gobernación, y un ordenanza que estaba haciendo la limpieza me pegó con los zorros; protesté como contribuyente y como ministerial, y me llevaron á la prevención del distrito; á fuerza de súplicas conseguí que me pusie-

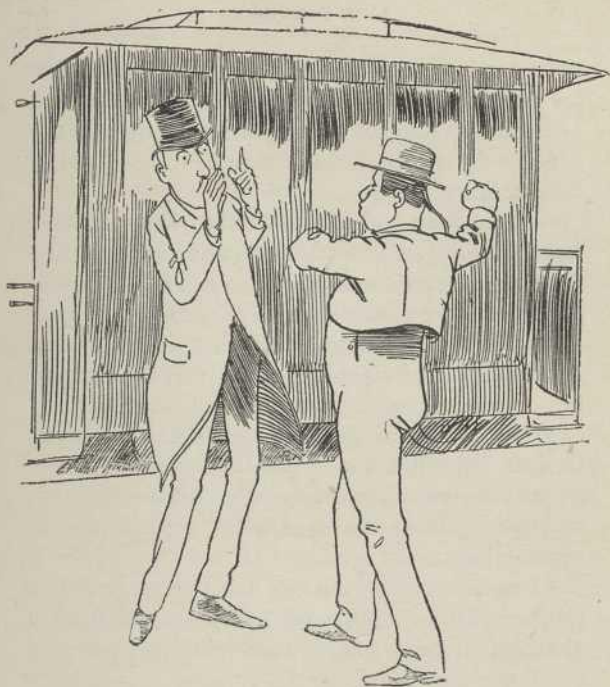


ran en libertad. Ahora iba á continuar mis visitas á los edificios públicos.....

—¿Y qué?

—¡Nada! Que me han robado el reloj, el dinero, los papeles y la medida de un corsé que me había encargado la señora del Juez municipal..... ¡Y todo por el afán de ver á Madrid minuciosamente!





TELEGRAMAS TAURINOS.

No hay que achacárselos á los matadores, porque éstos, por lo general, no entienden de letra.

Los matadores tienen su correspondiente coro de entusiastas, que les elogian sin cesar y les si-

guen hasta en sus errores. Hay entusiasta de éstos que daría la sangre de las venas por servir á *su* matador, á quien jalea incesantemente, prodigándole frases cariñosas y sacudiéndole el polvo de la solapa.

—Mira, Juan—le dice— á ti te quiero como si fueras mi madre, y mi mayor gusto sería poderte llevar á casa para que vivieras con nosotros; pero no puede ser porque el cuarto es pequeño, tanto que mi niño el mayor tiene que dormir con la criada.

La pasión que sienten por los toreros algunas personas no se parece á ninguna.

Yo he conocido un Jefe de Negociado de la Caja de Depósitos que se pasaba la vida en el café de las Columnas aspirando el perfumado aliento del *Chinche*, matador de novillos, á quien amaba con frenesí.

El preinserto funcionario había hecho los imposibles para conseguir que á su ídolo le diesen la alternativa; pero nunca pudo obtener más que contestaciones como ésta:

—¡Hombre! ¡Quite usted de ahí! ¡Si ese chico toreara menos que un registrador de la propiedad!.....

El protector se enfurecía, y una vez perdió la serenidad y se agarró con un empresario, y otra vez insultó á un espada porque no quiso llevar al *Chinche* á provincias, y el espada fué y le dió dos puñetazos en un ojo detrás de un tranvía.

Al día siguiente se presentó en la oficina y le preguntaron sus subalternos:

—¿Qué trae usted ahí, don Atilano? ¿Es un huevo duro?

—No, señor, es el ojo, que á poco más lo pierdo por defender al *Chinche*.

Y se puso á decir que el chico lo que necesitaba era protección, y que tenía una mano izquierda muy hermosa, y que ya quisieran muchos saber torear de capa como él y correr un toro por derecho.

—Hay que alentarle—añadía—y poco he de poder ó le hago matador. En cuanto venga Isasa pienso ir á verle para recomendárselo, á ver si puede darle un sueldo cualquiera de los fondos destinados al fomento de la cría caballar. Porque el chico mientras no torea no tiene qué comer, materialmente, y en cambio mantiene á una tía suya que estuvo muy bien, y á un barítono que se quedó cojo en Filipinas haciendo el *Salto del Pasiego*.

Como don Atilano son casi todos los entusiastas taurinos; hombres de temperamento nervioso, que se enamoran de los matadores y van á esperarles á la Estación, cuando regresan de provincias, y les siguen hasta la casa de huéspedes, para decir confidencialmente á la patrona:

—Doña Restituta: no le eche usted picante á la comida del matador, porque le hace mucho

daño. Aconséjele usted que se unte el rostro con glicerina, porque noto que le han salido unos cuantos granos y le afean bastante. A mí, por lo mismo que tiene confianza, no quiere hacerme caso..... ¡Ah! A ver si consigue usted que se ponga postizo el diente de abajo.

Casi todos los telegramas de provincias dando cuenta de los éxitos prodigiosos que obtiene tal ó cual matador, están redactados por un amigo entusiasta, que entra en la oficina de Telégrafos cubierto de sudor, y escribe con mano febril.

MELONAR, 14.

Toros Ripamilán, regulares; caballos 27. *Lagartijo*, mal; *Guerra*, revolcado cuarto toro. *Pichichi*, superior, capeando, hiriendo; colosal banderillas; inmejorable quites. Sacado hombros plaza; arrojáronle tabacos, flores, zapatos lona. Frenesí público.—*Zoquetillo*.

Dicho se está que *Zoquetillo* es el admirador más grande que tiene *Pichichi* en este planeta, y que está dispuesto á difundir por los ámbitos de la Península el nombre del novel espada, á quien venera.

Todos los días recibimos telegramas taurinos donde se vierte el frasco de los elogios, y á lo mejor nos sorprenden noticias como ésta:

«El *Salmonete*, superiorísimo; recibió segundo

toro; diéronle oreja; volteado cuarto toro; otra oreja; banderillas silla sexto toro; oreja, delirio *delirante* público; milicia, clero entusiasmados.»

Pero ningún telegrama como el siguiente:

«*Lagartijo*, mal; *Cara-Ancha*, detestable; *Mondongo*, superior.—*Mondongo*.»





EL CONCEJAL DE OFICIO.

Para algunas personas la concejalía es una carrera que no exige estudios previos, ni exámenes,

ni certificaciones, ni zarandajas. Cuanto menores sean los conocimientos que el interesado posea, más condiciones reunirá para el desempeño de su cargo.

Dos cosas necesita, empero, un buen concejal de oficio: lengua expedita y ropa negra. Con estos elementos puede decir que ha resuelto el arduo problema de la vida.

Ya desde niño se revelan ciertas y determinadas condiciones en los seres que han de desempeñar con el tiempo las concejalías. Los padres de la criatura nacida para tan altos fines notan que el infante detesta la lectura, y muestra, en cambio, una decidida afición á las golosinas. Siempre que ve un trapo de color quiere que se lo arrollen á la cintura, á manera de fajín, y no hay salsa que no cate ni manjar que no pruebe.

Un día dice el padre:

—¿Sabes, Mariquita, que este chico es muy bruto y muy zascandil?

—¿Pero qué quieres que sea el angelito, si aun no tiene catorce años?—contesta la madre.

—Hay que pensar en algo. Hay que ver á qué le metemos. Él no sabe nada, nada absolutamente.

—Yo creo que el chico ha nacido para cosas de esas que no necesitan estudios. Por ejemplo, para diputado, para director de un ramo cualquiera, para concejal.....

—Hombre, sí; le voy á educar para el Ayuntamiento.

Y desde aquel instante, la suerte del niño queda asegurada. LX

Llega á la mayor edad sin haber hecho nada de provecho, y un día vienen unas elecciones, y entre el padre, que ha revuelto á Roma con Santiago, y él, que ha visitado á todos los tenderos del distrito, consiguen que triunfe la candidatura con carácter ministerial, y nuestro héroe se sienta en el Municipio como un solo hombre.

—Yo ya no me voy de aquí—se dice á solas;—quiero pasar en esta Jauja comunal el resto de mis días.

Y comienza á gustar los manjares dulcísimos del poder municipal. Cuando entra en aquel *establecimiento*, los alguaciles de la puerta se quitan la gorra reverentemente; cuando hay sesión hace uso de la voz y del voto, y cada vez que se pone el fajín se besa á sí mismo y bendice á la Providencia, que le hizo tan hermoso y tan feliz. LX

Á él que no le pregunten por qué no prospera el tesoro municipal. Entre las infinitas cosas que ignora, figura el desconocimiento más absoluto de la tabla de multiplicar. Poco importa que los artículos de primera necesidad se pongan por las nubes.

—¡Bah! el contribuyente paga todos los impuestos sin protestar—dice él;—y si hay desorden ad-

ministrativo, que lo haya, y si tenemos exceso de empleados, mejor; así podremos complacer á los amigos.

Cuando le veo recorrer las tiendas en víspera de elecciones y declamar contra los abusos que se cometen, prometiendo reprimirlos, quisiera ser tendero para darle con la escoba en la cabeza.

—¡Señor don Ceferino!—exclama al entrar en la tienda.—Usted tan gordo y tan bueno. ¡Ay, amigo mío! ¡Cómo se conoce que no tiene usted mis quebraderos de cabeza! ¡Maldito cargo! ¡Si usted supiera lo que me da que hacer!..... Desde anoche estoy con un huevo y media pescadilla, porque he tenido que recorrer el distrito para velar por el bien de ustedes..... ¿Quiere usted un pitillo? Por supuesto, yo no gano nada con estas cosas..... Disgustos, nada más que disgustos, y, sin embargo, aquí me tiene usted, metido en el Ayuntamiento y abandonando mis propios asuntos.

Mentira: no tiene más asuntos que los del Municipio, y ¡ay de él si no le reeligen! Porque ha de verse muy mal para sostener el boato del domicilio y las blondas de la *concejala* y los sombreros estrepitosos de las *concejalitas*.

Cuando voy á los toros y veo aquel palco de ediles satisfechos, rebosando caras exuberantes de júbilo, me acuerdo de los intereses de la población, confiados á media docena de caballeros particulares, que darían toda la felicidad del país por

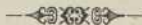
una *larga* de *Lagartijo* ó un volapié del *Espartero*. Allí, entregados á la dicha que obtienen gratis, saborean los incidentes de la lidia y comen jamón en dulce y emparedados y lengua á la escarlata, rociada con Jerez y Manzanilla..... que pagamos nosotros.

—¿Y Fulano? ¿Qué hace ahora? ¿Sigue tallando en el Círculo?—preguntaba el otro día un caballero á un amigo.

—¡Quiá! Ahora está como quiere.

—¿Ha heredado?

—Mejor que eso. Se ha hecho concejal de oficio.





LOS CASEROS.

✧

No todos son tiranos.
Los hay cariñosos y transigentes hasta un punto
inconcebible.

Conozco uno que se presenta á cobrar después del día 12, y dice tímidamente á la criada:

—Diga usted á los señores que les traigo el recibito.

—Pase usted.

—No, no; me quedo aquí esperando, porque puedo ensuciar la alfombra y no me gusta ser gravoso.

—Haga usted lo que quiera.

Por regla general el humilde propietario se sienta en el primer escalón, y allí aguarda pacientemente que le lleven el dinero.

Si la criada es una de esas jóvenes pispiretas que se deshacen en cumplidos y ofrecen la casa, como si fuera propia, el casero no tiene más recurso que entrar hasta el recibimiento; pero no hay quien le haga pasar de allí; ni aun el inquilino, cuando sale diciendo:

—Entre usted, D. Heliodoro, que estoy acabando de descifrar un jeroglífico.

—No se dé usted prisa por mí; yo estoy bien en cualquier parte.

Y se coloca en el rincón del pasillo para no molestar á nadie.

Lo que él siente es que no le diga la criada:

—Don Heliodoro, ¿sabe usted fregar la loza? ¿Quiere usted venir á ayudarme, ahora que no tiene usted nada que hacer?

Porque todo su afán consiste en que le llamen

«simpático» los inquilinos y que no le tomen por un casero déspota y vulgar.

La última vez que fué á cobrar á casa de la viuda de Ventosilla supo que ésta se hallaba en el lecho del dolor, á consecuencia de un cólico, y preguntó á la chica con el mayor interés:

—¿Es cólico *miserere*?

—No, señor; es de escarola—respondió la chica.

—Menos mal; dígale usted que no se moleste por mí, y que yo volveré cuando esté desocupada del todo.

—¡Ay!—exclamó la chica.—Llevo tres días sin desnudarme.

—Pues nada, aquí estoy yo para ayudar á todo lo que haga falta.

—¿Sí? Pues entonces tráigame usted medio kilo de jabón y un soplillo para la cocina que sea bueno.

Hay caseros y caseros; el tipo «clásico» lo conocen ustedes perfectamente. Yo tuve uno, verdadera encarnación de la intransigencia y la descortesía, que entraba en mi domicilio metiendo bulla y regañando á los niños en esta forma:

—¿Por qué no usáis zapatillas para andar por casa? ¿O es que vuestro padre tiene gusto en que me rompáis los ladrillos? No he visto falta de consideración semejante.

Un día quiso pegarle á la portera porque le había roto el tubo del quinqué del portal, y otro

día le mordió á un inquilino por haberle dado una moneda de dos pesetas bastante falsa.

Por regla general el casero es hombre rico; pero hay excepciones honrosas. Yo sé de uno que tiene una humilde casa en la calle del Bonetillo y no le produce lo necesario para vivir; de manera que el hombre llega á mediados de mes sin una peseta

Entonces se dedica á esperar á los inquilinos en la calle, y allí les dice con tono quejumbroso:

—Caballero, la necesidad me obliga.....

—¿Á qué?

—Á pedir á usted prestadas cuatro pesetas. Mire usted cómo llevo estos tacones.

Al paso que va, el mejor día pide á sus inquilinos que le regalen un gabán viejo ó que le guarden las sobras del cocido, y será cosa de oír á las señoras:

—Portera, diga usted al casero que suba.

—No sé si podrá, porque no tiene ropa.

—Pues que suba tal y como esté. Es para que se pruebe unos pantalones de mi esposo, á ver si le sirven.

—Dios se lo pague á usted, porque el pobrecito está muy mal. Hace dos días que no come más que lechuga picada, como si fuera un jilguero.

En cambio, conozco un casero que tiene varias fincas urbanas, y cuando hay que renovar los baldosines en cualquiera de ellas, va él en persona á colocarlos.

Algunas veces le acompaña su esposa con una espuerta.

No hace mucho tiempo que se vió obligado á llamar á un albañil para que le ayudase á limpiar la cañería de las aguas fecales.

—¡Jesús, qué despilfarro!—dijo la casera con sorte.

—No hay más remedio—contestó él.—Yo solo no puedo hacer la obra; pero, en cambio, podremos ahorrarnos la comida.

—¿Cómo?

—Al albañil le traerán el cocido á las doce, según costumbre.

—¡Claro!

—Pues bien; ese día no necesitas encender la lumbre, porque comeremos con el albañil.





SIN PAÑUELO.

—¡Pues, sí, señor!—decía don Mauregato á sus amigos, que se hallaban sentados ante una mesa del café de Zaragoza.—Todas mis desgracias provienen de la falta de pañuelo.

—Hombre, debe de ser interesante la historia —interrumpió uno de los del corro.

—Que la cuente —agregó un tercero.

Don Mauregato se enjugó una lágrima que rodaba silenciosa por su mejilla. Después, con acento fúnebre, comenzó así su relación:

—¿Ven ustedes esta levita raída y este sombrero que parece una breva madura? Pues hasta hace poco tiempo era yo un hombre elegante. Asociado á un rico industrial, íbamos á emprender la explotación de un negocio pingüe; pero ¡el maldito pañuelo!..... Figúrense ustedes que á mí se me había ocurrido una idea maravillosa: la de hacer comestibles los volátiles de alcoba.

—¡Qué atrocidad!

—Eso mismo había dicho mi socio cuando fui á proponerle la nueva industria; pero pronto se convenció de que mi plan era excelente. Hay una porción de animalitos muy sabrosos. Empezando por ese mosquito que zumba y levanta ronchas, casi todos los volátiles tienen propiedades alimenticias de primer orden; todo consiste en cebarlos previamente. Pues bien: yo me proponía establecer grandes criaderos de mosquitos, que venderíamos después en los mercados á buenos precios; lo principal era llevar al público el convencimiento de que en la naturaleza todo es comestible.

—¿Todo?—preguntó uno de los oyentes.

—Todo. Yo me he comido en cierta ocasión un saltamontes, y puedo asegurar á ustedes que sabe á queso de Villalón. Pero continúo: mi capitalista, hombre de gran cabeza para los negocios y en extremo aficionado á las industrias nuevas y originales, comenzó á fijar su atención en mis proyectos, y una noche, después de estrecharme la mano con efusión, me dijo:

—Mauregato, esta tarde, mientras dormía la siesta, me tragué un mosquito.

—¿Y bien?

—Tiene un sabor muy agradable, y eso que estaba flaco. Cebemos mosquitos, y nuestra nueva industria será una verdadera mina.

Yo me arrojé en brazos de don Aquilino, que así se llamaba el capitalista.

—¡Qué gran hombre es usted, amigo Mauregato!—me decía, cogiéndome la cabeza entre sus manos y acercándola al quinqué para verla mejor.

—Gracias, gracias—contestaba yo, rebotando modestia.

Desde aquel día me dediqué á la caza de mosquitos. ¡Qué noches pasaba! Tendido en el lecho cerraba los ojos para que los animalitos se figurasen que me había quedado dormido; y cuando se posaban en mi rostro entonando su canción favorita, ¡zas! sacudía una bofetada y conseguía apasionarlos. Ya en mi poder, procuraba reanimar las fuerzas que habían perdido con el golpe, y los

encerraba después cuidadosamente en una caja de cristal, donde les proporcionaba alimento abundante y sano.

Al cabo de un mes, la caja contenía algunos cientos de mosquitos, que yo pensaba destinar á muestrario. Después, entre mi socio y yo, inventáramos una máquina para cazarlos sin necesidad de bofetadas.

Don Aquilino tenía una hija encantadora. Permítanme ustedes que al llegar aquí lance un suspiro..... ¡Ay!..... ¡Se llamaba Eudora!

—Bonito nombre—dijo uno de los oyentes.

—Le tengo grabado en mi memoria y en mi corazón. Pues bien: Eudora ejercía sobre su padre un dominio superior á todo encarecimiento. Eudora, á quien don Aquilino iniciaba en todos sus negocios; Eudora, la rica heredera, me había expresado su amor por medio de sus ojos celestiales.

Los amigos de don Mauregato se echaron á reír.

—No se rían ustedes—dijo éste manifestando profunda pena.—Yo hasta hace poco tiempo poseía un físico muy agraciado, aunque me esté mal el decirlo; pero el maldito pañuelo.....

—Adelante.

—Continúo. Eudora tenía dos grandes antojos, llamémosles más bien, debilidades: adoraba los merengues y la ropa blanca. Todas las noches la

llevaba un cucurucho de merengues. Ha habido noche en que se comió once.

—¡Ave María Purísima!

—¡Pobrecilla! Debe de tener acaramelado el tubo digestivo. Pero no fué esto lo peor. A don Aquilino no le parecían mal mis pretensiones amorosas; antes bien me animaba diciéndome: «Ella es dueña de elegir el esposo que más le agrade; usted tiene una gran originalidad para los negocios. Adelante con la chica y con los mosquitos.»

Nuestras relaciones iban viento en popa, y al fin quedó fijada la fecha del casamiento.

—Lo primero que debes hacer, Mauregatito de mi corazón—me dijo un día Eudora—es tomar una casa céntrica y elegante. El casado, casa quiere; nosotros viviremos solos; no quiero someterte al dominio de un suegro.

Oír esto, coger mis ahorros y dirigirme á casa de un mueblista, fué todo obra de un momento. Además, conociendo la pasión de Eudora por la ropa blanca, la dije cariñosamente:

—Tendrás cuanto puedas apetecer en el ramo de lencería. Quiero ser yo quien aporte al matrimonio este importante artículo.

Y compré sábanas, manteles, servilletas, colchas, toallas, calzoncillos, camisas..... Un verdadero océano de tela.

Jamás había visto tanta ropa blanca reunida,

porque he de confesar á ustedes que ni aun en la época de mayor desahogo he tenido más que dos camisas, una puesta y otra en el río. Con decir á ustedes que no he usado nunca pañuelo.....

—¡Qué cosa más rara!

—Es una costumbre que adquirí desde la cuna. Cuando era pequeñito, mi mamá me limpiaba unas veces con un periódico y otras veces con un tapete. ¡Ay! de ahí viene mi desventura..... Cierta tarde de verano, Eudora y su padre fueron á conocer el domicilio alquilado por mí. Entonces ocurrió la desgracia más grande de toda mi vida.

Los amigos de Mauregato abrieron los ojos.

—De pronto Eudora estornudó. ¡Qué detalle más horrible! «Me han robado el pañuelo»—dijo mi amada registrándose el bolsillo.—«Y á mí también»—exclamó mi futuro suegro.—«Mauregato, dame el tuyo»—siguió diciendo Eudora.

¡El mío! ¡Y yo no he gastado nunca pañuelo! Fingí que registraba á mi vez los bolsillos y dije, aparentando sorpresa:—¡Calle! También á mí me lo han robado.

—Pues saca uno del baúl—replicó Eudora.

—El caso es que.....—me atreví á decir.

—Concluye.

—¡Yo no gasto pañuelo!

Entonces estalló la mina. Eudora retrocedió asombrada; después, cogiéndose del brazo de don Aquilino, se dirigió á la puerta diciendo:

—Adiós para siempre, *tío* ordinario.

—¡Eudora!.....—exclamé con acento suplicante.

—¡Todo ha concluído!

El padre me dirigió una mirada de profundo desprecio.

—Guárdese usted sus mosquitos, ¡so pelele!—gritó furioso.

Yo me quedé anonadado. Había consumido toda mi fortuna en la adquisición de ropa blanca. Me hallaba, pues, arruinado y sin novia; y hoy vivo exclusivamente con el producto de las mantelerías y las piezas de lienzo, que voy poco á poco despachando entre los amigos. El día que venda mi última toalla, no cuenten ustedes conmigo, porque pienso tirarme por el viaducto. ¡Todo esto me ha sucedido por no tener pañuelo!

Y don Mauregato, al hablar así, se enjugaba el sudor con el ala del sombrero.





AUTORCITOS.

✚✚✚ A pesar de la falta de público, los autores escriben y escriben, como si estuvieran en el mejor de los mundos.

Todos los días sale á luz algún autor nuevecito

que renuncia á las pompas mundanales para consagrar su imaginación al teatro por horas. Los hay pertenecientes á distinguidas familias, que podrían aspirar á una diputación á Cortes ó á una concejalía, y sin embargo prefieren visitar empresarios y merecer los plácemes del público.

Cuando más descuidado está uno, vienen á decirle que hay un joven rubito, con chaquet color de castaña y sortijillas en la frente, que anda por los teatros con una pieza original y en verso, buscando Empresa que la admita y actores que la representen.

Después de muchas idas y venidas, la pieza obtiene los honores de la representación, y el joven visita las redacciones de los periódicos, pronunciando el siguiente discurso previo:

—¿Es usted el Director de *El Herald*o?..... Lo celebro mucho. Pues yo venía á ver á usted, porque he dado á Eslava una piececita que se representará el martes ó miércoles, y antes de nada deseo obtener la benevolencia de los periódicos..... Verá usted: yo tengo madre y está muy delicada, porque se cayó del tranvía, y desde entonces tiene un punto sobre el corazón que no la deja vivir. Ella se oponía á que yo escribiese para el teatro, pero desde chiquitín tengo mucha afición á la escena, y he escrito una obra bastante regular, y no es porque yo lo diga. Pues bien; si la obra se aplaude, no necesito apoyo de ningún gé-

nero; pero si no gusta, yo quisiera que me defendiesen los periódicos, aunque no sea más que por mi madre, que está delicada y se puede desgraciar.

Hay ocasiones en que el Director del periódico recibe de mala manera al autor mendicante, y entonces éste busca una recomendación poderosa, ó bien apela al recurso de la familia.

Más de una vez he visto en la redacción de un periódico al padre del autor, vestido de negro, con guantes de cabritilla y sombrero de copa.

—¿El señor Director?

—Servidor de usted.

—Yo soy Ventosa, que anuncia todos los martes en la cuarta plana de este periódico.

—No recuerdo....

—Sí, señor. ¿No recuerda usted mi anuncio, que dice *No más erubciones cutáneas?* Pues soy ése.

—¡Ah, sí!

—Bien; pues yo venía á ofrecer á usted estas butacas para el estreno de la zarzuela que ha compuesto un sobrino mío, empleado en la Dirección de Rentas, y secretario suplente de la Sociedad de baile *El Tulipán sospechoso*..... Nosotros lo que queremos es que la prensa reconozca su mérito y lo ensalce, porque él tiene otro tío en Filipinas, que es sacerdote, y el día de mañana puede morirse, y antes es conveniente que co-

nozca el mérito de su sobrino. Conque ahí le dejo á usted esas butacas y haga usted el favor de decir que la obra es buena y que el chico no tiene más que veintiséis años, no cumplidos, aunque representa más á causa de una erupción que le dejó todo señalado..... Vaya, que usted lo pase bien, y si necesita usted más butacas, no tiene más que decírnoslo, porque hemos tomado las ocho filas de delante.

XXV Efectivamente; la noche del estreno el teatro aparece invadido por los deudos y amigos del autor, que aplauden á rabiar, y no permiten que los espectadores extraños á la familia manifiesten su desagrado. En cuanto hay uno que tuerce el gesto, ya tiene que habérselas con algún pariente del poeta, que le dice con malos modos:

—¿No le gusta á usted la obra? Pues no haber venido al teatro.

—Yo tengo el derecho de silbar—contesta el agredido.

—Porque será usted de la sociedad de *reventadores*, que se dedican á echar abajo las obras. Eso es una infamia; pero ha de saber usted que el autor tiene muchísimo talento y la zarzuela de hoy la ha escrito en cuatro horas, sobre la mesa de la cocina, mientras le calentaban el agua para lavarse los pies. No faltaba más sino que un hombre de talento como es él, tuviese que ser juzgado por un público indocto.

Con este sistema no hay obra que no se salve ni joven extraviado que no logre el título de autor discreto. Terminada la representación, los amigos y parientes penetran radiantes de felicidad en el escenario, y comienza el período de las felicitaciones.

—¡Un abrazo, Sinforoso!

—¡Bravo, chico!

—¡Esto es escribir!

—¡Viva tu madre!

Y así sucesivamente; con lo cual el chico se enorgullece y escribe nuevas obras, diciendo á cuantos quieren oírle, que á pesar de las malas artes de sus enemigos ha triunfado en toda la línea, y que está dispuesto á escribir, aunque no sea más que para que rabien los detractores.

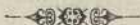
Desde aquel día el autor novel cambia de conducta y de ropa, y ya no es el joven tímido que andaba por los teatros en busca de las sonrisas del segundo apunte y de los saludos de los acomodadores. Su modestia desaparece para convertirse en vanidad ridícula, y en vez de ensalzar como antes los méritos de los actores y las actrices, dice desdeñosamente á cuantos se le acercan:

—¡Pchs! Gracias á que mi obra tenía fuerza bastante para conseguir un buen éxito, que lo demás..... Ya ha visto usted que la han desempeñado rematadamente, porque Martínez, el barba, es un bruto, y Regúlez, el segundo galán, otro

bruto, y López, el gracioso, un salvaje. La única que ha estado bien ha sido la dama, y eso porque yo la había regalado dos días antes un frasco de agua de Colonia con motivo del santo de su esposo, que es otro bruto.

En fin, hay una colección de jóvenes autores que son capaces de hacer perder la paciencia á la estatua de bronce de la Plaza Mayor.

No sólo por lo que escriben, sino por lo que estorban.





EN LA TIENDA.

- Muy buenos días.
- Felices. ¿Qué desean ustedes?
- Queremos tela superior.

—¿Gro? ¿Lana? ¿Hilo?

—Ya ha dicho á usted mi señora que la queremos superior.

Estas últimas palabras las pronuncia un hombrecillo chato, que oculta su pequeñez bajo una levita enorme color de canela, y cubre el cráneo con un sombrero de copa en forma de embudo. Viene en compañía de una señora que parece un escobillón por lo larga y lo seguida.

El hombrecillo mira al dependiente con aire de enojo. Después agita la cabeza en señal de mal humor, y dice por último:

—¿Nos saca usted la tela? ¿Sí ó no?

—Vamos, hombre—añade la señora.—Sáquenos usted eso.

—¡Pero si no me han dicho ustedes qué clase de tela necesitan!—replica el dependiente.

—Cualquiera, con tal de que sea superior.

El dependiente comienza á sacar piezas y más piezas, que va examinando el matrimonio con exquisito cuidado.

—Jacobita—dice el esposo—¿te gusta ésta?

—¡Quita, por Dios! Parece piel de lagarto.

—¿Y ésta?

—¡Ay! No me la enseñes. Me recuerda á la pobrecita de mamá, cuando se le puso el cutis lleno de vetas, antes de tener el último ataque. ¡Dios la haya perdonado!

—Bueno, Jacobita; no evoques recuerdos tristes.

El dependiente.—Este es un género precioso. Última novedad. Granadina oriental, doble ancho.

La señora.—¡Ay!

El esposo.—Vamos, mujer, tranquilízate.

La señora.—¡Pobre mamita de mi alma! Parece que la estoy viendo cuando querfa mordernos á todos antes de exhalar el último suspiro.

El dependiente.—¿Hace mucho tiempo que la ha perdido usted?

La señora.—Va á hacer ahora diez y nueve años.

El dependiente.—¿Nada más?

El esposo.—Pero la sentimos hoy lo mismo que el primer día.

La señora.—Estaba buena y sana; pero la pobre tenía antojos muy raros, y una tarde se empeñó en que había de probar el agua de vegeto para ver á qué sabía; no sabemos si el agua se la indigestó, ó si es que la había llegado su última hora: el caso fué que á las ocho de la noche se nos murió, cuando estábamos más distraídos.

El esposo.—No llores, mujer, que te está mirando la pareja de Orden público desde aquella esquina.

El dependiente.—Deje usted que se desahogue. Es natural.

La esposa (al dependiente).—Cómo se conoce que ha tenido usted madre.

El dependiente.—Sí, señora, tuve una; pero me

duró poco..... ¿Conque van ustedes á llevar la tela?

El esposo.—Tiene usted razón. Anda, Jacobita, elige la que más te guste. Piensa en cosas alegres; acuérdate de cuando fuimos á almorzar al Vivero con las de Regúlez y me caí dentro de la fuente de las natillas.

La esposa.—No me hagas reir, Restituto, que no estoy para nada.—(Al dependiente): dígame usted el precio de ésta.

El esposo.—Sí, pero pónganos usted el último, que no nos gusta regatear ni molestar á nadie.

El dependiente.—Este es un gro superior de cinco pesetas.

El esposo.—¿Está usted loco?

La señora.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cinco pesetas!

El dependiente.—Fíjense ustedes en la clase.

La señora.—Es carísimo.

El dependiente.—Lo tengo más barato.

La señora.—Pues sáquelo usted.

El dependiente coloca sobre el mostrador otra pieza, que no es del agrado del matrimonio; trae entonces otra, y después otra, y en seguida otra, hasta veintitantas; pero la mujer y el marido las van rechazando todas: unas por demasiado finas, otras por demasiado ordinarias, éstas por obscuras, aquellas por claras, y así sucesivamente, hasta poner en combustión la sangre del infortunado joven.

La señora.—A ver: ya llevamos aquí hora y

media, y no me gusta molestar á nadie. Dígame usted el último precio de ésta.

El dependiente (sudando la gota gorda).—Doce reales vara.

El esposo.—¡Qué horror!

La señora.—¿Qué ha dicho usted? ¿Doce reales? ¡Qué atrocidad! ¿Quiere usted tres?

El esposo.—No nos gusta regatear. Déjenosla usted en tres y la llevamos ahora mismo.

El dependiente.—Es imposible.

La señora.—Tres y medio.

El esposo.—Póngase usted en razón.

El dependiente.—Es precio fijo.

La señora.—Le doy á usted cuatro.

El dependiente.—No puede ser.

—¿Cinco?

—¿Cinco y medio?

—¿Quiere usted dejárnosla en seis?

El dependiente (apoyándose en el mostrador para no caer redondo).—¡Por piedad! Ya he dicho el último precio.

El matrimonio delibera en secreto, mientras el dependiente, agobiado por el infortunio, recoge las piezas colocadas sobre el mostrador.

—¡La última palabra!—dice el esposo.—¿Quiere usted dos pesetas?

—No puede ser—contesta el comerciante.

—Bueno—añade la esposa.—No nos gusta regatear. Sea lo que usted pide.

—Vaya—agrega el esposo.—Corte usted.....

—¿Cuánto?—pregunta el dependiente enjugándose el sudor.

Los esposos (á dúo).—Media vara.....

.....





DE VIAJE.

I.

—Anda, Nemesio, despáchate, que son las seis y el tren se va á las ocho.

—Mujer, no me atosigues.

—Ya sabes que no me gusta dejar las cosas para la última hora. A ver, dame tu paletó, que voy á hacer un lío con todo..... ¡Muévete, hombre!

—Pero, Nicanora.....

—¿Sabrás cerrar el baúl?

—Creo que sí.

—No me fío..... ¡Juana! ¡Juana!

—¿Qué manda usted, señora?

—Venga usted acá. Siéntese usted aquí, sobre el baúl, para que se baje; y tú también, Nemesio.

—¡Sea todo por Dios!

—Eso es, quéjate todavía después que soy yo la que lo hace todo. ¡Huy! ¡Qué criatura más inútil! ¡No te acuestes sobre el baúl, hombre de Dios!

—Es que estoy reventado con este dichoso viaje. Ahora, mientras me afeitaban en casa de Almeida, me quedé dormido en brazos del barbero.

—¡Jesús, Jesús! Yo te juro que éste es el último viaje que hago contigo. Si no fuera por la necesidad que tengo de tomar las aguas, cualquier día me sacaban de Madrid..... ¡Juana! ¿Ha hecho usted la tortilla?

—Sí, señora.

—Anda, Nemesio, pruébala, á ver si está á tu gusto, no salgas diciendo luego que tiene poca sal, como hiciste el año pasado en el tren delante

de aquellas señoras. ¡Jesús! ¡Qué vergüenza me dió!.....

—Pero si estaba sosa.

—Es que tú no sabes contenerte, y dices todo cuanto se te ocurre delante de las personas extrañas. Acuérdate de cómo te pusiste, que parecías un toro..... Juana, llene usted el botijo..... ¡Ah! y envuelva usted la tortilla en una servilleta, que esté bien limpia, porque en el tren hay que llevarlo todo muy aseado, para que no la critiquen á una los viajeros ni se formen mala idea. Por eso me da rabia este hombre. El año pasado se empeñó en llevar unas zapatillas viejas para el camino, y cada vez que movía las piernas se echaba á reír un comisionista y hablaba en voz baja con una señora muy elegante que iba á tomar baños de ola á Santander. ¡Qué concepto habrá formado de nosotros aquella gente! Pero, ya se ve, tú eres como Dios te hizo, y por eso no has podido pasar de simple fiscal suplente, mientras hay otros que con menos antigüedad que tú son hoy diputados á Cortes ó coroneles de la Guardia civil, como tu cuñado. Juana, ya lo sabe usted, si vienen á preguntar por nosotros, dice usted que estamos en las Caldas y que no volveremos hasta el 7 ó el 8; porque tenemos la costumbre de tomar las aguas todos los años. Siempre es bueno que sepan que uno viaja, porque gracias á Dios tiene uno recursos..... Nemesio, ¿qué haces?

—Estoy viendo si me puedo reventar este granito del cogote. No me gusta presentarme con él en los baños.

—¿Por qué? ¿Tiene algo de particular que te haya salido un grano? ¿No tuvo uno Sagasta hace poco tiempo?

—Sí; pero hay granos de granos.

—Ea, el tiempo se pasa y hay que mandar el baúl para que lo facturen. ¿No ha venido el mozo? Verás, verás cómo llegamos tarde.

—Pero, si son las seis y ocho minutos.

—No importa; aun tenemos que comer y que despedirnos de las del segundo, y que ir á la Central á recoger la factura del equipaje. ¿Te has lavado?

—Ya lo creo.

—Pues no lo parece: tienes la nariz llena de pintas.

—Será con el sudor.

—Frótatela con esta toalla, y á ver si nos olvidamos de algo; no suceda como en el último viaje, que por meterte en el bolsillo la caja de los polvos te metiste la palmatoria, y fuimos objeto de las burlas de los viajeros. ¡Me he quedado con unas ganas de decirle cuatro frescas á aquel comisionista!..... ¿Han llamado?..... Abra usted, Juana. Es el mozo que viene por el baúl..... Pase usted, buen hombre. Este es llévele usted con cuidado, que va dentro el pulverizador y una botella con

aguardiente de moras para tomar por las mañanas. Ya sabe usted; saca usted los billetes y factura el baúl. Nosotros iremos dentro de media hora á recoger la factura..... ¡Cuidado! No ponga usted el pie en ese escalón, que se puede usted caer..... Hasta luego..... Anda tú, Nemesio; acaba de vestirme y vamos á comer corriendo, que me gusta llegar temprano para coger las dos esquinas..... Juana, saque usted la sopa..... Ea, á comer.....

II.

—Anda, Nemesio; baja de prisa, que es muy tarde. Toma: la cesta de la comida, el lío de las mantas, el botijo, mi saco, el tuyo, la botella de árnica..... ¿Falta algo? ¿No? Pues anda; págale al cochero y dale dos perros de propina. No te detengas, que no quiero quedarme sin mi rinconcito.

.....
—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que ya ha salido el tren de Santander? ¿Pues no sale á las ocho?

—No, señora; sale á las siete.

—¿A las siete? ¿Qué dices á esto, hombre de Dios?

Don Nemesio (sentándose abatido sobre un saco de noche).

—¡Que hemos hecho un bonito viaje!



EL RECLAMO.

En todas las esquinas de Madrid habíanse fijado grandes carteles, impresos á varias tintas, en los que se leía lo siguiente:

JARDÍN DEL BUEN RETIRO	
GRANDE	
y nunca vista función aerostática	
EL CAPITAN	GLOBO
CAMELET	PILONGUE
<i>Hará una ascensión acompañado de su esposa en su magnífico</i>	<i>El público experimenta- rá una sensación jamás sentida.</i>
Á DOS REALES.	Á LAS CINCO.

En el centro del cartel una mano hábil había pintado un hermoso montgolfier azul y amarillo, en cuya barquilla se veía al capitán vestido de verde y sosteniendo en sus brazos á una señora joven y bella.

Cuando después de muchas apreturas el público consiguió tomar las sillas por asalto, todas las miradas se dirigían al sitio desde el cual debía verificarse la ascensión y donde se columpiaba, sostenido por dos poleas, un magnífico globo, igual exactamente al que figuraba en los carteles de las esquinas.

Una banda de música lanzaba al viento sus acordes, mientras el capitán Camelet iba de un lado á otro dictando órdenes, haciendo advertencias y preparando por sí mismo las cosas, de manera que quedase hinchado lo antes posible, y sin accidentes desagradables, el vehículo aéreo.

Los dependientes del capitán atizaban la formidable hornilla, donde ardían, en cantidad aterradora, sarmientos y haces de paja. El humo depositado en el interior del globo daba á éste mayores proporciones de minuto en minuto, haciéndole oscilar majestuosamente, hasta el extremo de producir temores entre la multitud, que ya se creía sepultada bajo la enorme pesadumbre de aquella montaña de percalina.

—Pero ¿dónde está la esposa del capitán?— preguntó doña Angustias á su sobrino, que era un jovenzuelo rubio como una mazorca y tímido como una corredera perseguida.

—Yo no lo sé, tía—contesta el joven.

—Tal vez no se presente hasta la hora crítica—objetó discretamente un caballero de edad proveya que se sentaba al lado de doña Angustias.

—¡Ay!—siguió diciendo ésta.—Por nada de este mundo hubiera perdido el espectáculo de esta tarde. ¡Me muero por las emociones fuertes!

—El capitán me parece algo bruto—dijo el caballero encendiendo un pitillo.

—Mejor que mejor—replicó doña Angustias.—

Así será más terrible la emoción que va á proporcionarnos. Desde que leí el programa no he podido resistir al deseo de presenciar la función. ¿Verdad, Gorito?

—Vedá, vedá—contestó el joven chupando el puño del bastón.

El caballero miraba sorprendido á doña Angustias.

—Yo soy un manojo de nervios, y necesito muchas emociones para poder vivir—siguió diciendo ésta.—Mi primer marido falleció aplastado debajo de una cómoda. Usted no sabe, caballero, la emoción que aquello me produjo. Mi segundo esposo fué víctima de unos indios salvajes, que primero lo descuartizaron y después lo pusieron en sal para ir comiéndoselo poco á poco. ¡Ay! ¡Qué encanto tienen para mí los sucesos imprevisitos! Á mi tercer consorte lo perdí de un modo trágico: fué á darle dos patadas á un amigo, con quien tenía mucha confianza, y se le desarticuló una cadera. Cuando llamamos al médico, ya era tarde. Gracias á estos sucesos inesperados estoy yo tan bien conservada.

El caballero se levantó pretextando una indisposición repentina, y fué á colocarse lejos de su interlocutora, con los ojos espantados y la boca abierta.

Doña Angustias entonces trató de entablar conversación con un sargento de caballería, que

apoyado en el sable observaba atentamente los trabajos preliminares que se verificaban en el centro del jardín.

—Militar—le dijo doña Angustias.—¿Sabe usted dónde está la esposa del capitán?

—Mi capitán es soltero, á Dios gracias—contestó el interpelado sin perder de vista el globo, que, hinchado por completo, pugnaba por romper las amarras.

Á poca distancia del montgolfier veíase la barquilla, de forma cilíndrica y bastante alta para ocultar casi por completo á una persona puesta de pie. Esto no obstante, los espectadores más listos habían descubierto á la esposa del capitán, que dentro de la barquilla apoyaba la frente en las manos como si meditase acerca del peligro que iba á correr.

—La capitana está dentro del cesto—dijo un espectador.

Doña Angustias se agitó toda como si la hubieran picado á la vez doscientas pulgas.

—Estoy esperando la emoción de un momento á otro—dijo sonriendo.

Cerca de doña Angustias se sentaba una joven con cara de loro triste, que lanzaba suspiros hondos y miraba con ojos tiernos á un chico rubio.

—¡Ay, Cirilo!—le decía con acento quejumbroso.—¿Por qué me has traído aquí? ¿Quieres que me dé la convulsión?

—No, vida mía—contestaba él.—Procura contenerte.

—Ya sabes que no puedo.

Y al hablar así se mesaba los cabellos con ambas manos.

En aquel instante el capitán saludaba al público, enviándole varios besos con la manita.

Después se lanzó de un salto dentro de la barquilla y comenzó á agitar su sombrero alegremente.

Los espectadores aplaudían entusiasmados; de pronto viósele coger en brazos á su esposa..... El público abrió los ojos con espanto.

El capitán aproximó á los bordes de la barquilla el cuerpo de su compañera.....

Y lo lanzó al espacio.

Un rugido de indignación se escapó de todos los pechos.

—¡Asesino!—repitió el eco.

Doña Angustias era la única que había sonreído al verificarse la ascensión; después sintió que la vista se le nublabá, y cayó como un aerolito en brazos del sargento.

Gorito se tiraba de los pelos gritando:

—¡Tiiíta! ¡Tiiíta de mi codazón!

La joven nerviosa había apoyado la frente en el hombro del joven rubio, y echaba espuma por la boca, agitando los brazos y rugiendo como una pantera herida.

Y el globo, en tanto, sin cesar navegaba por el piélago inmenso del vacío.

Sólo una persona permanecía indiferente á tanta desgracia.

Era D. Atilano Malvavisco, reputado farmacéutico de la calle de la Comadre.

.....
Cuando la autoridad recogía los inanimados restos de la esposa del aeronauta, que habían ido á caer junto á la Cibeles, oyóse una carcajada general.

Lo que había arrojado Mr. Camelet desde la barquilla era un maniquí vestido de mujer. Pendiente al cuello llevaba un cartel donde se leía el siguiente anuncio:

—El salvador del hortera.— Ungüento maravilloso.— Cura los sabañones en veinticuatro horas.





BAÑISTAS.

Algunas personas tienen la monomanía de los baños minerales y de las aguas bicarbonatado-sódicas, sin que se las receten los doctores, porque

dicen que nadie mejor que el enfermo mismo sabe lo que le conviene.

Todos los días salen con dirección á nuestros balnearios docenas y más docenas de seres aprensivos que van á buscar la dicha suprema en los manantiales salúíferos de las Caldas, Alzola, Mondáriz, Nanclores, El Molar, y otros no menos importantes.

—¿Pero usted necesita baños?—se pregunta á alguno de estos sujetos.

Y ellos responden:

—¿Que si los necesito? ¡Ya lo creo! Había usted de ver las noches que paso, y cómo se me pone el vientre cuando tengo algún disgusto.

—¿Pero qué enfermedad padece usted?

—¿Y quién lo sabe? Mire usted, á lo mejor estoy escribiendo, ó tomándole la lección á los niños, ó tocando la guitarra, y empiezo á sentir una cosa así como si me estuvieran soplando en los oídos con dos fuelles. Después me entra un ardor en este vacío y tengo que meterme en la cama, porque, si no, me pongo muy nervioso y muerdo. He notado que la sopa de arroz se me queda de pie en el estómago y agrava mis padecimientos.

—¿Y va usted á tomar los baños?

—Sí, señor; no sé si tomar los baños ó las aguas; pero lo probable será que tome las dos cosas.

No hay como ir á un balneario cualquiera para

convencerse de que casi toda la humanidad tiene perturbado el sentido.

En Mondáriz había un sujeto el año último que se pasaba las horas muertas al lado del manantial con la boca abierta, «aspirando los gases», como decía él. De cuando en cuando se apretaba el vientre y comenzaba á soplar con todas sus fuerzas.

—¿Qué hace usted?—le preguntaban.

—Estoy renovando la atmósfera interna—respondía él.

La mayor parte de la gente que toma baños sulfurosos no los necesita. Esta es una opinión que he adquirido en Cuntis viendo algún bañista sano y robusto que andaba por los corredores de la fonda envuelto en una manta, con la cabeza metida en una gorra de pelo y los pies embutidos en amplias babuchas de alfombra.

Después se ponía á comer, y no había patatas que le bastasen ni arroz suficiente, ni pan que le llegara.

Por comer, se comía las cortezas del queso y las hojas de los rábanos; y un día faltó un jamón y lo encontraron en su alcoba escondido debajo de la almohada.

—¿Cómo se encuentra usted?—le decíamos algunas veces.

Y él respondía con acento quejumbroso:

—Mal, muy mal. Esta inapetencia me está ma-

tando. Me pongo á comer por higiene, que lo demás..... Mire usted cómo tengo la lengua. Parece una sobreasada de Mallorca.

En el salón, donde se reunen los bañistas todas las noches no se podía abrir una puerta sin que protestaran á coro aquellos seres aprensivos que iban allí á quejarse de sus dolores y á bailar el wals de dos pasos con las muchachas bonitas.

—¡Por Dios! ¡Esa puerta!

—¡Que nos vamos á morir!

—¡Que nos va á coger un aire!

—¡Que estamos en la cuarentena!

Después aquellos mismos «enfermos graves» andaban en calzoncillos por los corredores, espíandose unos á otros, á las altas horas de la noche, sin temor á los aires colados ni á los rigores de la temperatura.

No hacen más que llegar al establecimiento y se presentan al Director diciéndole:

—Va usted á hacerme el favor de hablarme con toda franqueza.

—Usted dirá.

—Yo tengo síntomas horribles. Cuando subo las escaleras de prisa, se me pone un dolor en este lado; luego se me pasa al otro; luego se me sube; luego se me baja, y así sucesivamente. ¿Le parece á usted que me bañe á 32 grados?

—Necesito conocer los antecedentes de su fa-

milia. Es lo primero que hoy se exige para hacer el diagnóstico.

—Pues mi mamá estuvo casada en segundas nupcias con un procurador.

—Perfectamente.

—Y á mí me tuvo á los catorce meses de matrimonio; pero yo soy de la primera tanda. Mi papá era andaluz, de Ronda, y estuvo preso por una calumnia que le levantaron siendo juez municipal interino. Además, tocaba el acordeón.

—Bueno, ya tenemos algunos datos. ¿Sabe usted si era linfático-nervioso?

—No, señor; era progresista.

Con estos antecedentes, el doctor forma su juicio aproximado acerca de la enfermedad que padece el sujeto, y le manda dos inhalaciones al día, una al amanecer y otra al tiempo de acostarse. Además, dispone que beba á todo pasto el agua del manantial y que se gargarice y que se bañe y que tome media docena de duchas, procurando recibir el chorro en la rabadilla.

Y á los quince ó veinte días el enfermo regresa á Madrid colorado como una camuesa, diciendo á cuantos quieren oírle:

—¡Qué aguas, señores! ¡Qué aguas más prodigiosas! Yo iba mortal, porque no digería, ni tenía pulso, ni deseos de lavarme, y ahora me siento revivir y como perfectamente; pero estoy mudando el pellejo.

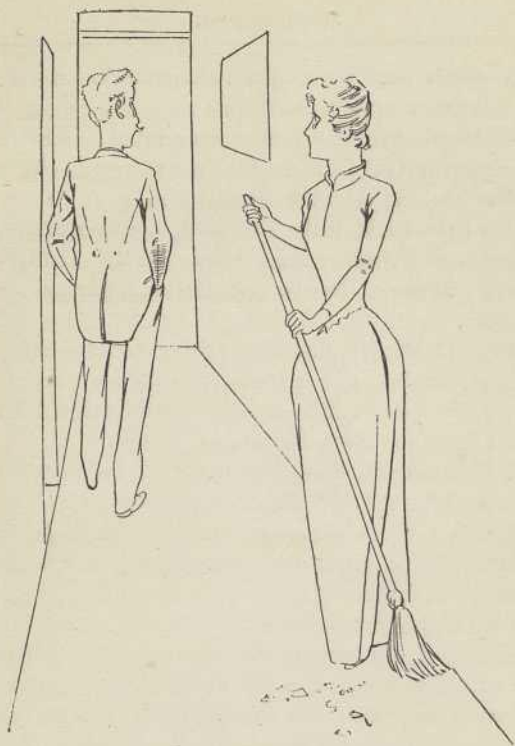
—¿Tal vez con el cambio de aires?

—No, señor, con la fuerza de la temperatura.
¡Ya ve usted! me bañaba á los 40 grados.....

—Ahora me explico que tenga usted esos colores. Eso no es salud, es irritación.

¡Pero vaya usted á sacarles de la cabeza á ciertas personas que los baños minerales no son la panacea que cura todas las dolencias conocidas!





LA MANTELETA.

—Trini, no me gusta que D. Aniceto te obsequie con patatas fritas. Trini, tú no sabes que la mujer se empaña como el cristal, y el día que tu

primero se entere de lo que está pasando en esta casa, vamos á tener un disgusto.

—¡Pero, mamá! ¿Cómo quiere usted que evite esas galanterías? Don Aniceto me trata con cierta consideración, y yo no debo desairarle.

Así hablaba la bella Trinidad, cierta mañana del mes de Febrero, mientras su madre, la íntegra D.^a Micaela, lavaba una lechuga para el almuerzo.

Era D.^a Micaela una viuda de exagerados principios morales, que para atender á su sostenimiento y el de su hija, cedía una habitación á un caballero solo, con asistencia ó sin ella.

Trinidad compartía con su madre las penosas tareas de la casa de huéspedes, porque decía doña Micaela, y decía bien, que una chica debe saber tocar el piano y guisar el bacalao á la vizcaína; traducir el francés y zurcir la ropa blanca; pintar al óleo y fregar la loza.

Trinidad, sin embargo, prefería, á estos vulgares entretenimientos, la lectura de todas cuantas poesías amatorias caían en sus manos, y cada vez que veía un título altisonante, como, por ejemplo: *Mis deliquios*, ó *Remordimiento y sopor*, etc., etc., la chica suspiraba hondamente y echaba en olvido que había puesto las planchas en la lumbre, ó que no había dado vuelta á las patatas fritas.

Doña Micaela veía con buenos ojos la noble aspiración de su sobrino Celedonio á la mano de

Trinidad. Celedonio era un buen muchacho, trabajador y formal, que desempeñaba la plaza de Oficial segundo en una Escribanía y tocaba la flauta de afición; pero á Trinidad no le halagaba la idea de unir su suerte á la de Celedonio, y más de una vez había dicho á su madre:

—Yo, como hija obediente, sabré sacrificarme; pero Celedonio no es mi tipo. Usa unas americanas inverosímiles; además tiene la cara llena de espinillas, y va siempre pisándose las cintas de los calzoncillos. Es un ser prosaico y erisipelatoso.

Doña Micaela, entretanto, decía para sí:

—Mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una majadera, lo mismo que su padre que esté en gloria.

Era Aniceto un soñador de alma impresionable y espíritu mercantil, que hacía compatible el comercio de badanas con las *Rimas* de Bécquer, y lo mismo extendía una factura de venta, como cantaba el *Spirto gentil*, acompañándose con la guitarra; y con igual entusiasmo recorría las casas de sus parroquianos para ofrecerles chagrín ó cabritilla, que empuñaba la péñola y escribía una oda «Al Sol» ó «Á los ojos de una cubana casada en segundas nupcias con un Registrador de la propiedad».

Había fijado su residencia en Madrid, eligiendo la casa de D.^a Micaela, donde por un precio módico obtenía todas las comodidades posibles.

—Doña Micaela, usted es mi madre—exclamaba Aniceto mientras la excelente patrona le ponía una cataplasma de harina de linaza sobre un flemon que le había brotado en el carrillo derecho.

Trinidad contemplaba á Aniceto desde uno de los ángulos del gabinete.

—¿Le duele á usted mucho?—preguntó con acento cariñoso.

—¡Ay, sí!—dijo él.—He pasado una noche horrible. La idea del suicidio cruzó más de una vez por mi imaginación.

—¡El suicidio!—exclamó Trinidad cubriéndose el rostro con las manos.

—Vamos, D. Aniceto, no diga usted disparates—añadió D.^a Micaela.

—Vivo muy contrariado—siguió diciendo el joven.—Se me ha salseado una pieza de becerro francés; tengo el alma lacerada. ¡Sufro mucho!

Trinidad, al escuchar estas palabras, sintió que la sangre fluía á su cabeza y que su corazón latía con precipitación extraordinaria, y dijo para sí:

—No hay duda; D. Aniceto me ha mirado amorosamente.....; D. Aniceto sufre por mí.

Y desde aquel día comenzó á tratar á Celedonio con marcado desvío y á dirigir miradas incandescentes á Aniceto.

Así pasaron dos meses.

Una noche Trinidad adoptó una de sus actitudes más dramáticas, y dijo á su madre:

—Esto no puede seguir así. Celedonio tiene cara de presbítero, y yo no puedo amarle; en cambio D. Aniceto me parece más hermoso cada día.

—¡Pero, criatura! —objetó D.^a Micaela. —¿Te ha dicho algo?

—No, porque es tímido; pero sus ojos tienen una elocuencia arrebatadora.

—Yo no noto nada.

—Fíjese usted en aquellos ojos rasgados que se posan en los míos; acuérdesse usted de sus atenciones para conmigo. Anteayer cuando cenaba me dió una acelga en su propio tenedor. Siempre que me ve barriendo el pasillo suspira sin poderlo remediar.

Aniceto llegó á la casa de huéspedes con un rollo de badana debajo del brazo; pidió la cena; después dejó la badana; se vistió con esmero, y dijo á D.^a Micaela:

—Señora, he pensado en la necesidad que todo hombre siente de constituir una familia.

—¡Ah! —exclamó Trinidad, que oía estas palabras oculta detrás de la cómoda.

—Ya no soy un niño, y estoy resuelto á casarme.

—No me parece mal —contestó D.^a Micaela.

—Pues bien —siguió diciendo Aniceto— usted, que es mi segunda madre, debe saberlo todo.....

Trinidad, desde su escondite, elevaba los ojos

al cielo y se apoyaba en la pared para no desmayarse.

Aniceto siguió diciendo:

—Quiero regalar á mi futura una manteleta como símbolo de mi felicidad, y deseo que sea usted quien la compre. Aquí tiene usted tres duros y medio.

—¡Es particular! —se quedó diciendo D.^a Micaela. —He aquí un hombre que va á casarse sin solicitar el consentimiento de su futura suegra.

En aquel momento, Trinidad se arrojaba en brazos de su madre diciendo:

—¡Todo lo he oído! ¡Ay mamita mía, qué feliz soy!

Aquella noche, el pobre Celedonio fué llamado aparte por D.^a Micaela, quien, haciendo un esfuerzo supremo, le habló así:

—Hijo mío: Trinidad se ha encerrado en su alcoba, porque no tiene valor para afrontar tu mirada.

—¿Qué sucede?

—Sucede que D. Aniceto quiere casarse con mi hija.

—¿Cómo?

—No te sofoques, Celedonio.

—¿Pero ella se habrá negado?

—Ella accede gustosa.....

Celedonio se levantó, y, cogiendo el sombrero,

se puso á morderle con desesperación. Después miró con ojos de pantera herida á D.^a Micaela, y salió de aquella casa diciendo:

—¡Pérfida, infame! ¡Permita Dios que todo lo que comáis se os vuelva tinta!

Trinidad lanzó una carcajada, y se puso á contemplar la hermosa manteleta comprada momentos antes en la calle de Toledo.

Sonó la campanilla de la escalera.

—¿Será él? -- pensó Trinidad.

Era Aniceto, efectivamente, que entraba radiante de alegría.

Doña Micaela salió á su encuentro.

—Aquí tiene usted la manteleta que me encargó. No he podido sacarla menos de los tres duros y dos reales; pero fíjese usted en el género.



Trinidad miraba á Aniceto con ojos de besugo pasado, como si quisiera decirle:

—Estrecha contra tu seno á tu mujercita; basta ya de silencio y de disimulo.

—Gracias, D.^a Micaela—dijo Aniceto;—y ahora voy á pedir á usted un nuevo favor.

—Todo lo que usted quiera.

—Que remita usted la manteleta á casa de mi futura, calle del Gato, 5, tercero.

Trinidad abrió los ojos con espanto; después lanzó un ¡ay! terrible y cayó desmayada en brazos de D.^a Micaela.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Á mis lectores.....	I
En la acera	5
S. M. el guarda.....	11
• Los estrenos.....	17
Las mujeres de su casa.....	23
El gracioso	29
Atracos.....	37
El «Tenorio» á mojicones.....	43
• Los Pepes.....	49
Corrida doméstica.....	55
Ecuestres y gimnásticos	61
Reuniones de confianza.....	67
• El loro	73
Personajes improvisados.....	81
Día feliz.....	87
Los calzoncillos.....	95
• Arte culinario.....	103
Enfermos ilustres.....	109
Los dramas del mostrador.....	115
• El baile.....	121
El calavera.....	129
Costumbres	135

	Páginas.
Nuestros peluqueros.....	141
El sable quirúrgico.....	147
• Un drama de Navidad.....	151
Entre bastidores.....	157
Chicas musicales.....	163
Los dramas del hogar.....	169
Pretendientes.....	175
La verdadera enfermedad.....	181
Amores oficiales.....	187
• Mi paisano.....	193
Telegramas taurinos.....	199
• El concejal de oficio.....	205
• Los caseros.....	211
Sin pañuelo.....	217
• Autorcitos.....	225
En la tienda.....	231
De viaje.....	237
El reclamo.....	243
Bañistas.....	251
La manteleta.....	257



